

P. C. Doherty

# EL DIABLO EN STA MARÍA



Detectives medievales



Lectulandia

En 1284, Eduardo I de Inglaterra es informado de la extraña muerte de Lorenzo Duket, quien aparentemente se ha suicidado dentro de la iglesia de Santa María Le Bow después de haber cometido un asesinato.

El rey sospecha que tras estos sucesos están los seguidores del rebelde Simón de Monfort y su poderosa sociedad secreta, en la cual se practica la magia negra.

Robert Burnell, el astuto canciller del monarca, encarga la investigación del asunto a un inteligente escribano del Tribunal real, Hugo Corbett. Junto a su criado Ranulfo, antiguo malhechor y presidiario, Corbett se sumerge en los peligrosos suburbios del Londres medieval en busca de la siniestra y violenta verdad.

**Lectulandia**

Paul C. Doherty

# **El Diablo en Santa María**

**Hugo Corbett - 01**

ePub r1.0

Titivillus 23.08.17

Título original: *Satan in St. Mary's*  
Paul C. Doherty, 1986  
Traducción: M<sup>a</sup> Antonia Menini Pagès

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## INTRODUCCIÓN

Poco después del anochecer, se había levantado un indómito y frío viento que agitaba y rizaba la superficie del Támesis y azotaba las embarcaciones amarradas, haciéndolas balancearse y tirar de sus cabos. Los cadáveres putrefactos de tres piratas del río giraban y se torcían en medio del viento bajo el crujido del patíbulo del que estaban colgados, danzarines espectrales girando tristemente al son de una música macabra. El viento soplaba en las callejuelas y las trilladas roderas de la ciudad, congelando el barro y el estiércol y sumiendo más profundamente en la oscuridad a los depredadores humanos que, ocultos en las sombras, todavía aguardaran al acecho a algún desventurado que anduviera por las calles en una noche tan oscura y desapacible como aquella.

La iglesia de Santa María Le Bow se erguía solitaria y desierta con sus ladrillos y su obra de madera labrada expuestos al fuerte viento. En el cementerio que la rodeaba se escuchaban los susurros y murmullos de las hojas y las ramas irreverentemente golpeadas por el viento que doblaba y sacudía las frágiles cruces de madera de los muertos. En el frío y oscuro interior de la iglesia, el viento cerró de golpe un postigo abierto y siguió interpretando su distante y misteriosa música en las rendijas y las grietas de la ruinosa mampostería. El templo estaba desierto y en silencio, si se exceptuaba el furtivo y apagado rumor de las patas de alguna que otra rata y el lento goteo del agua de la lluvia que, a través de una grieta del tejado, se iba escurriendo por el mohoso muro, formando un verde charco en su base. En el templo, delante del altar mayor, un hombre permanecía rígidamente sentado en la Sagrada Cátedra, asiendo con sus suaves y regordetas manos la madera labrada como si quisiera convencerse de que, mientras estuviera sentado en aquella silla, tendría un refugio y estaría protegido por todo el poder temporal y espiritual de la Iglesia. Y, sin embargo, tenía miedo y sus saltones ojos escudriñaban la oscuridad, buscándolos y preguntándose si acudirían por él. Había pecado gravemente por haber pertenecido a su grupo y haber matado a uno de sus miembros y sabía que ellos jamás lo olvidarían y que Dios tampoco lo olvidaría. Sus dedos se deslizaron por las letras grabadas en los brazos de la silla, *Hic est terribilis locus*, este es un lugar terrible, la casa de Dios habitada por los ángeles que adoran el Blanco Cuerpo de Cristo. Pero él también había pecado horriblemente en aquel lugar, había cometido un acto abominable en la esperanza de que con ello se aliviara su terror y su desesperación. Pensó en el cuchillo que lo había conducido hasta allí y que tan fácilmente se había hundido en la delicada garganta del hombre. Como si fuera un sueño, recordó que el arma había penetrado con tanta suavidad como una cuchara en la crema. No tenía intención de hacerlo, pero lo había hecho y ahora era un asesino, un fugitivo de la justicia del rey y de algo mucho más aterrador. Experimentó un sobresalto cuando un pájaro o un murciélago fue empujado por el viento hasta una de las altas ventanas con postigos que se abrían en la parte superior de la iglesia. Levantó los ojos hacia el oscuro y

profundo hueco del muro y, al oír un leve sonido procedente del fondo del templo, volvió lentamente la cabeza, sintiendo que se le erizaban los pelos de la nuca mientras se preguntaba, presa de una angustia infinita, qué podría ser aquello. Estaban allí, iluminados por la luz de una antorcha que chisporroteaba por encima de sus cabezas. Parecían haber surgido repentinamente de la oscuridad, envueltos en sus capuchas y sus capas. Bajo el charco de luz de las antorchas, parecían unos negros y siniestros cuervos. De repente, les vio acercarse en silencio al lugar donde él se encontraba. Gimió aterrorizado y se hundió más profundamente en la silla, sin percatarse de la cálida humedad que le estaba mojando la parte interior de los gruesos muslos. Sus manos asían los brazos de madera y su cabeza estaba fuertemente apoyada contra el respaldo mientras sus ojos se desplazaban sin cesar de uno a otro lado. Sin duda tenía que haber algún medio de escapar del infierno que estaba avanzando hacia él, pensó. Quería echar a correr, pero no podía moverse, ¡tal vez por culpa del vino! Si no se sintiera las piernas y los brazos tan pesados, podría huir de los terrores que ahora se estaban aproximando a él.

# CAPÍTULO I

Eduardo, rey de Inglaterra y duque de Aquitania, estaba sentado en la pequeña y sencilla cámara de su palacio de Westminster. Pocos sabían que se encontraba en la capital, pues acababa de regresar, accediendo a la apremiante petición de su canciller Roberto Burnell, obispo de Bath y de Wells. Agotado por el viaje y envuelto en su capa, el rey descansaba inclinado sobre un pequeño brasero encendido, tratando de no prestar atención al gélido viento que golpeaba con insistencia los postigos de madera de las ventanas. Al final, se levantó para asegurarse de que estas estuvieran bien cerradas. Una densa bruma envolvía la ciudad y el río en medio de la oscuridad y solo el gemido del viento y el aullido de algún perro callejero cortaban el pavoroso silencio. El rey se estremeció y experimentó un sobresalto cuando una rata hizo crujir los juncos que cubrían el suelo a modo de alfombra. Una estancia con demasiados rincones oscuros, pensó el rey, lejos de la luz de las antorchas que parpadeaban desde la pared.

—Sombras por todas partes —musitó Eduardo para sus adentros, regresando junto al brasero para examinar los sombríos fantasmas que poblaban su mente.

Primero, su padre Enrique, amante de los placeres y de la belleza, siempre ansioso de ganarse el favor de los demás y preocupado tan solo por sus propias comodidades y las de sus protegidos, un hombre de suaves maneras y piel todavía más suave cuyo único interés había sido la construcción de su querida abadía, allí en Westminster.

Había otras figuras más amenazadoras: los De Montfort; el rubio Simón y sus arrogantes y violentos hijos de rostro sonriente y pérfido corazón. En otros tiempos, Simón había sido uno de sus más íntimos amigos e incluso le había prestado ayuda en la lucha que había mantenido contra su propio padre el rey en su afán por crear un reino más justo, pero aquellos sueños se habían convertido en pesadillas. Aunque no cabía duda de que Enrique era un mal rey, el de Montfort y los demás barones eran unos tiranos que solo buscaban su propio provecho. Simón había sido uno de los peores, aficionado a los repugnantes y secretos ritos satánicos que su detestable familia había llevado consigo desde las dulces y sensuales provincias del sur de Francia. Incluso muerto, pensó tristemente Eduardo, la mano de De Montfort se extendía desde el sepulcro a través de los años para seguir acosándole. Más de una vez el rey se preguntaba si De Montfort habría muerto realmente o todavía estaba vivo y seguía participando en los aquelarres e instigando todos aquellos asesinatos que le perseguían como bien adiestradas jaurías de fieros sabuesos. Eduardo contempló la blanquecina y mellada cicatriz de su mano derecha.

—¡De Montfort tiene que estar muerto! —le murmuró al brasero—. Murió hace años en Evesham.

Mientras contemplaba las brasas, las rojas llamas le hicieron recordar aquel aciago y doloroso día de unos veinte años atrás entre los verdes prados y los campos

cubiertos de manzanas de Evesham. Él y sus tropas habían avanzado contra Simón con sus estandartes ondeando a la suave brisa estival. El claro día había cambiado de golpe cuando una súbita tormenta barrió el cielo mientras el fragor de los truenos y los relámpagos ahogaba el sonido de los cascos de su bien pertrechada caballería en el momento en que esta se lanzó sobre el pequeño y atrapado ejército rebelde. De todas las batallas en las que había participado, Eduardo todavía recordaba el instante en que se había abierto audazmente paso entre las tropas de Simón en Evesham, empapando su espada con sangre rebelde. Al final, Simón se había quedado solo y, enteramente protegido por su armadura, había pisado los cadáveres de los miembros de su guardia, retando a las tropas reales a acercarse a él. Eduardo, desde el lugar donde se encontraba, fue testigo de la caída del caudillo rebelde. Justo en aquel momento, cesó repentinamente la tormenta y los débiles rayos del sol iluminaron la sangre que manaba a través de las brechas de la armadura de Simón, convirtiéndola en una fulgurante cascada de rubíes. Los soldados hicieron pedazos el cadáver. Eduardo experimentó un leve estremecimiento de temor al recordar que, en medio del ardor de la batalla, había ordenado a sus hombres que arrojaran los restos del desmembrado cadáver de Simón a una jauría de galgos hambrientos.

—Sí —musitó Eduardo—, Simón tiene que estar muerto.

El rey miró a su alrededor en la desierta cámara. Pero, aunque Simón hubiera muerto, pensó presa de un profundo desaliento, no podía decirse lo mismo de sus seguidores, los cuales seguían con sus aquelarres y sus conspiraciones, firmemente dispuestos a acabar con su vida de día o de noche, en casa o en el extranjero, por medio del veneno, la daga, la espada, la clava o la flecha de algún sicario ¡El extranjero! Eduardo escudriñó la oscuridad. Recordaba San Juan de Acre en Palestina, donde unos ocho años después de su victoria en Evesham, él y su reina Leonor habían participado en la cruzada, tratando de imponer la unión entre los pequeños principados de Ultramar. Pensó que por lo menos allí podría estar a salvo, pero los asesinos trataron de matarle. Un ermitaño cristiano pidió audiencia y él accedió a recibirle sin darle mayor importancia, pues tenía la mente ocupada en otras cosas. El hombre, abyectamente servil como muchos de su condición, entró y permaneció inmóvil entre las sombras de la tienda. Eduardo recordaba haberle visto sacarse algo de la manga y solo reaccionó cuando un afilado estilete buscó el camino de su corazón.

—¡Traición! —gritó entonces, esquivando el golpe.

Sus guardias irrumpieron en la tienda y derribaron al hombre, pero la daga y su veneno quedaron alojados en su brazo. De no haber sido por Leonor, el veneno le hubiera llegado al corazón, pero ella abrió inmediatamente la herida y succionó con sus propios labios el veneno.

Eduardo se levantó y se escanció una copa de vino. ¡Leonor! Ahora hubiera tenido que estar con ella, gozando de su cálido y dulce cuerpo moreno en lugar de permanecer sentado en aquel desierto aposento, meditando sobre el pasado. Tomó un

sorbo. Ojalá el pasado muriera y lo dejara en paz. Tenía muchas cosas que hacer, pero De Montfort y sus sociedades secretas lo perseguían sin descanso.

—¡Regresa a tu tumba, Simón! —musitó con vehemencia, pero solo le respondieron la oscuridad y el constante gemido del viento.

Se levantó y miró a través de las rendijas de los postigos. Bajo la espesa bruma del río, su capital parecía tranquila, pero él sabía que no lo estaba. Los seguidores de Simón, con sus perennes maquinaciones y planes secretos, se habían congregado allí para urdir asesinatos, traiciones y revueltas. Eran como ratas correteando por las entrañas de la ciudad, pensó Eduardo. Cualquiera cosa que tramaran, maduraría como un grano lleno de amarillento pus. Sus espías se lo habían dicho. Todo apuntaba hacia una crisis inevitable. Ya habían empezado a actuar; el suicidio en Santa María Le Bow, pensó el rey, tenía que estar relacionado en cierto modo con aquellos rebeldes y ya era hora de que Burnell, su viejo y astuto canciller, hiciera salir a aquellos traidores a la luz del día y los destruyera.

Llamaron a la puerta, fue a abrir y se encontró con el hombre en quien precisamente estaba pensando en aquel momento. Roberto Burnell, obispo de Bath y de Wells y canciller de Inglaterra, se inclinó en levísima reverencia ante su soberano y se acomodó en la única silla que había en la estancia, enjugándose el mofletudo y rubicundo rostro con la holgada manga de su vestidura ribeteada de armiño.

—Dios salve a Vuestra Majestad —dijo casi sin resuello—. No comprendo cómo es posible que siempre insistáis en ocupar la cámara más alta en cualquier palacio, castillo o mansión donde os alojéis.

El rey esbozó una sonrisa y le miró con afecto. Entre él y su canciller sobraban los cumplidos y la pompa de la corte. Eran unos viejos amigos unidos contra unos viejos enemigos. El rey confiaba en Burnell tanto como en su brazo derecho y el canciller, a pesar de su ostentosa apariencia, tenía un agudo y perspicaz cerebro no solo para redactar documentos legales sino también para descubrir a los enemigos del rey, tanto en casa como en el extranjero.

—Vos sabéis muy bien, mi señor Burnell —replicó el rey en tono de chanza—, por qué razón siempre elijo la cámara más alta. Muy listo tendría que ser el asesino que pudiera escalar estos muros o pasar inadvertido a los guardias que vigilan las angostas escaleras del exterior. ¿Habéis tenido noticias de vuestro espía?

Burnell sacudió la cabeza.

—No —contestó muy despacio— y no creo que las tenga jamás. Su cuerpo fue sacado del Támesis esta mañana. ¡Con la garganta cortada de oreja a oreja!

Eduardo soltó un bufido de desagrado.

—¡O sea que sigue habiendo conspiraciones!

—Sí —replicó Burnell—. No obstante, sabemos que aquí en la ciudad hay grupos que están tramando traiciones y revueltas.

—¿Y vos creéis que el incidente de Santa María Le Bow podría formar parte de todo eso?

—Sí —contestó el canciller en voz baja.

—¿Cómo fue descubierto vuestro espía? —inquirió Eduardo.

Burnell se encogió de hombros.

—Es solo una conjetura por mi parte —contestó—, ¡pero sospecho que hay un espía en el mismo corazón de la cancillería!

—¿Queréis decir aquí? —preguntó el rey en tono escandalizado—. ¿Un funcionario real confabulado con los seguidores de De Montfort, tramando traiciones contra su rey?

Burnell asintió con la cabeza.

—Es la única forma de que hayan podido descubrir a mi espía —dijo con firmeza—. Alguien, alguno de los pocos escribanos que tenemos, comunicó indebidamente una información confidencial. Es posible que no fuera un conspirador y que simplemente lo hiciera por codicia, a cambio de una bolsa de oro. Si es apresado —concluyó amargamente Burnell—, tened por seguro que colgará tan alto como los demás.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó el rey, acercándose a su canciller para darle una palmada en el hombro—. ¿Qué vamos a hacer ahora? Hace un rato —añadió—, estaba pensando que esos conspiradores, esos rebeldes que son la escoria de la ciudad, son unas ratas, y vos, mi señor obispo, mi cazador de ratas. Tenéis que conseguir que estas sabandijas salgan de sus escondrijos.

El canciller tosió y carraspeó.

—He elegido a un hombre —contestó—, otro escribano que ahora sirve en las salas de justicia del Tribunal Real. —Burnell hizo una pausa y miró temerosamente al rey—. ¡Es seguramente nuestra última y única esperanza, mi señor!

—Muy bien —dijo el rey en voz baja—. Pero no le expreséis vuestras sospechas sobre la posible existencia de un espía aquí dentro, en el palacio de Westminster. A fin de cuentas —concluyó significativamente—, ¡podría ser uno de sus amigos!

Siempre se reunían en el osario de una desierta iglesia de Londres, una vieja y mohosa cripta, lejos de los espías y de las miradas indiscretas de los curiosos. Habían entonado su plegaria a Lucifer, el Lucero del Alba tal como era llamado también el ángel caído, extendiendo las manos sobre una tosca piedra de altar en la que unos símbolos místicos rodeaban una cruz invertida. Solo una antorcha ardía y chisporroteaba en medio de la fría oscuridad, pero esta vez no iluminaba a las trece figuras encapuchadas que se cubrían las cabezas con las cogullas de sus capas y ocultaban sus rostros con unas burdas máscaras de cuero. Ni siquiera se conocían entre sí, solo su jefe, el Encapuchado, perennemente en silencio, conocía sus identidades. Los unían unos macabros pactos y unos sangrientos juramentos con los que se habían comprometido a destruir al rey y provocar una revuelta. Ese era el eslabón que los unía y todos se habían congregado allí para que les indicaran el

medio de conseguir su propósito. La figura situada a la derecha del Jefe habló con la voz amortiguada por la máscara y sus palabras resonaron en la fría y siniestra cripta.

—Bueno pues, ya está hecho —murmuró—. Los que amenazaban el Gran Designio, tanto el espía como el asesino, ya han sido quitados de en medio y se encuentran en el lugar que les corresponde.

—¿No existen más amenazas? —preguntó otro miembro del grupo.

—Sí y no —contestó el primer orador, volviéndose para estudiar uno a uno a sus compañeros—. Nuestro Maestro —añadió, volviéndose para inclinar la cabeza hacia la figura sentada en la silla—, nuestro Maestro dice que el rey y sus secuaces han nombrado a un escribano para que investigue el asunto. Nuestro espía en la cancillería nos ha aconsejado que tengamos cuidado con él.

—¿Por qué? —terció otro componente del grupo—. ¿Qué peligro supone ese hombre?

El Encapuchado levantó la mano para pedir silencio e hizo unas señas con la mano en dirección a las sombras. Una arrugada anciana encorvada por la edad se adelantó mirando nerviosamente a uno y otro lado y se agachó en medio del grupo. Después se apartó del cadavérico rostro unos desgredados mechones de cabello, introdujo la mano en una sucia bolsa de cuero y sacó un gallo de sedosas plumas negras, el cual se agitó entre sus manos, pero no pudo protestar demasiado, pues había comido maíz aderezado con una sustancia narcótica. La anciana sostuvo en alto el ave, hizo primero una reverencia al Encapuchado y después otra al altar, musitó una plegaria e hincó furiosamente el diente en el ancho cuello del gallo. El cuerpo experimentó una violenta sacudida y se aflojó mientras la mujer, con la boca toda manchada de sangre, carne viva y plumas, levantaba los ojos y miraba triunfalmente a los miembros del grupo que habían presenciado la escena sin inmutarse. Roció con la sangre el polvoriento suelo en una sacrílega parodia de la ceremonia de purificación de los feligreses que lleva a cabo el sacerdote con la vara de hisopo antes del comienzo de la misa y después se agachó y examinó cuidadosamente el charco de sangre que se había formado a sus pies, soltando gruñidos y murmullos para sus adentros.

—El hombre que el rey ha elegido —graznó, volviéndose hacia el Encapuchado— es muy peligroso. Si no se le paran los pies, no os podréis vengar de la casa de los Plantagenet. El día de la liberación tan cuidadosamente preparado jamás llegará. ¡Hay que matar al escribano!

El Encapuchado la escuchó con indiferencia, como si estuviera pensando en otra cosa, y, a continuación, se volvió para decirle algo al enmascarado que tenía a su derecha. Este tomó la palabra:

—Dejemos que el escribano, quienquiera que sea, vaya dando tumbos por ahí. Es simplemente un hombre. Hay muchas trampas. Estad tranquilos. Le pararemos los pies. —Su voz se elevó con arrogancia—. El día de la liberación llegará. Entonces tened por seguro que limpiaremos el país de los reyes, obispos, curas y toda la

gentuza que nos oprime. ¡Tranquilizaos con esta certeza!

Los miembros del grupo, comprendiendo que la reunión ya había tocado a su fin, empezaron a dispersarse uno a uno, inclinándose en reverencia ante el Encapuchado antes de retirarse. Cuando todos se hubieron ido, el enmascarado se volvió hacia el Encapuchado y le señaló a la vieja bruja, todavía agachada sobre el sucio suelo como si estuviera sumida en un profundo estado hipnótico.

—Espera su recompensa —dijo—. ¿Qué le vamos a dar?

—Ya ha cumplido su misión —contestó el jefe en un susurro—. ¡Córtale la garganta!

## CAPÍTULO II

hugo Corbett, escribano de los jueces reales del Tribunal Real, estaba acurrucado sobre su camastro, envuelto en unas gruesas mantas. Bajo una tupida mata de recio cabello negro, su pálido rostro aparecía contraído en una mueca de frío. Se arrebujó mejor en las mantas y alargó sus fríos y entumecidos dedos hacia un pequeño brasero de carbón que finalmente había conseguido encender, observando cómo el vapor de su aliento se condensaba en el gélido aire. Estaba muerto de frío y no le apetecía lavarse en el cuenco de agua templada que un criado acababa de llevarle. A menudo era objeto de las burlas de sus compañeros cuando estos se enteraban de su empeño en lavarse todo el cuerpo una vez al día. Se encogió de hombros al pensarlo, arrojó las mantas al suelo y, olvidando el frío, empezó a frotarse el cuerpo con un lienzo mojado en el agua. Un médico árabe que estaba en deuda con él le había dicho que tal costumbre contribuía a reducir las infecciones. Se detuvo y contempló el lienzo con aire abatido. ¡Las infecciones! Se preguntó si algo hubiera podido impedir la peste que mató a su mujer y a su hijo. Un sordo dolor largo tiempo enterrado le recorrió el cuerpo mientras se secaba enérgicamente. Su esposa y su hijo, rostros felices, cuerpos fuertes y saludables y miembros sin tacha, se convirtieron en cuestión de pocos días en unas hediondas y nauseabundas sombras, llenas de bubones y purulentas llagas por todas partes. Murieron casi sin que él se diera cuenta y ahora estaban enterrados en el tranquilo cementerio de Alfriston en Sussex. Diez años, casi diez años, pensó, y el dolor seguía ahí. Contempló su delgado cuerpo entrecruzado de cicatrices, herencia de su participación en las guerras del rey Eduardo en Gales. Se estiró y después giró el brazo para contemplar la larga cicatriz morada que tenía entre el hombro y la muñeca. ¿Cuándo se la habían hecho, siete u ocho años atrás? Lo había olvidado todo menos el hecho de que su familia ya estaba muerta y enterrada mucho antes de que ello ocurriera. Se había ofrecido voluntario para servir en la casa del rey durante la expedición galesa, esperando que la muerte que había respetado su vida durante la peste decidiera llevárselo allí. Estuvo en el calor de las más encarnizadas batallas mientras los ejércitos de Eduardo subían hacia los traicioneros valles del sur de Gales, persiguiendo el ejército de Llewellyn, sin poder quitarse de encima el miedo que le inspiraban los galeses, los cuales aprovechaban los desolados marjales y tremedales para disparar sus flechas de lengüetas o tender emboscadas. Sus fieros guerreros desnudos aparecerían de repente ante sus ojos, armados con sus largos cuchillos de caza y dispuestos a matar a los rezagados o los incautos.

Una noche lanzaron un ataque por sorpresa contra el principal campamento inglés en su intento de localizar el pabellón real. Él fue uno de los que les impidieran el paso, luchando con denuedo delante de la tienda del rey y trabando combate con un grupo de galeses cuyos engrasados cuerpos desnudos empujaban contra la barrera de guardias reales reunidos a toda prisa para cerrarles el paso. Luchó en medio del barro, pinchó y cortó a diestro y siniestro y gritó maldiciones hasta quedar exhausto. Al

final, los galeses fueron rechazados y solo entonces se dio cuenta de que tenía una profunda y sanguinolenta herida en el brazo izquierdo. Un médico real le curó las heridas y, al regresar a Londres, no se sorprendió demasiado de que lo nombraran escribano de los jueces del Tribunal Real. Allí estaba desde entonces, redactando contratos y anotando por escrito las decisiones del tribunal sin apenas prestar atención a las desventuras humanas que tales documentos encerraban. Excepto hoy. Hoy iba a ser un día distinto y por eso se vistió a toda prisa mientras miraba a través de las grietas de uno de los postigos para tratar de adivinar qué hora sería. Las campanas de una cercana iglesia tocando a misa lo habían despertado. Su cita era al mediodía y él creía que le quedaban todavía dos horas para hacer el viaje, aunque la espesa niebla del exterior le supondría una dificultad. Terminó de vestirse y se anudó alrededor de la cintura un ceñidor del que pendían la larga vaina de cuero de su daga y una pequeña bolsa. A continuación, sacó una gruesa capa de lana de la única arca que había en la estancia y abandonó el aposento para bajar por la larga escalera de caracol. A medio camino, recordó que no había cerrado la puerta con llave e hizo ademán de volver a subir, pero enseguida se encogió de hombros. Una pequeña buhardilla con una alfombra de juncos, una pequeña cama y una arca de madera casi vacía poco hubiera podido tentar a un ladrón, por muy desesperado que estuviera. Corbett se volvió y bajó para salir a la calle.

Fuera, la espesa bruma de la mañana aún se cernía sobre el rumor de los carros. Hugo subió por la calle del Támesis, caminando por el centro de la calzada, lejos de las ventanas de las casas, desde las cuales las criadas ya estaban arrojando la basura y los desperdicios de la víspera para que los animales callejeros dieran buena cuenta de ellos y los traperos recogieran lo que quisieran. Los prohombres de la ciudad condenaban tales prácticas e incluso habían colocado vigilantes en las calles para multar a los transgresores y matar a los animales a los que sorprendieran revolviendo las basuras. Hugo se arrebujó en su capa y recordó que semejantes ordenanzas se habían incumplido durante la última revuelta. Corrían tiempos peligrosos incluso de día y por eso su mano descansaba bajo la capa en el puño de la larga daga galesa que guardaba en el cinto. Reinaba la anarquía, los grupos de rufianes conocidos como los «mozos rugientes» recorrían las calles y a menudo se escuchaba la llamada de socorro de una cuerna o una voz, en un vano intento de apresar a algún malhechor. Ciertos barrios, como, por ejemplo, el recinto y el cementerio de San Pablo, estaban prácticamente fuera de la ley y se habían convertido en el refugio de todos los villanos, asesinos y ladrones de la capital.

Cuando Hugo salió de Queenshithe, la ciudad ya se estaba empezando a despertar. Vendedores de anguilas, carboneros, aguadores y los consabidos enjambres de pordioseros se disponían a entregarse a sus prósperas ocupaciones respectivas. Las pequeñas tiendas estaban abriendo sus puertas de madera y los mercaderes y comerciantes, bien embozados contra el frío, se preparaban para el negocio. Corbett no les prestó la menor atención mientras bajaba al río azotado por el helado viento.

Al llegar al embarcadero más próximo, contrató una chalana para que lo llevara al palacio de Westminster, surcando las brumosas y agitadas aguas del Támesis. El trayecto fue de lo más desagradable y, al llegar a palacio, Corbett pensó que más le hubiera valido ir a pie. Subió los peldaños y cruzó un trillado sendero para dirigirse a la principal calzada empedrada que conducía al gran palacio de Westminster con sus característicos tímpanos y los majestuosos jardines, muros y edificios de la abadía. Llevaba años siguiendo aquel mismo camino, pero cada día la impresionante iglesia de la abadía, con sus pilares, arcadas y torres, le cortaba la respiración. Era una bellísima mole de piedra labrada que siempre producía la impresión de estar misteriosamente suspendida en medio de la bruma.

Aquella mañana, sin embargo, apuró el paso sin detenerse, avanzó entre la gente y entró en la inmensa sala abovedada del palacio, donde, en varios rincones y gabinetes, todos ellos debidamente acordonados, los jueces con sus rojas vestiduras, los escribanos sobriamente vestidos y los abogados envueltos en sus togas negras celebraban juicios y administraban justicia. Aquella sala y los edificios y estancias que la rodeaban eran la sede del gobierno del rey y el habitual lugar de trabajo de Corbett, pero aquel día, sería distinto. Se acercó a uno de los escribanos del canciller, le mostró el documento y este lo condujo a un pequeño aposento, donde hincó inmediatamente la rodilla en tierra al reconocer al canciller Roberto Burnell, obispo de Bath y de Wells. Bajito y envuelto en ropajes rojos ribeteados de armiño, Burnell le recordaba a Hugo a un pequeño querubín que una vez había visto en un cuadro de la casa de un rico mercader de la ciudad. Y, sin embargo, la calva y voluminosa cabeza y la nariz aguileña por encima de unos finos labios y una firme barbilla no tenían nada de angélicos mientras que los entornados ojos, tan duros como un ágata, más parecían los de un perro de caza que los de un alto representante de la Iglesia. Esos ojos fueron los que ahora se pasaron un buen rato estudiando a Hugo. Después, con una profunda voz sorprendentemente suave, el canciller le rogó que se levantara y se sentara en un escabel que un escribano se había apresurado a acercar antes de ser invitado a abandonar la estancia.

En cuanto el otro escribano se retiró cerrando la puerta a su espalda, Burnell se levantó y empezó a rebuscar entre unos documentos que tenía encima de la mesa. Al final, soltando un gruñido de complacencia, tomó uno de los documentos, lo desenrolló y se lo arrojó a Hugo.

—Leedlo —le ordenó—. ¡Leedlo ahora mismo!

Hugo asintió con la cabeza y desenrolló un barato pergamino en el que enseguida reconoció un escrito muy burdo que en modo alguno hubiera podido ser obra de un escribano adiestrado en la cancillería real. Era el informe de la investigación llevada a cabo por un forense en la iglesia de Santa María Le Bow:

Hallazgos del forense Rogelio Padgett llamado a la iglesia de Santa María Le Bow la mañana del 14 de enero de 1284 para examinar, en presencia de testigos del barrio, el

cadáver de Lorenzo Duket, orfebre. Se estableció que el susodicho Lorenzo Duket asesinó a Ralph Crepyn en Cheapside y huyó a la iglesia donde se refugió en la Sagrada Catedral. También se estableció que el susodicho Lorenzo Duket, temiendo las consecuencias de su acción, se quitó la vida, colgándose de una barra cerca de una ventana de la citada iglesia. El forense llegó a la conclusión de que el susodicho Lorenzo Duket fue un suicida y como tal se le debe tratar.

Corbett dejó que el manuscrito le resbalara desde las manos a las rodillas y miró al canciller real.

—¡Un hombre que se ha suicidado, mi señor! ¿Qué tengo yo que ver con eso?

El canciller soltó un gruñido y se removió en su asiento como si los cojines sobre los cuales se sentaba no protegieran suficientemente su delicado trasero de las molestias.

—¿Fue un suicidio? —preguntó—. ¿O fue un asesinato? Duket —añadió sin esperar la respuesta—, Duket era orfebre y vinatero. Un hombre de buena familia y con amigos muy influyentes. Era, además, un leal súbdito del rey y apoyó a Su Majestad en los recientes disturbios.

El canciller hizo una pausa y miró a Corbett, el cual sabía muy bien a qué «recientes disturbios» se refería.

En 1258, casi treinta años atrás, había estallado una guerra civil entre Simón de Montfort, conde de Leicester, y Enrique III, padre del rey Eduardo. Al principio, Eduardo se había aliado con los rebeldes contra su propio padre antes de preguntarse si era sensato combatir por una causa que amenazaba su propio medio de vida futuro, es decir, la corona de Inglaterra. Regresó inmediatamente junto a su padre y, tras una larga y encarnizada guerra civil, los rebeldes habían sido derrotados en la batalla de Evesham en el mes de agosto de 1265 y el cuerpo de De Montfort había sido despedazado como si fuera un perro rabioso.

Después Eduardo dirigió toda su cólera contra Londres por haber apoyado a Simón de Montfort y haberse constituido en una comunidad, es decir, en una república independiente de la Corona. Los radicales o «populares» tal como también se les llamaba, se habían adueñado de la ciudad, enarbolando la bandera negra de la anarquía y persiguiendo y asesinando a los leales a la Corona. Hasta la reina Leonor, madre de Eduardo, había sido objeto de sus ataques mientras trataba de abandonar la ciudad para trasladarse a Windsor. Los populares le tendieron una emboscada en el puente de Londres y arrojaron contra su cortejo palos, piedras y carroñas putrefactas, obligándola a refugiarse en la catedral de San Pablo. Eduardo jamás perdonó a la ciudad el trato que había dispensado a su augusta madre y, tras su victoria en Evesham, regresó a la capital e instauró el reinado del terror con todo el habitual aparato de espías, torturas, persecuciones, juicios sumarísimos y ejecuciones todavía más sumarias. La ciudad tuvo que renunciar a muchos de los privilegios, cédulas y derechos otorgados por la Corona a lo largo de los siglos. Eduardo se vengó con

dureza y solo ahora, veinte años después de Evesham, el soberano estaba empezando a suavizar el castigo.

El canciller esperó mientras Corbett meditaba acerca de lo que él le acababa de decir. Estaba muy satisfecho y sonreía para sus adentros. Había elegido al hombre más apropiado, un *terrier* humano que buscaría la verdad dondequiera que estuviera y conseguiría romper el espíritu de rebelión que imperaba en la ciudad. El canciller aborrecía el desorden y las irregularidades y en Londres abundaban ambas cosas. La ciudad era un hervidero de rencor contra la política y la justicia real, en el que las malas hierbas de la rebelión se enconaban y multiplicaban. Había que arrancarlas de raíz y Corbett les ayudaría a hacerlo.

—Bien, maese Corbett, es posible que os preguntéis qué tiene que ver este suicidio con las dificultades con que se enfrenta Su Majestad en el gobierno de esta ciudad. —El canciller hizo una pausa hasta que vio la expresión profundamente pensativa de los ojos del escribano—. Vos sabéis que el rey pretende aplastar de una vez por todas los elementos rebeldes que todavía persisten en la ciudad. El alcalde Enrique Le Waleys ha decretado toda una serie de disposiciones para meter en cintura a la ciudad. —El canciller empezó a enumerar con sus dedos las más recientes medidas de seguridad—: Las posadas y todos sus huéspedes se tienen que registrar; todos los oficios y gremios tienen que llevar un registro de sus miembros a partir de la edad de doce años. Se ha establecido un nuevo sistema de vigilancia en todos los barrios de la ciudad; toque de queda después del anochecer y confinamiento en la nueva prisión de Tun y Cornhill para todos los que quebranten.

El canciller hizo una pausa y miró fijamente a Corbett. El escribano era un hombre muy cortés, pero el brillo de sus duros ojos negros le hizo comprender al canciller que aún no estaba muy convencido. Burnell pasó por un momento de duda. ¿Sería Corbett demasiado íntegro e inflexible? Corbett, por su parte, no abrigaba la menor duda con respecto a sí mismo. Estaba esperando a que el canciller fuera directamente al grano y, cuando lo hiciera, él le prestaría toda su atención. El canciller soltó un gruñido, tomó una copa de vino caliente con azúcar y especias, la apuró y, ya un poco más tranquilo, se reclinó contra el respaldo de su asiento mientras el cálido líquido le calentaba las entrañas y serenaba su viejo cuerpo contraído a causa del frío. Sosteniendo entre sus manos la copa todavía caliente, el canciller se inclinó hacia adelante sobre la mesa.

—Os conozco muy bien, maese Corbett, con vuestro rostro obediente y vuestros ojos siempre alerta. Os estaréis preguntando qué tiene que ver ese suicidio con el rey o con la complicada política de la ciudad. Y sois demasiado cortés para preguntar qué tiene que ver con vos, un escribano del Tribunal Real, ¿no es cierto? —añadió, posando lentamente la copa—. Vos sabéis que De Montfort, a pesar de que lleva muerto casi dos décadas, cuenta todavía con muchos partidarios en la ciudad. Pues bien, Ralph Crepyn, el hombre a quien Duket mató, era uno de ellos. Un plebeyo. —El canciller hizo una pausa y esbozó una sonrisa—. No quisiera ofenderos, maese

Corbett, pero Crepyn procedía del arroyo. Una rata de alcantarilla que utilizó su capacidad para prestar dinero y resolver turbios asuntos de negocios para elevarse hasta un puesto de relevancia en la ciudad. Los miembros de su familia eran populares o radicales como se les quiera llamar, partidarios del difunto Simón de Montfort, pero Crepyn consiguió sobrevivir al derrumbamiento e incluso llegó a ocupar el cargo de regidor. Ahí tropezó con la oposición de Duket, un orfebre que también pertenecía al concejo municipal. Duket estaba molesto con Crepyn, pero sus sentimientos se trocaron en odio cuando Crepyn le prestó dinero a su hermana con un interés tan alto que la muy insensata no se lo pudo devolver. Y entonces Crepyn exigió un precio. Redujo el préstamo con una condición, la de que la hermana de Duket se acostara con él. —Burnell hizo una pausa para carraspear—. No contento con eso, Crepyn lo proclamó a los cuatro vientos y reveló picantes detalles acerca del comportamiento de la hermana de Duket en la cama. Eso fue lo que condujo a la reunión en Cheapside y a la muerte de Crepyn. —El canciller se encogió de hombros—. La muerte de maese Crepyn nos trae sin cuidado, pero el rey está furioso por la muerte de Duket y es lo bastante astuto para utilizar el incidente como excusa para investigar las conexiones de Crepyn con los rebeldes clandestinos y los sicarios del mundo criminal. —El canciller le entregó a Corbett un pequeño rollo de pergamino fuertemente atado con la cinta escarlata de la Cancillería real—. Esa es la misión que se os encomienda, maese escribano. Deberéis investigar las circunstancias que rodearon la muerte de Duket e informar directamente al rey a través de mi persona. ¿Me habéis comprendido?

Corbett aceptó el rollo, asintiendo con la cabeza.

—Muy bien —dijo—, ¿hay algún dato o algún manuscrito?

—¿Qué queréis decir, Corbett? —preguntó Burnell.

—Pues que ambos hombres eran mercaderes y seguramente tenían libros y documentos de sus transacciones.

—No —replicó el canciller con firmeza—. ¡En los documentos de Duket no hay nada y Crepyn desapareció a las pocas horas de su muerte! ¿Alguna otra cosa? —preguntó tras una pausa.

Corbett sacudió la cabeza.

—Bien —concluyó el canciller con una sonrisa—. Os deseo mucho éxito. —Burnell no hubiera añadido nada más, pero le molestaba la impermeabilidad del joven escribano—. Es una misión muy peligrosa —le advirtió—. ¡Rebuscaréis en unas ciénagas muy oscuras y el barro y las malas hierbas os podrían arrastrar y asfixiar!

## CAPÍTULO III

Corbett dedicó buena parte de la tarde a despedirse de sus compañeros del Tribunal Real. Sabía muy bien que nadie le echaría de menos. Era un forastero con muchos conocidos, pero muy pocos amigos, por lo que su provisional dedicación a un nuevo puesto apenas suscitó preguntas. A los escribanos se les solían encomendar tareas tales como misiones diplomáticas en el extranjero, verificaciones de las cuentas de alguna mansión real, cosa, por cierto, no demasiado agradable, o el recorrido de los distintos condados, siguiendo los circuitos de los jueces reales. Corbett sacó algunas de sus pertenencias del interior de un pequeño baúl de cuero que tenía en una de las salas de registros y las envolvió en un fardo; unas cuantas monedas, la sortija de su difunta esposa, un mechón de cabello de su hijo, una cuchara de asta de vaca y algún material de escritura.

Burnell le había ordenado que se pusiera inmediatamente manos a la obra y Corbett no perdió el tiempo. Pensó en la posibilidad de utilizar su mandato judicial para sacar dinero de la Tesorería, pero sabía que le resultaría un poco complicado. Los escribanos de la Tesorería recelaban de todo el mundo y muy especialmente de otros escribanos. Le harían esperar, examinarían el mandato y después le soltarían unas moneditas. No, pensó, envolviéndose en su capa, sacaría un poco del dinero que tenía depositado en las arcas de un orfebre de Cheapside y después le presentaría directamente la cuenta a Burnell. Al fin y al cabo, el dinero no era ningún problema para él, le pagaban un buen sueldo y había vendido su propiedad de Sussex. ¿Por qué mantener una casa cuando uno no tiene un hogar? Corbett trató de apartar de su mente aquellos negros pensamientos mientras abandonaba el palacio de Westminster. Una candela horaria colocada en un candelero de hierro sobre uno de los bancos de la sala le dijo que eran las tres de la tarde. La gente se estaba dispersando. Litigantes con sus fajos de documentos, abogados contentos o deprimidos, oficiales de orden con sus vestiduras multicolores, cuerdas de prisioneros saliendo de las salas de justicia para ser conducidos bajo vigilancia a las prisiones de Tun, Marshalsea o Newgate.

Corbett se abrió paso entre ellos, salió del palacio y bajó al río. Decidió enfrentarse con el mal tiempo y alquiló una chalana, a cuyo mando se encontraba el barquero más feo que él jamás hubiera visto en su vida, el cual insistió en deleitarle con la descripción de los detalles más escabrosos de la visita que había efectuado la víspera a los burdeles de la ciudad. Al final, harto del frío y la humedad de la atmósfera y cansado de oír las escandalosas historias del barquero, Hugo llegó al embarcadero de Queenshithe y subió hacia San Pablo cuando ya había oscurecido y los pocos vendedores de anguilas y aguadores que aún había por allí trataban de exprimir las últimas gotas de negocio de la jornada. Las calles ya estaban casi desiertas, los niños habían regresado a sus casas y muchos aprendices se disponían a cerrar las tiendas y a encender los faroles de cuerna, según lo ordenado por los

prohombres de la ciudad para que en las calles hubiera un poco de luz durante la noche. Corbett intuyó la sensación de tristeza que se cernía sobre la ciudad y recordó las palabras de Burnell sobre las viejas rencillas que se enconaban como pus en las calles y callejuelas de la ciudad. Compró una hogaza de un penique de la última hornada de un tahonero y se comió unos cuantos bocados mientras subía por la calle del Pez, sorteando los charcos de agua y los montones de basura entre el acre hedor de los tenderetes de venta de pescado. Se acercó un carro vacío de carbón cuyo conductor, con la cara tan tiznada como la del diablo, parecía visiblemente complacido del negocio de la jornada. Corbett se pegó al portal de una casa para cederle el paso, observando que, al otro lado de la calle, una solitaria figura permanecía acurrucada con las manos aherrojadas y un pescado podrido colgando alrededor del cuello. Algún vendedor de pescado sorprendido por su propio gremio o por las siempre vigilantes autoridades de la ciudad, vendiendo productos en mal estado y condenado por ello al escarnio público.

Corbett siguió adelante y dobló la esquina de Cheapside, una ancha avenida que atravesaba la ciudad de este a oeste y era el centro neurálgico del comercio de Londres. Allí las casas eran más grandes y lujosas, de dos o tres pisos de altura, ventanales acristalados, limpias paredes protegidas por zarzos y maderajes y gabletes brillantemente pintados, casi todas ellas con el escudo de armas del Gremio de los Orfebres. Corbett se detuvo delante de una de aquellas casas y llamó con los nudillos a la pesada puerta de madera. Se oyó un chirrido de cadenas y cerraduras antes de que la puerta se entreabriera levemente sobre sus gruesos y resistentes goznes de cuero. Un corpulento portero que sostenía en su mano una antorcha de crepitante pez, le preguntó de muy malos modos qué quería. Corbett reprimió su cólera ante la grosería de aquel hombre y solicitó hablar con el mercader Juan de Guisars. El portero estaba a punto de darle a Corbett con la puerta en las narices cuando apareció una menuda y oronda figura que tuvo que ponerse de puntillas para verle.

—Vaya —exclamó, casi empujando a un lado al portero—, pero si es Hugo Corbett. ¿Venís a depositar más dinero, maese escribano?

Hugo contempló con una sonrisa el mofletudo y generoso rostro. Siempre le había gustado De Guisars, el cual apenas se tomaba la molestia de disimular su codicia.

—No, maese orfebre —contestó Corbett—. Vengo para echar un vistazo a las cuentas y sacar un poco de dinero.

La decepción del orfebre fue tan grande que el escribano tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir la risa. Consideraba a Corbett un buen cliente que siempre depositaba dinero y raras veces lo sacaba de su cuenta. Un hombre un poco misterioso en realidad, pensó el orfebre, estudiando el tenso y moreno rostro y los entornados ojos del escribano. Su patrimonio era considerable y, sin embargo, vivía en una buhardilla de la calle del Támesis.

El astuto orfebre veía un cierto misterio en todo aquello, pero su discreción le impedía hacer el menor comentario. Lanzó un suspiro, le indicó por señas a su

visitante que lo acompañara a la oscura trastienda y ordenó al ahora obsequioso portero que encendiera unas velas y sirviera un poco de vino al visitante. De Guisars tomó el brazo de Corbett, lo acompañó al interior de la casa y le indicó un pequeño escabel. El portero, con una velita en la mano, encendió las velas de sebo y cera colocadas en candeleros de hierro en distintos lugares de una estancia que rezumaba riqueza y comodidad por todos sus poros. El suelo era de lustrosa madera y las paredes estaban cubiertas por unos gruesos tapices ribeteados de oro que representaban escenas de la Biblia. Al fondo había una gran mesa de madera de roble y una silla, por encima de las cuales se podían ver varios estantes llenos de rollos y fajos de pergamino, todos pulcramente ordenados y clasificados. A ambos lados de la mesa había unas arcas de madera reforzadas con tiras de cuero y cerradas con gruesos candados. El portero entró finalmente con dos copas de vino que Corbett identificó inmediatamente como el mejor de Gascuña, calentado y ligeramente aderezado con especias. Él y De Guisars brindaron el uno por el otro y, en cuanto el portero se retiró, el orfebre se sentó en un baúl y preguntó:

—¿Cuánto?

Corbett le miró sonriendo.

—Diez libras, pero no os preocupéis, maese De Guisars, buena parte de ellas las devolveré a la cuenta. Es por un asunto del rey.

El orfebre asintió, complacido. Sosteniendo la copa con ambas manos, le miró con cara de niño viejo.

—¿Y el asunto? —preguntó en tono esperanzado.

Corbett sabía que De Guisars le iba a hacer aquella pregunta y ya tenía la respuesta cuidadosamente preparada.

—Bien —contestó muy despacio—, os lo puedo decir. Es por Duket. Pertenece a vuestro gremio y se ahorcó en Santa María Le Bow. Me han pedido que lo investigue...

Interrumpió sus palabras al ver la reacción de De Guisars. ¿Temor? ¿Terror? ¿Tal vez incluso remordimiento? Corbett no pudo establecerlo, pero la transformación del menudo comerciante había sido asombrosa. Su rostro palideció mientras su estado de ánimo se alteraba visiblemente.

De Guisars se levantó presuroso y se acercó a uno de sus baúles de cuero. Contó en pocos minutos el dinero de Corbett, regresó sin tardanza y casi se lo arrojó a la mano como si estuviera deseando librarse de él.

—Vuestro dinero, maese escribano. —Abrió la puerta—. Ya es tarde y... —añadió, señalando con un vago gesto de la mano la parte de atrás de la casa.

Corbett se levantó, se guardó las monedas en la bolsa y se encaminó hacia la puerta.

—Buenas noches, maese De Guisars —murmuró—. Puede que tenga que regresar.

En la fría y oscura calle, Corbett oyó el portazo a su espalda y comprendió que el

encargo secreto que había recibido había agitado unas aguas un poco revueltas. Levantó la vista hacia la angosta brecha que separaba las casas de ambos lados de la calle. El cielo estaba despejado y las estrellas brillaban con intenso fulgor. Adivinó que la noche sería muy fría y apuró el paso por el casi desierto Cheapside. Al ver unas sombras en un callejón, sacó la larga daga que ocultaba bajo la capa, pero las sombras se perdieron en la oscuridad. Corbett se detuvo al llegar a una taberna. El rótulo, el calor y la luz del interior parecían invitarle a entrar. Tenía frío y estaba hambriento. De pronto, se dio cuenta de que aquel día apenas había comido, pero, al contemplar al fondo de Cheapside la oscura mole de Santa María, llegó a la triste conclusión de que la taberna tendría que esperar.

La iglesia de Santa María Le Bow se levantaba sobre su propio terreno detrás de un bajo muro de piedra, ligeramente apartada de la calle principal de Cheapside. El ancho y airoso presbiterio daba a la calle mientras que la cuadrada torre y el pórtico se levantaban al fondo y un poco más allá se encontraba el cementerio. En la parte lateral del templo y paralelo al mismo había un edificio con muros de entramado de madera y techumbre de paja que, a juicio de Corbett, debía de ser la casa de los clérigos. Ambas edificaciones mostraban un aspecto bastante descuidado y deteriorado y a su alrededor se respiraba una atmósfera de tristeza y una sensación de velada, pero siniestra amenaza que le erizó los pelos de la nuca.

Corbett rodeó lentamente la iglesia. Vio la entrada principal de la torre cuadrada y el pequeño pórtico que daba acceso a la nave del templo, pero todo daba la impresión de estar abandonado desde hacía mucho tiempo. Las ventanas tenían los postigos cerrados y el pórtico principal estaba inamoviblemente cerrado y atrancado. Levantó la vista, pero solo le devolvió la mirada el siniestro y diabólico rostro de una gárgola, desde la cual el agua de la lluvia iba goteando lentamente al suelo de abajo. Corbett rascó la tierra con la puntera de la bota y se dirigió a la casa de los clérigos. Le pareció que no había nadie, pero, tras aporrear la puerta con insistencia, oyó el rumor de unas pisadas y el chirrido de un pestillo.

—¿Quién es? —preguntó una áspera voz, teñida de temor.

—Hugo Corbett, escribano real, enviado por el rey para investigar la muerte de Lorenzo Duket.

La puerta se abrió de par en par y una alta y encorvada figura, sosteniendo en su mano una palmatoria con una vela encendida, se apartó a un lado para franquearle la entrada.

—¿Qué es lo que hay que investigar?

Corbett miró a su interlocutor de enjuto y demacrado rostro, ojos brillantes, cabeza medio calva y descuidada barba. Aquel hombre de sucia sotana oscura le desagradó de inmediato y le inspiró al mismo tiempo un cierto recelo.

—Eso es un asunto del rey, no vuestro —replicó, observando que la mano del cura, que más que una mano parecía una garra, asía con mayor fuerza si cabe la palmatoria de la vela—. Y, por cierto, ¿vos quién sois? —le preguntó.

—Soy Rogelio Bellet —contestó el hombre—. Párroco y sacerdote de la iglesia de Santa María Le Bow.

Sus ojos se apartaron de Corbett como los de un niño atemorizado mientras encendía otras velas.

Corbett miró a su alrededor en el zaguán de la casa, una vasta estancia con una puerta al fondo que seguramente conducía a otras estancias o estudios. Contempló las vigas del techo ennegrecidas por el humo y se acercó un poco más a un brasero encendido. No le gustó aquel lugar de suelo de tierra batida y sucias esteras de junco. Corbett tenía más frío en aquella casa sacerdotal que en la calle. Bellet le acercó un escabel y le ofreció vino, pero Corbett rechazó la invitación. No se fiaba de aquel hombre. En su lugar, extendió las manos hacia el calor y esperó a que el sacerdote se sentara al otro lado del brasero.

—¿En qué puedo servirlos, maese escribano?

La voz tenía un tono congradador y los finos labios del cura se habían ensanchado en una hipócrita sonrisa que dejaba al descubierto una hilera de mellados y amarillentos dientes.

—Decidme todo lo que sepáis de Lorenzo Duket.

Bellet contempló el resplandor del brasero.

—Es muy poco —replicó—. La tarde del 13 de enero, Lorenzo Duket apuñaló a otro mercader, un tal Ralph Crepyn de Cheapside. Buscó refugio en esta iglesia. Yo se lo concedí como es natural, pues el hombre estaba confuso, agotado y asustado. Después le ofrecí vino y un poco de pan y lo acompañé a la iglesia. Cerré la puerta por fuera, él la cerró por dentro y se montó una guardia de vigilancia del barrio en el exterior. A la mañana siguiente hacia la hora prima, regresé a la iglesia y descubrí que Duket había desplazado la Cátedra de la iglesia hasta el alféizar de la ventana y se había colgado de una barra de hierro. Yo y los miembros de la guardia cortamos la cuerda, depositamos el cuerpo en el suelo y avisamos al forense, el cual llamó a unos testigos y emitió su veredicto. El resto seguramente ya lo sabéis.

Corbett asintió con la cabeza.

—¿Cerrasteis la iglesia aquella noche? Quiero decir inmediatamente después de haber dejado a Duket.

—No, regresé más tarde. Duket estaba durmiendo en la Cátedra. Fue entonces cuando cerré bajo llave —contestó Bellet.

—¿De dónde sacó Duket la soga para ahorcarse?

Bellet se encogió de hombros.

—En la iglesia siempre hay cuerdas —explicó—. Cuerdas nuevas y viejas. Se utilizan constantemente en el campanario. Duket debió de encontrar una y llevó a cabo ese terrible acto de autodestrucción.

—¿El campanario está en la torre? —preguntó Corbett—. ¿Al fondo de la iglesia y sin comunicación con su interior?

Bellet asintió con la cabeza.

—¿Y Duket? —añadió Corbett—. ¿Qué cosas llevaba consigo?

El sacerdote se mordió el labio inferior y se echó hacia atrás en su escabel, pues la pregunta lo había dejado sinceramente perplejo.

—No demasiadas —contestó en un susurro—. La ropa con la que huyó, un cuchillo y una bolsa con un poco de dinero. ¿Por qué?

—Por nada —replicó Corbett, sonriendo—. Por nada. Una simple pregunta. ¿Dónde está el cuerpo?

El sacerdote le miró en silencio.

—¡El cuerpo de Duket! —repitió Corbett—. ¿Dónde está?

El sacerdote volvió a encogerse de hombros.

—Duket era un suicida y como tal fue tratado. El subgobernador de la ciudad mandó arrastrar el cuerpo por los pies sobre un pellejo de buey hasta un lugar situado fuera de las murallas donde lo enterraron en la fosa de la ciudad. El destino normal para cualquiera que haya cometido semejante acto.

—¿Y nadie —lo interrumpió Corbett—, nadie reclamó el cuerpo?

—Maese escribano —contestó Bellet, mirándole fijamente a los ojos desde el otro lado del brasero encendido—, ¡Duket fue un suicida y las enseñanzas de la Iglesia sobre este tema no admiten discusión!

Corbett frunció los labios y simuló estar profundamente perplejo.

—¿Puedo ver el interior de la iglesia?

El sacerdote señaló que estaba muy oscuro y apenas se podría ver nada. Corbett asintió con la cabeza en gesto comprensivo y prometió regresar al día siguiente. Después se despidió, alegrándose de poder alejarse de aquella estancia y de la iglesia que tan poco consuelo ofrecía a los vivos y a los muertos.

Corbett regresó a la taberna, por delante de la cual había pasado anteriormente y entró para disfrutar de la luz y el calor. Se sentó junto a una mesa de tijera, se bebió un poco de caldo de buey con muchos puerros y ajos y después se tomó una buena jarra de embriagadora cerveza. Había entrado en calor, se sentía mucho más tranquilo y no le apetecía regresar a casa en aquellos momentos. Por consiguiente, le alquiló al tabernero una manta y un poco de espacio para dormir sobre los juncos del suelo. Estaba muy cansado, pero no podía olvidar la oscuridad de la iglesia ni al siniestro sacerdote. Recordó vagamente ciertas historias que había oído contar o había leído acerca de Santa María Le Bow. Un malhadado edificio. Pero ¿por qué? ¿Dónde lo había oído decir? Mientras su cansado cerebro buscaba la respuesta, recordó de repente un hecho inquietante. El sacerdote lo estaba esperando, como si fuera normal que el rey enviara siempre a un escribano de alto rango para que investigara todos los suicidios que se producían en la ciudad. Aún estaba reflexionando sobre la cuestión, cuando se hundió en un profundo sueño.

## CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente, Corbett fue despertado por una zarrapastrosa criada de la taberna. Estaba medio atontado y se notaba la cabeza espesa después de los acontecimientos de la víspera. Se calentó junto al fuego de uno de los hogares de la cocina mientras desayunaba con cerveza y una rebanada de áspero pan de centeno. Después tomó sus pertenencias y bajó hacia Cheapside, deteniéndose en el tenderete al aire libre de un barbero, el cual le rasuró el labio superior y la barbilla con consumada habilidad y, respondiendo a su amable interrogatorio, le facilitó detalles sobre el forense del lugar que había llevado a cabo las pesquisas sobre Lorenzo Duket. Rogelio Padgett era médico y ejercía su oficio en una de las callejuelas secundarias de Cheapside. Al salir de la barbería, Corbett se dirigió a la casa, un modesto edificio de entramado de madera, sobre cuya puerta colgaba el impresionante emblema dorado del mortero y la mano de mortero.

Padgett era un parlanchín hombrecillo muy pagado de sí mismo y de su condición de médico y forense. Con su presuntuosa figura envuelta en una capa escarlata con aberturas ribeteadas de azul y forro de tafetán, examinó cuidadosamente el mandato de Corbett antes de invitarle a pasar a la estancia inferior de la casa que utilizaba como consultorio. Corbett no se fiaba de los médicos y pensaba que sus artes secretas eran un engaño. Miró a su alrededor y pensó que Padgett debía de ser como los demás. En el suelo había un mapa del Zodíaco y los estantes de las paredes estaban llenos de jarras de arcilla en las que figuraban claramente escritos los nombres de «sen», «beleño», «digital», o «piel de anguila». Sobre la mesa había un gran cuenco de madera lleno de un finísimo polvo blanco que le hizo toser y estornudar hasta que el médico lo cubrió con un lienzo húmedo.

Padgett se acomodó en el único sillón que había en la estancia y, sin preocuparse para nada por la comodidad de Corbett, le preguntó bruscamente:

—¿En qué os puedo servir, maese escribano?

—Habladme de Lorenzo Duket, de cómo y cuándo encontrasteis el cadáver.

El médico se hundió en su asiento, asió los brazos con los dedos, levantó la vista por encima de la cabeza de Corbett y habló como si recitara un poema.

—Lorenzo Duket fue descubierto ahorcado en la iglesia de Santa María Le Bow poco después del amanecer del día catorce de enero. Creo que el párroco, el sacerdote Bellet, descubrió el cadáver. —Padgett miró a Corbett directamente a los ojos y le preguntó—: ¿Habéis hablado con él?

Corbett asintió con la cabeza y Padgett le dirigió una extraña mirada antes de añadir:

—En cualquier caso, Bellet cortó la cuerda y dejó el cadáver en el suelo de la iglesia. Yo y un grupo de testigos, acudimos a examinar el cadáver. No se observaban señales de violencia y en la piel no había ninguna erosión ni ninguna otra señal de agresión. La única herida era el corte de color morado del cuello y una gran

magulladura por debajo de la oreja derecha, ambas cosas provocadas por el lazo y el nudo de la cuerda que Duket se ató alrededor de la garganta antes de ahorcarse. Una gruesa barra metálica asoma justo al lado de una de las ventanas y la Sagrada Cátedra había sido empujada debajo de la misma. Parece ser que Duket la utilizó para alcanzar la barra y atar la cuerda a su alrededor, después se debió de pasar el lazo por el cuello y, finalmente, saltó de la Cátedra. El único detalle extraño fueron esos hilos de seda negra que se encontraron alrededor del dogal. —El médico se los entregó a Corbett, el cual los examinó detenidamente antes de guardarlos en su bolsa. Después, Padgett miró a Corbett e hizo una mueca de hastío con su pequeña y severa boca—. Eso es todo. Las señales que se encontraron eran las propias de una persona ahorcada. Los intestinos y el estómago estaban vacíos, el rostro había adquirido un tinte azulmorado, la lengua estaba hinchada y mordida y los ojos desorbitados.

—¿Nada más? ¿Ni la más mínima señal de violencia? —preguntó Corbett, interrumpiéndole con impaciencia.

—Todo estaba tal como yo os lo he descrito —contestó Padgett muy despacio—. Creo que Duket mató a Crepyn, se refugió en la iglesia y, por temor o remordimiento, se ahorcó.

—¿Decís que en el cuerpo no había ninguna otra huella o señal? —repitió Corbett, levantando una mano para calmar la evidente irritación del médico antes de añadir—: Sé que vuestro informe fue muy exhaustivo, por supuesto. El señor canciller así me lo comentó, pero ¿hubo algo que vuestro experto ojo observó, pero rechazó por considerar que no guardaba la menor relación con la muerte?

—Solo una cosa —se apresuró a contestar el médico en tono relamido—. Duket tenía unas magulladuras en la parte superior de ambos brazos, pero seguramente no eran más que unas magulladuras sin ningún significado.

Corbett le miró sonriendo.

—Gracias, maese Padgett. Si recordarais alguna otra cosa, os ruego tengáis la bondad de mandármelo decir a la Cancillería.

Antes de que el desconcertado médico pudiera contestar, Corbett cruzó la puerta y salió, echando a andar calle arriba para volver a Cheapside.

Un pálido sol se había abierto camino en el encapotado cielo, dando lugar a la habitual afluencia de gente en Cheapside. Los amanuenses con sus mesitas portátiles ya se estaban disponiendo a iniciar su trabajo. Todos los tenderetes estaban abiertos, las tiendas habían abierto sus puertas y reinaba por doquier una gran animación. Había mercaderes vestidos con prendas de paño flamenco y calzados con botas de cuero, abogados con rollos de pergamino bajo el brazo, aprendices con sobrevestes y calzas y mujeres de todas clases y condiciones, entre ellas, altivas damas con pesados vestidos y ceñidores cuajados de piedras preciosas que se cubrían la cabeza con tocas de lino y se protegían del frío con capas forradas de piel.

Los ruidos y clamores de la calle eran muy desagradables para Corbett, acostumbrado a la serena quietud de la Cancillería. Mercaderes y pañeros trataban de

mostrarle sus terciopelos, sedas y linones. Los vendedores de los tenderetes de comida y los tahoneros ofrecían calientes chuletas de buey con especias y empanadas de carne con puerros y cebollas. Dos comerciantes estaban discutiendo a propósito de unas ollas de peltre. Corbett vio a un par de rateros hurgando en unas faltriqueras y asió fuertemente su bolsa bajo la capa, siempre alerta contra la legión de ladrones de la capital. Un grupo de guardias estaba conduciendo una cuerda de desventurados presos a través de la multitud hacia las cárceles de Tun o Newgate, mientras los que se consideraban afortunados por no ser de su condición sometían a los malhechores a toda suerte de injurias e insultos. Dos ramerías vestidas tan solo con sus enaguas miraban con audacia a la gente y tanto su descarado aspecto como las lascivas risitas de algunos espectadores permitían adivinar que muy pronto volverían a su oficio.

En determinado momento, los empujones de la gente fueron tan fuertes que Corbett se asustó, recordando un fatídico apretujamiento de cuerpos delante del pabellón real en Gales muchos años atrás. Sin embargo, pasó el momento y él consiguió abrirse camino hasta la puerta que conducía a Santa María Le Bow, donde experimentó una vez más la misma sensación de desolación y temor que lo había asaltado la víspera mientras trataba infructuosamente de recordar lo que sabía acerca de aquella iglesia. El lugar estaba prácticamente desierto y solo había unos cuantos mirones que se retiraron rápidamente cuando la figura de Bellet, envuelta en unos negros ropajes, se acercó para recibir a Corbett.

—Ah, maese escribano.

El clérigo extendió una huesuda mano que Corbett estrechó. Las tensas facciones y las negras vestiduras solo sirvieron para intensificar el siniestro temor del escribano.

—Vengo para ver la iglesia —anunció Corbett, utilizando un tono más brusco del que hubiera querido—. Ahora, a la luz del día.

—¡Todo os será revelado! —replicó el cura.

A Corbett le pareció que Bellet se mostraba más tranquilo que la víspera, pero no hizo ningún comentario y se limitó a seguirle hasta el pórtico principal de la iglesia. El interior estaba oscuro y olía a moho y humedad. Corbett se detuvo, miró a su alrededor y le llamó la atención una estrecha puerta con tachones de hierro situada a su izquierda. Olvidó todo lo demás y se acercó a ella para abrirla.

—Está cerrada —le dijo Bellet en tono relamido—. Lleva meses cerrada. Conduce al campanario y al tejado de la torre, pero, si queréis... —añadió en tono de hastío.

—Sí —replicó resueltamente Corbett—. Lo quiero. ¡Abridla!

El clérigo curvó los labios en una leve sonrisa, rebuscó en un pesado llavero que colgaba de su cinto y, al final, abrió la puerta cuyos oxidados goznes protestaron ruidosamente. Corbett se adelantó al cura y empezó a subir por la húmeda y mohosa escalera de caracol. El campanario estaba arriba de todo con sus grandes campanas de bronce momentáneamente en silencio. Corbett les echó un indiferente vistazo y,

corriendo unas pesadas aldabas de hierro, empujó con fuerza una gruesa trampa de madera que había por encima de su cabeza hasta conseguir levantarla.

El viento le azotó el rostro cuando salió de la trampa que daba acceso al tejado de la torre. Se acercó a un murete almenado, dirigió la vista hacia Cheapside y vio que todo estaba envuelto en la bruma y parecía muy pequeño desde allí arriba. La ciudad se extendía a ambos lados, una hilera de tejados y casas hacia el sur y unos pardos campos cubiertos de nieve hacia el norte, más allá de Newgate y de la vieja muralla. Corbett miró a su alrededor. Alguien hubiera podido ocultarse allí y bajar posteriormente a la iglesia, pero tanto la trampa como la puerta de la torre daban la impresión de llevar cerradas muchos años y, si algún intruso las hubiera utilizado, hubiera puesto sobre aviso a Duket, a los hombres que montaban guardia y a medio barrio de Cheapside. Corbett sacudió la cabeza y volvió a bajar al lugar donde el clérigo le estaba esperando con una irónica sonrisa en los pálidos labios.

—¿Habéis encontrado algo, maese escribano?

Corbett hizo caso omiso del sarcástico tono de su voz y estudió el pórtico. En una esquina, las cuerdas de las campanas colgaban a través de una pequeña abertura del techo; debajo de ellas, enrollados en desordenados montones, había otros trozos de cuerda. Algunos eran nuevos y otros parecían viejos y gastados por el uso.

—¿De aquí tomó Duket la cuerda?

—Sí —contestó el clérigo, asintiendo con la cabeza—. Debió de bajar hasta aquí para tomar la cuerda y después debió de regresar al interior.

—¿En la oscuridad? —preguntó Corbett.

—¿Qué queréis decir? —fue la agria respuesta.

—Quiero decir —explicó Corbett muy despacio— si Duket estaba dentro en medio de la oscuridad y se acercó hasta aquí para tomar un trozo de cuerda con que ahorcarse.

—Tenía una vela —se apresuró a contestar Bellet.

—Si la tenía, no la utilizó —dijo Corbett, haciendo un amplio gesto con la mano—. ¡No hay el menor resto de cera en el suelo! —Miró a Bellet y observó que la irónica sonrisa había desaparecido de su rostro—. Debía de estar muy nervioso —añadió— y caminaba en medio de la oscuridad, sosteniendo una vela en la mano. Cabe suponer que la mano le temblaba. —Corbett restregó la puntera de su bota contra el suelo—. ¡Aquí tendría que haber más cera que polvo!

El escribano se volvió y avanzó por la embaldosada y ancha nave del templo que se extendía hasta la celosía del coro, una separación de enrejado de madera con una enorme puerta de madera en su centro, a través de la cual se accedía al presbiterio y las gradas del altar mayor. A ambos lados de la nave había una hilera de sólidas y gruesas columnas. Cada uno de los brazos del crucero estaba oscuro y vacío, exceptuando unos reclinatorios de madera y los despintados frescos de los sucios muros encalados. En lo alto de cada uno de los brazos del crucero se abría una hilera de pequeñas ventanas ovaladas. Corbett levantó la vista hacia ellas y observó que

todas estaban firmemente cerradas por dentro y por fuera, menos una cuyos postigos aparecían abiertos, pero era demasiado pequeña como para que un hombre hubiera podido entrar a través de ella sin que le vieran ni Duket ni la guardia del exterior del templo.

Se arrebujó en su capa y siguió avanzando por la nave mientras las suelas de cuero de sus botas resonaban como redobles de tambor por toda la iglesia. Oyó el rumor de las pisadas del clérigo siguiéndole tan cautelosamente como una rata que corriera por un canalón. Finalmente, llegó al presbiterio. La Sagrada Cátedra de madera maciza parecía un trono y estaba situada al pie del blanco altar de piedra. Allí no había nada, pero Corbett pensó que jamás en su vida había visto un presbiterio tan desnudo y solitario. El altar mayor de mármol se elevaba impasible por encima de él sin adornos de flores ni lienzos de lino. Detrás había un muro de fondo con un despintado fresco, por encima del cual una solitaria lámpara roja brillaba con trémula luz en la oscuridad del presbiterio. Corbett vio unos reclinatorios a ambos lados. Levantó la vista hacia una ventana de tres huecos cuyos vidrios estaban ensamblados con alambres y cuerno y a través de la cual penetraba casi toda la luz, pues las hileras de ventanas que la flanqueaban tenían los postigos cerrados como todas las restantes ventanas del templo.

Se desplazó a la derecha del presbiterio y contempló la barra de hierro que se proyectaba hacia afuera desde el muro, al lado de una gran ventana con los postigos cerrados.

—¿Es esa la barra?

De pie a su espalda con la mano apoyada en el brazo de la Sagrada Cátedra, el clérigo asintió con la cabeza.

—Sí —contestó—. Duket empujó la Cátedra. Debió de subirse a ella para atar la cuerda alrededor de la barra.

Corbett se volvió y miró directamente a Bellet, sacudiendo la cabeza.

—No estoy demasiado seguro —dijo.

Después, sin esperar una respuesta a su comentario, regresó a la nave de la iglesia y cruzó el pórtico, girando a unos campos que había por debajo de la calle del Viernes, en los que trabajaban los curtidores extranjeros. En el lugar se estaba construyendo en aquellos momentos una enorme cisterna que almacenaría el agua transportada desde el río Tyburn a través de unos conductos de madera de olmo. Allí se levantaba también la horca. Dos cadáveres muy recientes a juzgar por su aspecto colgaban del tosco madero transversal del patíbulo. En cualquier otro momento, Corbett hubiera pasado rápidamente de largo por delante de semejante escena, pero ahora, sin poder quitarse de la cabeza la imagen de Lorenzo Duket colgando en el interior de la iglesia de Santa María, se acercó para estudiar detenidamente los cadáveres sin preocuparse demasiado por el nauseabundo hedor que despedían. Una vez satisfecha su curiosidad, reanudó su camino y trató de localizar la casa de Duket. Casi todas sus preguntas fueron recibidas con miradas inexpresivas, pero, al final,

encontró a alguien que le indicó una casa que se levantaba en la esquina de la calle del Pan. Corbett pensó que en el sencillo edificio de dos pisos no debía de haber nadie, pues la puerta principal estaba cerrada lo mismo que los postigos. A pesar de todo, aporreó la puerta y solicitó que la abrieran «en nombre del rey». Se oyeron unas pisadas y el chirrido de unas aldabas, se abrió la puerta y apareció una mujer de mediana estatura vestida de negro y con el cabello cobrizo recogido en una toca. La expresión de su severo rostro denotaba una profunda tristeza. La única concesión a la moda era una cadena de filigrana de oro que le rodeaba la cintura y el encaje blanco que ribeteaba los puños de su vestido y su largo y esbelto cuello. Sus labios estaban fruncidos en una leve mueca de hastío y sus ojos grises, miraban con cierta arrogancia. Corbett le entregó el mandato, ella lo tomó y lo leyó formando lentamente las palabras con los labios, se lo devolvió y le franqueó la entrada, abriendo los postigos para que entrara un poco de aire y de luz. En la estancia solo había unos baúles de cuero y varios montones de ropa.

La mujer se pasó un buen rato estudiando a Corbett en silencio. Después, le dijo en voz baja:

—Soy Juana Duket. ¿Qué deseáis de mí?

Corbett procuró no prestar atención al sugestivo tono de su voz y le explicó su interés por la muerte de Lorenzo Duket. Aunque vestía de luto, la mujer no parecía demasiado turbada por la muerte de su hermano. Solo cuando Corbett mencionó el nombre de Crepyn, sus ojos se entornaron y sus mejillas se tiñeron de rubor.

—No le tenía el menor aprecio a Crepyn, maese escribano —replicó—. Era... —trató de buscar las palabras más adecuadas.

—¿Un chantajista?

—¡Sí, maese Corbett, un chantajista, un miserable, un fornicador y un deshonorador de mujeres!

—¿O sea que la historia es cierta? —preguntó Corbett.

Juana no contestó, pero apartó el rostro y asintió enérgicamente con la cabeza.

—¿Y es por eso por lo que Lorenzo lo mató? —insistió Corbett.

Juana se volvió a mirarle y soltó una carcajada casi histérica.

—Maese escribano, mi hermano y yo, aunque compartimos la misma matriz y más tarde la misma casa, no nos teníamos mucho aprecio —explicó—. Mi hermano no mató solo por mí. ¡Había otras cosas! ¡Yo no lo sé, pero la Perra lo sabrá! —añadió, mirando furtivamente a Corbett.

—¿Quién es la Perra, señora?

—Alicia de Bowe, la que tiene una taberna en la calleja de San Marcos donde se reúnen gentes de su condición. Reginaldo de Lanfer, Roberto Pinnot, Pablo Stubberhead, Tomás Coroner... —su voz se perdió mientras sus dedos retorcían la cadena que le ceñía la cintura—. Era la amante de Crepyn. ¡Una repugnante ramera! —añadió, escupiendo las palabras—. Crepyn me obligó a yacer con él, a desnudarme y a adoptar posturas indignas y después les contó a ella y a los demás lo que había

ocurrido.

Juana se sentó en uno de los baúles, sosteniéndose la cabeza con las manos.

Corbett la miró sin decir nada. Después le preguntó:

—¿Lorenzo también era amante de Alicia?

Juana echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—A mi hermano, maese escribano, no le gustaban las mujeres. Ignoro la causa de su disputa con Crepyn y es algo que me trae sin cuidado —explicó, mirando a Corbett directamente a los ojos—. Dentro de unos días me iré de esta casa. Tengo parientes en Oxford y pienso instalarme allí. —Se levantó y se alisó los pliegues del vestido—. Eso es todo, maese Corbett. Os deseo lo mejor.

Abrió la puerta y se apartó a un lado para que Corbett la cruzara y saliera a la calle.

Una vez fuera de la casa, Corbett se sintió repentinamente cansado, hambriento y deseoso de irse a la cama. Se compró una empanada en un tenderete y se la comió mientras caminaba, firmemente decidido a mantenerse apartado de las tabernas y de sus embriagadoras bebidas, por lo menos por una noche. Había iniciado su tarea tal como tenía que hacer un buen escribano, reuniendo datos e información, y ahora quería ordenarlo todo de una forma coherente. Sin embargo, había varias cosas que lo desconcertaban y sabía que su mente adiestrada en las sutilezas de la Cancillería no descansaría hasta que consiguiera encajar todas las piezas.

Se desvió de Cheapside, bajó por la calle Paternóster y, al final, llegó a su casa de la calle del Támesis cuando ya estaba anocheciendo. Entró, le pidió un brasero encendido a la dueña, que era la malhumorada esposa de un mercader, y subió los peldaños que conducían a la buhardilla. Se tendió en la cama envuelto en su capa y pensó en todo lo que había dicho, visto y oído. Poco a poco, empezó a surgir una pauta en su cabeza. Entonces encendió unas velas, deshizo su fardo y, sacando la bandeja de escribir, empezó a anotar lentamente en un trozo de pergamino usado los hechos que tan claramente veía en su mente.

## CAPÍTULO V

Aquella mañana Corbett durmió hasta muy tarde y, al despertar, volvió al documento que había redactado la víspera, lo estudió con cuidado e hizo distintas correcciones hasta quedar plenamente satisfecho. Se lavó y se vistió, comió rápidamente un bocado, tomó su capa para salir a la calle y se encaminó presuroso hacia el río. Un claro sol invernal contribuyó a fortalecer sus serenas expectativas a propósito de aquella misión. Creía saber lo que había ocurrido en la iglesia de Santa María Le Bow, aunque estaba perplejo acerca del por qué y el cómo. Siguió dando vueltas a las preguntas durante el breve paseo hasta la Compuerta Oriental donde alquiló una barca para trasladarse a Westminster. El trayecto fue rápido, hediondo y muy frío. Desembarcó en Westminster, se cubrió la cabeza con la capucha de su capa para no ser reconocido y se abrió paso entre la gente, rodeando el edificio principal para dirigirse a la parte de atrás. Allí se encaminó hacia una pequeña dependencia, llamó a la puerta y solicitó entrar. Cuando una voz quejumbrosa le dijo que se fuera, volvió a llamar hasta que, al final, se abrió la puerta y apareció un hombre de elevada estatura y ascético aspecto, vestido con unos largos ropajes de color marrón. Tenía un enjuto y pálido rostro surcado por numerosas arrugas y la luz del exterior lo obligaba a entornar los lagrimosos ojos.

—Maese Couville, soy yo, Hugo Corbett. ¿Tan ciego estáis que no podéis verme u os habéis hecho tan viejo que ya no me reconocéis?

Una sonrisa iluminó el tenso rostro del anciano mientras unas huesudas manos con visibles venas azuladas asían afectuosamente los brazos de Corbett.

—Solo tú, Hugo, podrías atreverte a insultarme —murmuró el anciano—. ¡Mi mejor discípulo! Pasa, pasa. Hace frío aquí afuera.

Hugo entró en una estancia débilmente iluminada en la que se aspiraba el olor del sebo y el carbón, mezclado con la fragancia del cuero y de los viejos pergaminos. Había una mesa de tijera y un gran sillón. El resto de la sala aparecía ocupado por varios arcones de cuero y de madera de todos los tamaños. Algunos estaban llenos de rollos de pergamino que se derramaban hasta el suelo. Otros rollos se amontonaban en unos estantes que llegaban hasta el ennegrecido techo. Todo estaba aparentemente desordenado, pero Corbett sabía que Couville era capaz de encontrar en un santiamén cualquier manuscrito que necesitara. El edificio formaba parte de los archivos de la Cancillería y del Tesoro y su origen se remontaba a varios siglos atrás. Cuando se redactaba o se recibía algún documento, este se archivaba en su lugar correspondiente y el encargado de dicha tarea era Nigel Couville, un antiguo escribano de la Cancillería, al cual se había encomendado aquella misión como beneficio o sinecura en recompensa por sus dilatados y fieles servicios a la Corona. Couville había sido el maestro y mentor de Corbett cuando este empezó a trabajar como escribano y ambos se habían hecho íntimos amigos a pesar de la diferencia de edad y de experiencia que los separaba.

Hubo varias preguntas y comentarios, pero Corbett lo esquivó todo hábilmente hasta que Couville se echó a reír.

—Vamos, Hugo —le dijo—, ¿qué es lo que quieres? Sé que has venido con un propósito muy concreto aparte el de burlarte de un viejo.

Corbett sonrió, asintió con la cabeza y le describió su misión con la mayor rapidez que pudo, explicándole con todo detalle lo que buscaba. El anciano le escuchó pacientemente. Cuando Corbett terminó, Couville se levantó y, cubriéndose la boca con una mano, miró a su alrededor, desplazando la mirada de un arcón a otro.

—Lo siento, Hugo —dijo, sacudiendo la cabeza—. En eso no te puedo ayudar. Lo que estás buscando tiene que estar en uno de los almacenes de la Torre. —Corbett se desanimó ante la perspectiva de otro largo viaje y de varios días e incluso semanas de búsqueda entre los miles de archivos de la Torre bajo la vigilante y entrometida mirada de algún escribano desconocido. Couville intuyó su amarga decepción y apoyó una escuálida mano sobre el hombro de su joven amigo—. No te preocupes, Hugo. Te conseguiré lo que necesitas. Ejerzo todavía una cierta autoridad. Puede que tarde uno o dos días, pero te lo conseguiré y te lo enviaré.

Corbett abrazó al anciano.

—Os doy las gracias —le dijo—. ¡De este modo me podréis compensar por lo menos de los sinsabores que pasé por culpa de vuestra severidad!

Dicho lo cual, dio media vuelta mientras el anciano le lanzaba cariñosos improperios y le rogaba que no tardara en hacerle una visita un poco más larga.

Pero Corbett, embozado y encapuchado, ya estaba pisando el barrizal del exterior, levemente decepcionado por el resultado de su gestión ante Couville, pero firmemente decidido a efectuar cuanto antes una visita al callejón de San Marcos y la taberna de Alicia de Bowe. Conocía muy bien aquel lugar, una callejuela de las inmediaciones de la calle Paternóster, cerca de la iglesia-catedral de San Pablo. Recorrió un trecho del camino a pie, pero después, al llegar a la calle de la Armada, pidió que lo llevara un carretero que transportaba productos del campo a los tenderetes y mercados de la ciudad. Al llegar a la calle Paternóster, dejó al carretero y bajó por el callejón de la Hiedra, saliendo a una plaza cerrada por un extremo por el convento de los franciscanos y, por el otro, por la impresionante iglesia de San Pablo. A pesar de lo tardío de la hora, había muchas tiendas y tenderetes donde la gente seguía comprando y vendiendo. Corbett sujetó fuertemente su bolsa y apoyó la otra mano en la daga al cruzar la gran puerta oriental que conducía a San Pablo. Aquellas calles eran un conocido lugar de reunión de los llamados «Cabezas de Lobo», los forajidos y delincuentes que vivían en las inmediaciones de la iglesia para poder refugiarse en ella en caso de que se presentaran las fuerzas del orden.

Corbett cruzó el pórtico principal de San Pablo y avanzó por la nave abovedada hasta llegar al lugar donde solían congregarse todo tipo de gentes. En el extremo occidental había doce amanuenses dispuestos a redactar todo tipo de documentos, títulos, cartas y escrituras para cualquier persona que contratara sus servicios. Los

procuradores con sus vestiduras ribeteadas de armiño permanecían de pie en los pasillos, conversando con sus clientes o discutiendo entre ellos cuestiones legales mientras varios criados aguardaban junto a una columna a la espera de que alguien los contratara. Corbett miró a su alrededor hasta que vio a la persona a la que estaba buscando, un escribiente con sus bandejas de escritura, sentado en su sillón en un pequeño gabinete. Parecía casi un pájaro humano, con unas manos como garras, una pequeña cabeza redonda inclinada hacia un lado y un jovial y rubicundo rostro bajo una mata de cabello blanco. Corbett se acercó a él.

—¡Mateo! —lo llamó—. ¿Qué tal va el negocio?

El escribiente le miró, extendió las manos y se encogió de hombros.

—Va y viene. ¿En qué puedo ayudarte?

—Alicia de Bowe —contestó Corbett—. Tiene una taberna en el callejón de San Marcos. ¿Qué sabes tú de ella?

Corbett sabía que Mateo era un chismoso incorregible que conocía como nadie todos los escándalos de la ciudad. Le extrañó ver el parpadeo de sus ojos y la expresión de temor que se dibujó en su semblante. Mirando muy nervioso a su alrededor, Mateo le indicó a Corbett por señas que se agachara a su lado.

—¿Es por la muerte de Crepyn y el suicidio de Duket en Santa María? —le preguntó.

Corbett asintió con la cabeza y Mateo se mordió el labio inferior con inquietud.

—Ten mucho cuidado —le dijo en un susurro—. Dicen que Alicia es una mujer muy peligrosa. Corren rumores de que era la amante de Crepyn. Tiene relación con la poderosa familia Lanfor. Se casó con el vinatero Tomás de Bowe que era muy viejo y murió poco después de la boda, dejándole en herencia el negocio familiar. Su taberna se llama La Mitra y es un lugar muy grande y peligroso. Y ahora vete, te lo ruego.

Corbett obedeció, sorprendido ante la reacción del amable escribiente y preocupado por el hecho de que un simple nombre hubiera podido provocar su temor.

Encontró la taberna de La Mitra en el callejón de San Marcos, un edificio cuyo piso superior se proyectaba hacia afuera sobre la puerta principal. El característico poste de las cervecerías y un rótulo con una mitra episcopal sobre fondo negro lo convertían en el edificio más llamativo de la calle. Al entrar, Corbett observó que el rostro del obispo que figuraba en el rótulo era una amarga caricatura de un clérigo arrogante, cruel y codicioso. El interior estaba oscuro, pero mucho más limpio de lo que solían estar semejantes establecimientos. El local era una alargada y espaciosa estancia de paredes encaladas y suelo cubierto de juncos y hierba desmenuzada. El techo era muy alto y tenía las alfardas ennegrecidas por el humo de una chimenea construida en el centro. A lo largo de las paredes había escabeles, toscos bancos y mesas de tijera.

Un corpulento y calvo sujeto que se encontraba de pie junto a la chimenea escudriñó a Corbett con sus ojillos de cerdo antes de retirarse no sin antes echar un vistazo a los parroquianos diseminados por el local. Había los habituales borrachos

dormidos sobre las mesas, varios solitarios personajes totalmente inmersos en sus pensamientos o en sus copas y un grupo jugando perezosamente a los dados bajo la atenta mirada de una prostituta vestida de rojo que se adornaba la cabeza con un vistoso tocado. Unos mozos servían vino y cerveza a los parroquianos bajo la severa vigilancia del calvo gigante. Solo unos hombres sentados en un rincón observaron la llegada de Corbett, le estudiaron un momento y enseguida reanudaron su conversación.

Corbett se sentó a una mesa y le pidió vino y comida a uno de los mozos. Mientras comía, echó un vistazo a su alrededor. Se dio cuenta de que lo habían reconocido y casi lo esperaban y de que lo que estaban viendo sus ojos era una escena especialmente preparada para él. Al cabo de un rato, hizo señas al calvo de que se acercara. El hombre vio su gesto, pero tardó un poco en contestar. Después, se mordió una uña, arrojó un escupitajo al fuego de la chimenea y se acercó a él.

—¿Señor? —dijo con una estridente voz muy poco en consonancia con su aspecto.

—Me llamo Hugo Corbett, soy escribano del Tribunal del Rey y vengo por encargo suyo. Soy portador de un mandato y quisiera hablar con la señora Alicia de Bowe.

Sus palabras, como piedras arrojadas a un estanque, provocaron unos escarceos y un círculo de silencio a su alrededor. Las conversaciones se convirtieron en murmullos, los dados enmudecieron y, aunque las cabezas no se volvieron, él comprendió que todo el mundo había aguzado el oído para escucharle. El gigante se limitó a mirarle con sus negros ojillos y después, haciéndole una indicación, dio media vuelta para dirigirse al fondo de la taberna. Corbett le siguió a la cocina, una estancia de paredes encaladas con una larga mesa cubierta de cacharros de peltre y de barro. Al fondo había una chimenea con un trozo de carne asándose en un espetón y, por encima de ella, una hilera de ganchos de hierro para colgar carne.

Todo estaba muy limpio y se aspiraba el aroma de las hierbas trituradas y las especias que contenían varios tarros colocados en unos estantes de la pared. Al fondo de la mesa, una mujer estaba estudiando en silencio un trozo de pergamino. Cuando entró Corbett, levantó la vista y escondió el pergamino bajo la mesa. Corbett jamás había visto una belleza semejante. Un tocado flamenco de encaje blanco enmarcaba un rostro aceitunado de grandes ojos oscuros, nariz perfectamente cincelada y labios capaces de tentar al más piadoso de los ermitaños. Un rizo de cabello negro se había escapado del tocado y descansaba sobre una de sus tersas mejillas. La mujer era muy menuda y lucía un vestido verde con ceñidor de oro que realzaba la belleza de una espléndida figura de exuberante busto y talle tan fino como el de una avispa. Corbett se la quedó mirando con asombro mientras el gigante lo presentaba. La mujer le miró con semblante risueño y esbozó una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes de perla. Estaba claro que se alegraba de verle.

—Y bien, maese Corbett, ¿qué podemos hacer por vos? —Su voz era baja y

sorprendentemente profunda. Corbett pensó que se estaba burlando de él y se quedó allí plantado como un palurdo. La mujer se volvió hacia el gigante que todavía permanecía amenazadoramente de pie al lado de Corbett y le dijo—: Pedro, ya puedes retirarte. No creo que maese Corbett haya venido aquí para llevarme presa. ¡Creo que estoy a salvo, aunque sospecho que maese Corbett no está demasiado tranquilo!

Sus comentarios contribuyeron a fortalecer la seguridad y la confianza de Corbett.

—Señora —le dijo el escribano—, he venido aquí para haceros unas cuantas preguntas en nombre del rey.

Su voz se perdió en el silencio mientras la mujer le miraba con expresión burlona.

Alicia le indicó uno de los bancos, Corbett se sentó mientras el gigante Pedro regresaba en silencio a la sala exterior de la taberna. Corbett contempló el delicado grano de la madera de la mesa y reprimió el deseo de volver a mirar aquellos grandes ojos oscuros. Se sentía tan atraído por aquella mujer como un ciervo perseguido y sediento se siente atraído por un cristalino manantial de agua. Cuando oyó que los pasos del gigante se alejaban, levantó la vista y entonces se dio cuenta de que los ojos de la mujer no eran negros sino intensamente azules y que estaban rodeados por unas finas arrugas.

—Señora Alicia —le dijo sin andarse con rodeos—, ¿qué sabéis vos sobre la muerte de Lorenzo Duket?

Alicia le miró, frunciendo los labios con expresión pensativa.

—¿Y qué tendría yo que saber, maese escribano? —contestó—. Supongo que vos sabéis que yo conocí tanto a Duket como a Crepyn, pero no tengo nada que ver con la muerte de ninguno de ellos.

Corbett intuyó la fría y serena superioridad de la mujer y decidió reafirmar su autoridad, utilizando un brusco tono oficial. A fin de cuentas, ¿qué era aquella mujer sino una simple tabernera?

—Señora de Bowe —le dijo—, corren rumores de que vos erais la amante de Crepyn y de que la fatal contienda entre él y Duket estuvo causada por vos.

La señora de Bowe se limitó a mirar a Corbett en silencio y después rompió en una cristalina carcajada que pareció brotar de su pecho cual una cascada de finas perlas.

—Maese Corbett, yo fui amiga de Crepyn, pero no su amante y Duket no me quería ni a mí ni a ninguna otra mujer.

Sus palabras devolvieron repentinamente a Corbett a la realidad. Recordó haber oído unas palabras similares de labios de Juana Duket. Alicia le estudió atentamente y creyó adivinar su estado de ánimo y el peligro que correría en caso de que aquel hombre tan sagaz se librara del hechizo que ella tan astutamente estaba tejiendo. Apoyó una mano rodeada por el encaje del puño de su vestido en la muñeca del escribano y, justo en aquel momento, Corbett se percató de que la mujer llevaba ambas manos enfundadas en unos suaves guantes de seda negra. Alicia adivinó su

curiosidad y le miró sonriendo.

—No os sorprendáis, maese Corbett, yo soy una dama y estos guantes me protegen las manos. Las manos de una dama tienen que ser tan suaves y delicadas como la seda tornasolada, ¿no os parece?

Corbett asintió con la cabeza.

—Aun así, señora —replicó sin pensar—, tienen que estar a la vista como la verdad. —Sintió su cálida mano sobre la suya, quemándole la carne como unas brasas de carbón, y se llenó súbitamente de temor como alguien que hubiera perdido pie en una fuerte corriente y se dejara llevar por ella sin oponer resistencia—. Señora —añadió, apartando su mano—, ¿sabéis algo sobre la muerte de alguno de ellos?

Alicia inclinó la cabeza y deslizó sus enguantadas manos sobre la reluciente superficie de la mesa.

—Por supuesto que sí, ambos habían cenado y bebido aquí muchas veces. Yo les apreciaba a los dos, pero no fui amante de ninguno.

—¿Por qué habéis dicho que Duket nunca sintió atracción por las mujeres? —preguntó Corbett.

—Él era así —contestó Alicia, encogiéndose de hombros—. A diferencia de otros hombres, jamás me hizo el menor cumplido y nunca le vi con una mujer.

—¿Acaso era un sodomita? —preguntó Corbett.

—No, maese Corbett, creo que no. ¿Por qué? ¿Lo sois vos?

La impertinente pregunta enfureció sobremanera a Corbett, el cual sintió que la sangre le subía desde el corazón hasta las mejillas y los ojos.

—Señora —dijo—, ¡olvidáis con quién estáis hablando!

—Señor —contestó ella con un destello de rabia en los ojos—, vos habéis venido a mi casa, insinuando que soy una ramera y que fui la amante de un hombre y la posible causa de la muerte de dos. ¡Sois vos, señor, el que olvida con quién está hablando!

Corbett empujó el banco para levantarse y este se volcó y cayó ruidosamente al suelo.

—Señora —dijo, inclinando la cabeza y dando media vuelta para retirarse, entonces ella se levantó con ojos suplicantes y apoyó delicadamente una mano en su brazo.

—Maese escribano —dijo Alicia en un susurro—, os ruego que me perdonéis.

Corbett se volvió para enderezar el banco caído, tropezó, se golpeó la espalda con la mesa y a punto estuvo de caerse. Al ver que Alicia reprimía la risa, se ruborizó intensamente, sonrió, enderezó el banco y volvió a sentarse. El ruido del banco y el sonido de las voces indujeron al gigante Pedro a entrar de nuevo en la estancia, pero Alicia le mandó retirarse con un gesto de su enguantada mano y, tras rozar levemente el hombro de Corbett, se dirigió a otra parte de la cocina y regresó con dos copas rebosantes de vino.

—El mejor burdeos —dijo—. Bebed, os lo suplico, lamento mucho haberos

ofendido.

Corbett brindó por ella con su copa y tomó lentamente un sorbo. El vino era bueno y su dulzura le llenó la boca y la garganta mientras escuchaba a Alicia, hablándole de su matrimonio y su viudez, su trabajo en la taberna y la relación que había mantenido con los dos muertos.

—Los conocía a los dos —repitió—, pero solo porque eran parroquianos de mi taberna.

—Juana Duket dijo que erais una ramera y la amante de Crepyn —replicó Corbett—. ¿Por qué?

—Juana es una mujer estúpida y maliciosa y tiene una lengua como el badajo de una campana —contestó Alicia sonriendo—. Puede decir de mí lo que quiera, pero sus palabras solo son fruto de la cólera y la envidia.

—¿Conocéis el motivo de la discusión entre Crepyn y Duket? —inquirió Corbett.

—No, no lo conozco.

—¿Y tampoco sabéis por qué se quitó la vida Duket?

—No —contestó Alicia—. Pero siempre fue un hombre muy tímido. ¡Hasta de su propia sombra tenía miedo!

—¿Qué asuntos se llevaba Crepyn entre manos?

Alicia se sentó mientras sus ojos y su bello rostro dejaban traslucir claramente las dudas y el desconcierto que la embargaban.

—Era un prestamista —contestó muy despacio—. Había subido muy alto en el gobierno de la ciudad. Pertenecía al grupo de los populares, era leal a la Corona, pero seguía apoyando los radicales puntos de vista del gran... —a Alicia se le trabó la lengua—... de De Monfort.

—¿Y Duket? ¿Por qué disputó con Crepyn?

—Crepyn era un prestamista odiado por muchas personas. Los Duket no eran los únicos que habían caído en sus redes. —Alicia bajó la mirada—. Quizá Crepyn tuvo bien merecido lo que le ocurrió —añadió en un susurro—. A veces, yo se lo advertía, pero él no me hacía caso y se reía —dijo, jugueteando con el dobladillo de uno de sus guantes de seda.

—¿Eso es todo?

—De momento, sí —contestó Alicia, asintiendo con la cabeza. Después se levantó y se acercó a un gran arcón del fondo de la cocina. Sacó una flauta y regresó para mostrársela a Corbett—. Vuestra visita me ha causado una honda tristeza, maese escribano. Estoy afligida y disgustada por la muerte de dos hombres a quienes yo conocía y he observado a menudo que la flauta calma los humores tanto del alma como del cuerpo.

Corbett contempló el instrumento, fascinado. La flauta era casi una réplica exacta de una que él tenía en los felices tiempos pasados. Antes de que él la arrojara a una pira funeraria. Alargó la mano como en sueños y tomó la flauta, acariciando la suave madera como si fuera el rostro de un niño largo tiempo perdido que hubiera regresado

de repente. Se la acercó a los labios y tocó. La misteriosa melodía llenó la estancia con sus agridulces acordes. Mientras tocaba, Corbett casi pudo sentir el calor del sol de Sussex en su rostro y ver danzar y reír al niño mientras su mujer, apoyada contra un muro, contemplaba con una sonrisa tanto al músico como al bailarín. Siguió tocando sin prestar la menor atención a las ardientes lágrimas que le quemaban los ojos y le rodaban por las mejillas. De pronto, la música y la visión desaparecieron y él se quedó solo en la estancia con una bella mujer que le miraba sin pestañear.

Corbett depositó cuidadosamente la flauta sobre la mesa, saludó con una inclinación de la cabeza, salió de la cocina y cruzó la taberna para salir a la fría oscuridad de la calle. Había olvidado su misión, pues las viejas heridas se habían vuelto a abrir y el pus se estaba escapando a borbotones. Contempló la suciedad de la calle y las basuras amontonadas en el arroyo y vio unas manchas de vino en el muro, un perro bastardo olfateando el hinchado cuerpo de una rata muerta y a un pordiosero vestido de andrajos y cubierto de llagas, acurrucado en un rincón como si quisiera protegerse del frío y del mundo. Sabía que no hubiera tenido que tocar la flauta, pues, antes de hacerlo, su mundo estaba ordenado, guardado y tan perfectamente archivado como los rollos de pergamino del registro de Couville. En semejante mundo, no había nada bueno, pero tampoco nada que fuera desagradable. Intuyó el regreso de las pesadillas y recordó la licenciosa vida a la que se había entregado a la muerte de su esposa y después los meses pasados en la oscuridad de aquel monasterio de Sussex. Cuando estaba a punto de salir de la calle Paternóster, sintió una mano en su hombro. Se volvió y reconoció a uno de los mozos de La Mitra, el cual se apresuró a entregarle la flauta.

—Mi ama dice que la guardéis y vengáis otro día a tocar para ella —dijo el chico.  
Corbett asintió en silencio y, tomando la flauta, desapareció en la penumbra.

## CAPÍTULO VI

Corbett había averiguado a través del forense los nombres de los tres que habían montado guardia en Santa María Le Bow y, al día siguiente de su visita a Alicia, decidió interrogarles. Los tres eran comerciantes de las callejas de Cheapside y le refirieron bajo juramento la misma historia, por lo que Corbett tuvo la certeza de que le decían la verdad tal y como ellos la habían visto; un mensajero de uno de los alguaciles de la ciudad les transmitió la orden de vigilar el pórtico de la iglesia la tarde del mismo día en que Lorenzo Duket se había refugiado en ella. Se reunieron poco antes de vísperas, entraron en el templo y vieron a Duket durmiendo sentado en la Sagrada Cátedra. Al observar que se movía y se despertaba, salieron para montar guardia en el exterior. Cuando las campanas de las iglesias cercanas tocaron a vísperas (las de Santa María no lo hicieron a causa de la presencia de Duket), el párroco salió y cerró el pórtico. Ellos comprobaron que todo estuviera bien cerrado y oyeron cómo Duket corría las aldabas del interior. Después decidieron montar guardia por turnos. Uno de ellos dormiría mientras los otros dos vigilaban. Encendieron un brasero para calentarse al abrigo de unos árboles y, aunque los tres confesaron que hacía mucho frío y no resultaba nada agradable permanecer en un cementerio en una noche tan desapacible, no observaron nada extraño. Patrullaron alrededor del perímetro del templo, no vieron acercarse a nadie y les parecía inconcebible que alguien hubiera podido entrar en la iglesia sin que ellos lo vieran, pues todas las puertas que un hombre hubiera podido utilizar estaban cerradas. Y lo estuvieron hasta que el párroco regresó al amanecer. Este hizo girar la llave en la cerradura, pero no pudo abrir la puerta y entonces les pidió ayuda. Aporrearon la puerta pensando que Duket estaba durmiendo y, al ver la inutilidad de sus esfuerzos, utilizaron un leño hasta que la presión rompió las aldabas del interior.

La iglesia estaba exactamente igual que la víspera. No había ninguna huella en el suelo ni ninguna otra alteración, excepto en el presbiterio donde la Cátedra había sido empujada hasta el rincón de la derecha, cerca del muro. Arriba, colgando de la barra de hierro que había junto a una ventana, vieron el rostro ennegrecido y el cuerpo sin vida de Lorenzo Duket. El párroco y los guardias se acercaron corriendo, pero un simple vistazo al rostro del hombre les hizo comprender que ya era demasiado tarde. Miraron a su alrededor, pero no vieron nada. Bellet les dijo a los guardias que vigilaran el cadáver mientras él mandaba avisar al forense. Corbett ya sabía lo que había ocurrido a continuación, por cuyo motivo les rogó a los tres hombres que repitieran su relato, haciendo especial hincapié en los detalles de su entrada en el templo tras haber forzado la puerta principal. El escribano comprendió instintivamente que aquellos hombres no eran unos embusteros, pues no tenían ninguna relación ni con Duket ni con Crepyn, aunque los conocían. Eres tres perplejos comerciantes que habían procurado cumplir con su deber, pero habían fracasado por causas extremadamente misteriosas, pues los tres juraban que nadie

había entrado en la iglesia ni ellos habían oído el menor ruido procedente del interior durante todo el tiempo en que montaron guardia.

Corbett regresó a la casa del forense, el cual se mostró un tanto sorprendido y malhumorado al verle. La petición que le hizo Corbett provocó su enojo, pero, cuando este le expuso la situación y le mostró el mandato de Burnell, accedió a regañadientes y envió un criado al Ayuntamiento con un mensaje. Le dijo a Corbett que el asunto llevaría algún tiempo y este aprovechó el rato para dar un paseo entre los tenderetes y barracones de Cheapside.

Ya era bien entrada la tarde cuando regresó a la casa del forense y vio a dos forzudos sujetos con unas palas y una azada, esperando con aire abatido delante de la puerta. Dentro el forense estaba mezclando un maloliente mejunje en presencia de un mareado joven de elevada estatura, grasienta melena larga hasta los hombros, rostro cacarañado y tez pálida como la cera. El forense le presentó a Esteban Novile, alguacil de la ciudad y, sin demasiadas ceremonias, los acompañó a los dos a la puerta. El alguacil pareció alegrarse de salir de allí, a pesar de que Corbett le inspiraba un cierto recelo.

—¿Ya sabéis lo que estáis haciendo, maese escribano? —preguntó con voz atiplada y casi chirriante.

—Sí —contestó Corbett—, quiero que vos y vuestros ayudantes —saludó con la cabeza a los dos inexpresivos trabajadores— me acompañéis al lugar donde está enterrado Duket en la fosa común municipal. Actúo por orden del rey —añadió escuetamente—. El cuerpo pertenece a un suicida y, por consiguiente, no vamos a hollar terreno sagrado. El forense os mandó llamar a los tres porque, según tengo entendido, fuisteis los responsables de la inhumación, ¿no es así?

El alguacil asintió con los finos labios fruncidos, pero sus lagrimosos ojos no pudieron resistir la mirada de Corbett. Chasqueó los dedos en dirección a los dos trabajadores y los cuatro echaron a andar en silencio, subiendo por Cheapside, cruzando el matadero y pasando por delante de Newgate hasta llegar a la vieja muralla de la ciudad.

Una vez fuera de la muralla, el alguacil giró a la derecha, bajó por el callejón del Gallo, un estrecho y trillado sendero, por cuyo centro discurría un albañal abierto. Era un lugar frecuentado por las prostitutas, muchas de las cuales permanecían de pie en los oscuros portales, con el cabello teñido y el rostro cubierto de afeites. Vestidas con vistosos atuendos de color rojo y anaranjado, llamaban a los viandantes utilizando un lenguaje extremadamente procaz. Una de ellas debió de reconocer al alguacil, pues se acercó y empezó a hacer una gráfica descripción de sus hazañas en la cama. El alguacil, con el rostro colorado como un tomate a causa de la cólera y la vergüenza, la reprendió, indignado. Corbett trató de disimular una sonrisa ante el visible regocijo de los dos trabajadores, los cuales hubieran animado a la mujer a que siguiera hablando si el alguacil no les hubiera dirigido una severa mirada de advertencia.

Al final, llegaron al gran foso que rodeaba toda la muralla de la ciudad. Con seis

metros de anchura y una profundidad desconocida, el foso se utilizaba como cloaca y pozo negro desde los tiempos del rey Juan, el Angevino. El olor era tan insoportable que Corbett tomó inmediatamente el dobladillo de su capa y se cubrió con ella la boca y la nariz. El foso estaba lleno de desechos congelados por el frío invernal y Corbett no quiso ni imaginar cómo sería todo aquello en plena canícula. El alguacil ya iba prevenido y se cubrió la nariz con un trapo empapado en vino mientras los dos trabajadores, hablando en voz baja, recorrían arriba y abajo el borde del foso, tratando de localizar el lugar donde habían enterrado a Duket.

Corbett no les envidiaba la tarea, pues el foso estaba lleno de desperdicios y él ya había visto una rata royendo y tirando de algo que estaba completamente incrustado de barro. El foso era un vertedero de gatos y perros muertos, niños no deseados y cadáveres de criminales ejecutados y suicidas. Los trabajadores eligieron finalmente un lugar y empezaron a cavar, maldiciéndose el uno al otro y maldiciendo su tarea. Mirando con rabia mal contenida a Corbett, el entrometido escribano, eligieron otro lugar y cavaron de nuevo. Corbett se volvió de espaldas a ellos y se pasó un rato contemplando los helados campos hasta que unos gritos y alaridos lo obligaron a volverse nuevamente de cara al foso de la ciudad.

—¡Han encontrado el cadáver, maese escribano! —gritó el alguacil—. ¡Venid a ver!

Corbett se acercó y vio que el rostro del alguacil tenía un tinte casi verdoso y que incluso los trabajadores se habían apartado.

El bulto que habían desenterrado se encontraba al borde del foso. Cubriéndose la nariz y la boca con el extremo de la capa, Corbett sacó su daga y empezó a rasgar el barato y empapado lienzo que envolvía el cadáver, cuyo aspecto debía de ser el mismo que tenía antes de que lo envolvieran y arrastraran por las calles con una especie de tosco trineo para ser enterrado entre el barro y la basura del foso. Llevaba solo un taparrabo, pues la ropa y las joyas se las habrían repartido probablemente, pensó Corbett, el alguacil y los trabajadores. Aunque solo habían transcurrido unos días, el hedor era tan penetrante que Corbett tuvo que hacer un esfuerzo por no vomitar mientras examinaba el cadáver. Los ojos estaban cerrados, pero la boca aparecía entreabierta y con la lengua atrapada entre los dientes mientras que la húmeda piel mostraba un sucio color blanquecino y el vientre se había hinchado ligeramente. Corbett examinó la roncha morada del cuello del muerto y la magulladura violeta que presentaba justo por debajo de la oreja izquierda donde le habían atado el nudo del lazo. No había en el cuerpo otras señales de violencia, exceptuando unas levísimas magulladuras moradas por encima de los codos de ambos brazos. Estudió detenidamente la estatura del hombre y, lanzando un suspiro de alivio, volvió a levantarse.

—¿Habéis terminado? —le preguntó el alguacil, acercándose a él.

—Sí, podéis volver a enterrarlo —contestó Corbett, asintiendo con la cabeza.

El alguacil se volvió y les gritó unas órdenes a los trabajadores. En pocos

minutos, el cadáver fue arrojado de nuevo al foso y cubierto de tierra. Corbett tomó un trozo de leña, lo partió en dos, ató los dos fragmentos con un cordel medio podrido y formó una tosca cruz, clavándola en el barro donde Duket estaba enterrado.

—¡Este hombre fue un suicida! —protestó el alguacil—. ¡No se merece un entierro sagrado!

—Este hombre no se suicidó —replicó Corbett, agotado por los esfuerzos de la jornada—. Y, aunque lo fuera, no por eso dejó de ser un hombre. —Se introdujo la mano en la bolsa y repartió unas monedas—. Vuestro trabajo ha terminado. Podéis iros.

El alguacil iba a protestar, pero, al ver el tenso rostro del escribano y recordar el poderoso mandato que llevaba, se calló, se guardó las monedas en el bolsillo y, llamando a los dos trabajadores, dio media vuelta y regresó con ellos a la ciudad.

Corbett los vio alejarse y, clavando más profundamente la tosca cruz en el suelo, empezó a recitar el salmo de los difuntos.

—«Desde lo hondo a ti grito, Señor. Señor, escucha mi voz».

Un cuervo sobrevoló el lugar, emitiendo unos roncros graznidos y Corbett se preguntó, no por primera vez en su vida, si la plegaria sería escuchada y, en caso de que lo fuera, si serviría de algo.

Más tarde, al regresar a casa, sacó la bandeja de escribir, el tintero de asta, la pluma de ave, la piedra pómez y un rollo de pergamino barato. Lo limpió a conciencia y lo convirtió en una suave superficie antes de anotar cuidadosamente las conclusiones a las que había llegado tras examinar el cadáver de Duket.

En primer lugar, el cadáver mostraba las habituales señales de un ahorcado, la profunda roncha roja provocada por la soga alrededor del cuello y la magulladura violeta por debajo de la oreja izquierda. Pero ¿qué eran las señales de los brazos? ¿Y las magulladuras por encima de los codos? ¿Y cómo habían entrado los agresores? Corbett posó la pluma. Las magulladuras podían proceder, pensó, de la pelea que había teñido con Crepyn en Cheapside, pero hubiera sido una coincidencia extraordinaria que Crepyn hubiera conseguido golpear los brazos de Duket exactamente en el mismo lugar. Además, las palmas de Duket estaban blancas y sin señales. Un hombre que se estuviera asfixiando lentamente, ¿no hubiera tratado, en medio de las agonías de la muerte, de agarrar la cuerda y tal vez de aflojar el lazo que le rodeaba el cuello? Finalmente, pensó Corbett, lo más importante, ¿cómo hubiera podido Duket ahorcarse desde la Cátedra? Había medido el cadáver y lo había comparado con las medidas aproximadas que había tomado en Santa María Le Bow. Hasta un niño hubiera podido ver la diferencia. La estatura de Duket no le hubiera permitido alcanzar la barra de hierro. Ciertamente hubiera podido arrojar la cuerda por encima de la barra, pero ¿cómo hubiera atado el nudo? Corbett volvió a recordar las magulladuras de los brazos de Duket.

No, pensó, la única explicación posible era la de que Duket no se había suicidado en Santa María sino que lo habían colgado de tal forma que pareciera un suicidio.

Alguien había atado la cuerda alrededor de la barra de hierro de la iglesia, había colocado el lazo alrededor del cuello de Duket y, finalmente, había empujado la Cátedra y le había atado a Duket los brazos a la espalda, arrastrándole por el suelo para precipitar las agonías de la muerte. De ahí las magulladuras que presentaban los brazos. Corbett hizo un rápido cálculo. Tenían que haber participado en el asesinato por lo menos tres personas. Pero ¿por qué razón Duket no había gritado? ¿Cómo habían entrado los asesinos en el templo? ¿Y cómo habían salido?

Corbett lanzó un suspiro y anotó sus conclusiones: Lorenzo Duket había sido asesinado de una forma desconocida en la iglesia de Santa María Le Bow por parte de unos desconocidos y por motivos desconocidos. Soltó la pluma y estudió sus inútiles conclusiones mientras sus pensamientos volvían a La Mitra y a la arrebatadora belleza de Alicia de Bowe.

## CAPÍTULO VII

En los días sucesivos, Corbett regresó a La Mitra, oficialmente, «por encargo del rey», pero, en realidad, para ver a la señora Alicia. El forzudo gigante y sus compañeros lo sabían y la señora Alicia también. Pero a Corbett no le importaba, pues en su presencia se sentía vivo, libre de la Cancillería, del tedio de los días que pasaban y de la tensión de la tarea que le había sido encomendada. Unas veces se sentaba en la taberna y otras en la cocina. Alicia cultivaba hierbas, salvia, perejil, hinojo e hisopo, y puerros, cebolletas y cebollas. En el huerto había un peral en el que ya se estaban empezando a abrir las primeras flores primaverales y un parterre de finas hierbas, rodeado de una tierra muy bien cuidada de la que se esperaba, dijo Alicia, una abundante cosecha de rosas, lirios y otras flores cuando llegara el verano.

Alicia solía comentarle las épocas pasadas de su vida, su juventud de huérfana con toda una serie de ancianos parientes lejanos, su boda con Tomás de Bowe, su prematura viudez y su supervivencia en el ajetreado mundo del comercio de vinos londinense con Burdeos y la Gascuña. Estaba muy al tanto de la política y ya había calculado astutamente las consecuencias de las relaciones del rey Eduardo con los regios descendientes franceses de Hugo Capeto cuya posible intervención en Gascuña y reclamaciones territoriales sobre el ducado podían lanzar a ambos países a una guerra que daría al traste con el comercio del vino y sus beneficios. Llamaba al gigante y a los demás hombres que Corbett había visto en la taberna sus «representantes y protectores». Preguntaba delicadamente a Corbett sobre «aquel asunto del rey», pero cambiaba enseguida de tema, como si se tratara de algo demasiado aburrido o doloroso de escuchar.

Corbett se pasaba muchas horas en la taberna, donde hablaba como jamás lo había hecho de sus estudios en Oxford, su trabajo como escribano, su servicio militar y su mujer María y su hijo, muertos en un abrir y cerrar de ojos a causa de la peste. Comentó el dolor de aquella pérdida como si Alicia fuera su confesor y abrió ante ella todos los secretos de su corazón. A veces, se sentaba y se ponía a tocar la flauta, melodías solemnes, canciones de amor o alegres danzas y bailes escoceses mientras Alicia bailaba al compás. Su esbelto y liviano cuerpo se movía al ritmo de la música hasta que ambos quedaban sin resuello a causa de la música o de sus propias risas. Entonces saboreaban platos famosos por su exquisitez y sabor; tuétano con nuez moscada, arenques asados, lampreas, marsopa a la parrilla, esturión fresco con dátiles y jaleas o bien platos más ligeros como, por ejemplo, manzanas calientes y peras con azúcar u obleas con hipocrás, todo regado siempre con los mejores vinos.

Los días se convirtieron en una semana y en dos. Corbett estaba cansado de la taberna y prefería pasear con Alicia por las calles de Cheapside. Una vez la llevó a la feria de caballos de Smoothfield o Smithfield tal como vulgarmente lo llamaba la gente, donde todos los viernes se celebraba una maravillosa exhibición de los mejores caballos que había a la venta. Palafrenes adiestrados para las damas, grandes corceles

para los caballeros y yeguas de finos cuellos y orejas y sólidas ancas. A Alicia le gustaban todos y muy especialmente los potrillos que brincaban y acoceaban con sus torpes patas. El ruido y la algarabía eran casi ensordecedores. Soldados, mercaderes y criados de grandes señores iban de un grupo de caballos a otro, discutiendo y comentando a gritos los precios con los propietarios.

En cierta ocasión, ambos acudieron tomados del brazo a ver la actuación de unos cómicos en Cheapside y se rieron con las gracias de un bufón de gigantesco falo y las torpes andanzas de un caballero con su pobre jamelgo. A veces presenciaban alguna pelea de gallos o asistían a un espectáculo en el que unos perros atacaban a un oso. A Corbett no le gustaba ver al pobre animal, rugiendo y mirando con sus enrojecidos ojos a los perros que lo acosaban y le clavaban los dientes, pero eran inmediatamente rechazados por sus movimientos en medio de un torbellino de sangre y mechones de pelo arrancado. En cambio, Alicia lo pasaba muy bien y les gritaba palabras de aliento tanto a los osos como a los perros, cosa que a Corbett tampoco le parecía mal, pues se sentía orgulloso de poder lucir a una mujer tan hermosa y de que otros hombres se la envidiaran.

Alicia insistía una y otra vez en hacerle preguntas acerca de su profesión, su trabajo en las salas de justicia y aquella misión especial que él trataba ahora de olvidar. A fin de cuentas, ¿qué más daba que un par de bribones se pelearan, uno apuñalara al otro y más tarde se ahorcara? Semejantes crímenes eran muy habituales en Londres y, por consiguiente, Corbett disimuló sus dudas y prefirió creer en la imagen que se había forjado de los acontecimientos de Santa María Le Bow. Era feliz y no le importaban ni Burnell ni la Cancillería. De hecho, pensó, tenía dinero suficiente como para abandonar el puesto que ocupaba. Hubiera sido un precio muy exiguo a cambio de la dicha que acababa de encontrar. Sin embargo, Alicia no paraba de insistir hasta que, al final, llegó a considerar incluso la posibilidad de llevarla a Westminster, pero pensó en Burnell y cambió de idea. En su lugar, fueron al Ayuntamiento y a la audiencia municipal que allí tenía su sede.

Corbett utilizó su influencia para poder asistir al juicio de dos impostores, Roberto Ward y Ricardo Lynham. Aquella pareja de desvergonzados, a pesar de ser aptos para el trabajo y de tener lengua para hablar, fingían ser mudos y recorrían la ciudad con un gancho de hierro, unas tenazas y un trozo de cuero ribeteado de plata en forma de lengua con una inscripción que decía: «Esta es la lengua de Roberto». Con tales instrumentos y distintas inscripciones, habían engañado a muchas personas, induciéndolas a creer que eran unos mercaderes asaltados por unos ladrones, los cuales los habían privado de sus lenguas y sus bienes, utilizando aquel gancho y aquellas tenazas que ahora ellos llevaban consigo a todas partes. Desde entonces, solo podían emitir unos terribles rugidos. En el tribunal quedó demostrado que todo aquello no era más que una sarta de mentiras y que ambos podían hablar sin dificultad con la lengua con que habían nacido.

Por consiguiente, fueron condenados a permanecer tres días en la picota con el

gancho, las tenazas y la falsa lengua colgados de sus cuellos. Alicia se rio tanto que Corbett estuvo casi a punto de sacarla de la sala. Más tarde ella le confesó que los juicios le parecían mil veces más divertidos que todas las farsas que jamás hubiera visto y se burló tanto del rey y de la Iglesia que Corbett empezó a sospechar que pertenecía al grupo de los populares y que era una radical seguidora del difunto Simón de Montfort, lo cual no le hubiera sorprendido demasiado. En la ciudad estos eran muy numerosos y varios amigos y conocidos suyos de la Cancillería y el Tesoro simpatizaban con el grupo, a pesar de que De Montfort ya había muerto y su cuerpo despedazado había sido arrojado como alimento a los perros unos veinte años atrás.

Como era de esperar, Corbett y Alicia no tardaron en convertirse en amantes, primero un beso, después un abrazo, otro día una cena en la taberna cuando las puertas ya estaban cerradas. Una noche, como si fueran marido y esposa desde hacía mucho tiempo, Alicia tomó de la mano a Corbett y subió con él a su alcoba del piso de arriba. La estancia era casi tan espaciosa como una solana, con grandes armarios y arcones, una mesa y varias sillas sobre un lustroso suelo cubierto con alfombras de lana. Las paredes eran de color verde salpicado de estrellas doradas y pequeñas cabezas pintadas de hombres y mujeres. Había unos pequeños braseros tapados y ramas recién cortadas que perfumaban el ambiente con su fragancia. Alicia acompañó a Corbett a un enorme lecho y, volviéndose recatadamente de espaldas, empezó a desabrocharse el vestido, lo dejó caer al suelo y se quitó las medias y las enaguas hasta quedar desnuda, con un charco de encaje a sus pies. Corbett sonrió al ver que no se había quitado los guantes negros e hizo ademán de quitarle uno, pero ella apartó la mano y empezó a desnudarle a su vez mientras él admiraba su menudo cuerpo de Venus.

Corbett jamás en su vida había experimentado una pasión como la de aquella noche. Los labios de Alicia buscaban incesantemente los suyos y lo atraían al oscuro torbellino del deseo hasta que, al final, los cuerpos de ambos se fundieron en un abrazo y cayeron en el profundo sueño de los enamorados. Cuando despertó a la mañana siguiente, Corbett la encontró levantada y vestida y tan lozana y encantadora como una novia. Alicia se sentó a su lado en la cama y se pasó un rato bromeando con él, pero desapareció en cuanto él amenazó con repetir sus proezas de la víspera. Corbett sabía, sin embargo, en lo más hondo de su ser que el idilio no podía durar demasiado. Pedro, el forzado gigante, le dirigía miradas asesinas cada vez que lo veía entrar en la taberna y los «protectores y representantes» de Alicia no le quitaban en ningún momento los ojos de encima. Ninguno de ellos había hecho el menor intento de acercarse a él... ni él a ellos. Es más, Alicia procuraba por todos los medios mantenerlos apartados, a pesar de que a Corbett le daba igual y pensaba que la sorda malevolencia de aquellos hombres era un simple fruto de la envidia y los celos.

El canciller Burnell no paraba de enviarle severas cartas, exigiendo informes y preguntando qué progresos estaba haciendo. Corbett no contestaba, confiando en su fuero interno en que el asunto cayera en el olvido y se extrañaba de que el principal

ministro del rey tuviera tanto interés por el suicidio de un patético hombrecillo como Duket. Fue Couville quien le hizo entrar en razón. Una noche, pocas semanas después de haber conocido a Alicia, al regresar a su casa de la calle del Támesis, encontró una bolsa de cuero aguardándole. La dueña de la casa le dijo que una persona la había entregado durante el día. Corbett subió con ella a su habitación, rompió el sello y sacó un largo y viejo rollo de pergamino y una breve carta de Couville que él arrojó sobre su cama. Después se sentó y desenrolló el pergamino. Estaba amarillento, desgastado y resquebrajado en los bordes y la elegante escritura franco-normanda aparecía muy desteñida, pero todavía claramente legible. Pasó por alto las habituales florituras y vio que era un informe de uno de los alguaciles de la ciudad al canciller del rey Enrique II. Al final del informe, por encima del viejo y cuarteado sello, Corbett leyó la fecha, «Escrito en la Torre, el 2 de diciembre del año 28 del reinado del rey». Corbett efectuó un rápido cálculo y comprendió que el documento se refería al año 1182. Tomó su bandeja y empezó a transcribir la esencia del informe.

A principios de verano de este año, un tal Guillermo Fitz-Osbert, traidor y hombre de mala vida, empezó a reunir gente en torno al culto de Satanás, rechazando al hijo de María, tal como él calificaba a Jesucristo Nuestro Salvador. Este hijo del diablo celebraba reuniones fuera de las murallas de la ciudad y, aprovechando la ausencia de nuestro buen rey Enrique, incluso dentro de ellas. Se ha establecido que Fitz-Osbert y los suyos celebraban ritos secretos y misas negras en cuyo transcurso profanaban la Sagrada Forma y trataban de manera abominable los cálices, imágenes y crucifijos robados en distintas iglesias de Londres.

Fitz-Osbert predicaba y proclamaba que su Señor, el Anticristo, estaba a punto de llegar y barrería todo el mal, tal como él calificaba al rey, la Santa Madre Iglesia y todos los pilares del gobierno y la ley del país. Las ceremonias se celebraban en varias casas de la ciudad o en las desiertas ruinas que rodean la Torre, donde los reunidos conspiraban para destruir el gobierno del rey. Suministros secretos de armas fueron introducidos en la ciudad para armar a sus seguidores y Fitz-Osbert fomentaba los movimientos de rebelión, predicando en la Cruz de San Pablo e incluso tuvo la temeridad de ocupar los jardines del cementerio de la catedral de San Pablo como si fueran suyos.

El obispo de Londres se quejó amargamente de tales prácticas e impuso pena canónica a Fitz-Osbert y a sus seguidores, pero el malvado se limitó a quemar la carta y prometió hacer lo mismo con el que la había enviado. Entonces el obispo pidió al alcalde y los alguaciles de Londres que expulsaran a Fitz-Osbert del cementerio de San Pablo y lo arrestaran junto con sus seguidores. Pocos días antes de la fiesta de San Miguel de aquel mismo año, los alguaciles, los condestables y la milicia de Walbrook y del barrio de los Zapateros trataron de despejar el cementerio de San Pablo, pero fueron derrotados, sufriendo considerables bajas a manos de Fitz-Osbert

y sus seguidores. Como consecuencia de ello, el alcalde solicitó al señor canciller que ejerciera su autoridad y exigiera el envío de soldados desde los castillos de Dover y Rochester y reclutara hombres en los cercanos condados de Middlesex, Essex y Surrey.

La víspera de Todos los Santos, cuando se supo que Fitz-Osbert y sus seguidores se iban a entregar a abominables prácticas secretas en el cementerio de San Pablo, las fuerzas del rey atacaron el mencionado lugar. Sin embargo, el perpetrador de todos los males, junto con sus lugartenientes, consejeros y compañeros más íntimos, muchos de ellos gente de muy mala fama en la ciudad, huyeron de San Pablo por Cheapside y ocuparon la iglesia de Santa María Le Bow. El párroco Benedicto Fulshim los acogió en secreto y les permitió instalarse en la iglesia. Más tarde se demostró que el tal Benedicto Fulshim había autorizado a Fitz-Osbert y a los suyos a celebrar sus ritos secretos en la iglesia, facilitándoles hostias consagradas y sagrados cálices para sus sacrílegas prácticas. Una vez en la iglesia de Santa María Le Bow, el contingente de Fitz-Osbert fortificó el chapitel con arcos, flechas, hachas y espadas y consiguió derrotar a todos los soldados enviados en su contra. En vista de lo ocurrido, se decidió introducir teas encendidas por las ventanas de la mencionada iglesia en la esperanza de obligar con ello a Fitz-Osbert y a los suyos a salir a la calle. Una vez se hubo hecho, no sin pérdida de algunas vidas, Fitz-Osbert y todos los que se encontraban en el interior de la iglesia trataron de huir, pero fueron arrestados y encerrados en la Torre.

Dos días más tarde, por orden del canciller, fueron conducidos a la presencia de los jueces del Tribunal Real de Westminster. Fitz-Osbert se negó a reconocer su autoridad y maldijo al rey, a la Iglesia y a Jesucristo, jurando que Satanás lo liberaría. Los jueces condenaron a Fitz-Osbert y a nueve de sus seguidores a ser arrastrados por los pies hasta Smithfield y ser colgados con cadenas sobre una hoguera.

Fitz-Osbert y sus seguidores insistieron en sus maldiciones y sus súplicas a su Señor (tal como ellos llamaban al diablo) para que acudiera en su ayuda. Sin embargo, se cumplió la justicia de Dios y la del rey. Fitz-Osbert y sus seguidores fueron quemados vivos en Smithfield y sus cenizas fueron dispersadas en el foso de la ciudad.

Este Fitz-Osbert era un hombre de noble cuna y educación, tez morena y estatura media. Los jueces reales establecieron que había transcurrido parte de su vida en Oriente, donde conoció por primera vez las artes negras entre unos infieles de Siria, llamados «asesinos». Creía haber sido elegido especialmente por su señor Satanás y ostentaba en las palmas de las manos dos cruces invertidas, que eran las marcas del diablo. Su mujer Amisia y sus hijos también pertenecían al grupo, pero consiguieron escapar y las búsquedas decretadas por el alcalde y los alguaciles no consiguieron localizarlos.

Corbett terminó la transcripción y estudió de nuevo el informe de un funcionario

municipal ya desaparecido antes de volver a enrollar cuidadosamente el pergamino y guardarlo en la bolsa de cuero, alegrándose de que sus iniciales sospechas acerca de Santa María Le Bow hubieran sido acertadas. Tomó la nota de Couville en la que el anciano se disculpaba por su retraso y le deseaba éxito en su misión, añadiendo en una siniestra posdata que la falta de interés de su antiguo discípulo por la tarea que le había sido encomendada estaba siendo comentada con preocupación por sus amigos de la Cancillería. Corbett tomó buena nota de la advertencia, comprendiendo que ya llevaba demasiadas semanas bajo el hechizo de Alicia y no tendría más remedio que completar su misión, aunque eso fuera lo último que hiciera como escribano real. Corbett era un hombre muy juicioso en todas sus cosas. Sus largos años de estudio y de trabajo en la Cancillería y en el Tribunal Real lo obligaban a terminar cuidadosa y satisfactoriamente cualquier asunto que tuviera entre manos.

## CAPÍTULO VIII

A la mañana siguiente, Corbett se levantó muy temprano y regresó a Cheapside y a la iglesia de Santa María Le Bow. Una zarrapastrosa mujer que dijo ser la encargada de llevar la casa del cura, señaló que el párroco no estaba, pero que, si Corbett quería, lo podía esperar. El escribano cruzó el cementerio y entró por el pórtico principal de la iglesia. Todo estaba tan desierto como siempre. La Sagrada Cátedra había sido devuelta a su lugar correspondiente, no quedaba el menor rastro del violento crimen que allí se había cometido y las sillas y los reclinatorios estaban adosados a la pared como de costumbre. Corbett se envolvió en su capa y se sentó junto a una de las columnas de la nave de la iglesia, contemplando la negra barra de hierro en la que Duket se había ahorcado y la Sagrada Cátedra delante del altar mayor.

Algo le llamó súbitamente la atención. Se levantó, se acercó al altar mayor y trasladó la Sagrada Cátedra al lugar donde él la había visto la última vez que había visitado la iglesia tras haber sido empujada por Duket para cometer su presunto suicidio. Colocó la Cátedra en aquel lugar, se subió a ella y contempló la larga barra de hierro que se proyectaba hacia afuera por encima de su cabeza. Después volvió a bajar, dejó la Cátedra nuevamente en su sitio y, cuando ya se disponía a retirarse, a punto estuvo de lanzar un grito de terror al ver una figura vestida de negro delante de él.

—Buenos días, maese escribano. ¿Os he asustado?

Corbett contempló las pálidas y amarillentas facciones del párroco Rogelio Bellet y trató de serenarse y de calmar los fuertes latidos de su corazón.

—No —mintió—. Estaba simplemente examinando el lugar donde Duket se ahorcó.

—Ah, sí, Duket. Tengo entendido que habéis estado trabajando en este asunto.

Corbett captó la ironía de la voz del sacerdote y vio la relamida sonrisa de sus finos y pálidos labios. Aborrecía a aquel hombre que le miraba con cara de conspirador y sospechaba que sabía algo no demasiado agradable y se estaba burlando de él.

—Sí, mi señor sacerdote —dijo Corbett muy despacio—, he estado ocupado en la lectura de un informe sobre un tal Guillermo Fitz-Osbert y los abominables ritos que practicaba en esta iglesia. —Experimentó una oleada de satisfacción al ver que el nombre de Fitz-Osbert borraba la sonrisa y el color del rostro del sacerdote—. Vaya, ¿acaso os he asustado, padre? —preguntó—. Seguramente ya conocéis la historia de Fitz-Osbert, el cual, por cierto, ya no puede causar el menor daño a nadie, pues fue quemado en la hoguera hace más de cien años. —Una fina película de sudor brillaba en la frente del sacerdote cuya inquietud resultó casi tangible cuando empezó a secarse las palmas de las manos en la sucia sotana negra que llevaba. Corbett le estudió detenidamente—. ¿Qué os ocurre, padre?

El párroco volvió levemente la cabeza como si temiera que alguien oculto entre las sombras del templo pudiera estar escuchando.

—Nada —contestó Bellet en un susurro—. No ocurre nada. No veo qué tiene que ver la muerte de Fitz-Osbert con el suicidio de Lorenzo Duket.

Corbett le dio una suave palmada en el hombro.

—Por cierto, padre —dijo en un susurro—. Duket no se suicidó. Fue asesinado y yo tengo el firme propósito de hacer pagar su delito a quienes lo cometieron.

Dicho lo cual, rodeó al sacerdote y salió de la iglesia, dejándole en la fría penumbra del interior.

Tenía intención de ir directamente a La Mitra, pero, en el momento de girar a Cheapside, sintió que una mano le agarraba el brazo. Se volvió rápidamente y acercó instintivamente la mano a la daga, pero se encontró con el redondo rostro y los ojos azules como las flores de aciano de Huberto Seagrave, un destacado escribano de la Cancillería. Nunca le había tenido demasiado aprecio a Huberto por su ofensiva lengua y su costumbre de ponerle la zancadilla a cualquiera que pudiera hacerle sombra en el servicio real. Era la persona a la que menos hubiera imaginado ver en Cheapside. Observó que Seagrave contemplaba con visible complacencia su expresión de asombro y perplejidad.

—Maese Corbett —le dijo Seagrave, ceceando—. Cuánto me alegro de veros por aquí. Nos habéis obligado a dar un buen paseo. No estabais en vuestra casa y ni siquiera en La Mitra.

El leve sarcasmo de su voz se hundió en sus palabras como un puñado de tierra en un estanque de agua clara.

Corbett inclinó la cabeza en burlón gesto de deferencia.

—¿Y vos, maese Seagrave? Jamás pensé que tuvierais piernas. Siempre que os he visto, ¡o estabais sentado o estabais de rodillas, lamiéndole las botas a algún encumbrado personaje!

El mofletudo rostro de Seagrave enrojeció de cólera mientras este apuntaba con un regordete dedo al pecho de Corbett.

—¡Sois vos, maese Corbett, el que va a tener que lamer unas cuantas botas! Nuestro señor el canciller Burnell está harto de enviaros cartas y de que aún no le hayáis dicho nada. Por consiguiente —añadió Seagrave en tono relamido—, me ha encomendado a mí la tarea de conducirlos a él.

—¿Y si no voy?

Corbett hubiera querido morderse la lengua antes de haber pronunciado aquellas palabras. Al ver el rápido movimiento de los ojos de Seagrave, comprendió que aquella era precisamente la respuesta que este esperaba.

—Maese Corbett —replicó Seagrave—. Yo no os voy a detener. Es por eso por lo que el canciller ha enviado a los caballeros que ahora se encuentran a vuestra espalda.

Corbett se volvió y vio a un grupo de guardias vestidos con la librea de la casa real y, un poco más allá, unos caballos atados. Descargando fuertemente una mano

sobre el hombro de Seagrave, observó cómo el dolor del golpe borraba en un instante la altanera expresión de su rostro.

—En tal caso, señor recadero —dijo—, si el canciller desea verme, será mejor que no perdamos el tiempo.

Corbett montó en uno de los caballos que llevaban los guardias y estos lo colocaron en el centro del grupo y lo condujeron a través del matadero donde los tenderetes de los carniceros contaminaban el aire con su fetidez. Giraron para bajar por el callejón de los Deanes, entraron en la calle de los Arqueros, siguieron hacia el sur por la calle de la Armada y pasaron por los Carmelitas, por el Temple, por la posada Gray's y por delante de las lujosas casas de entramado de madera de los abogados antes de llegar a la principal vía de acceso al palacio y la abadía de Westminster. Al llegar allí, los guardias, tomándose su misión muy en serio, se abrieron paso entre la gente, acompañando a Seagrave y a Corbett hasta la sala principal entre los juzgados que se abrían a ambos lados hasta llegar a la pequeña cámara en la que unas cuantas semanas atrás Corbett había recibido el encargo.

Burnell le estaba esperando, sentado junto a su escritorio, donde siguió examinando un documento mientras Corbett y su escolta aguardaban de pie. Después soltó un gruñido, se levantó de golpe y arrojó el documento al suelo donde este se incorporó al creciente número de pergaminos que allí se amontonaban. A continuación, volvió a sentarse y entrelazó los dedos de ambas manos mientras miraba a Corbett con expresión pensativa y ligeramente apenada.

—Maese escribano —dijo muy despacio—, cuánto me alegro de veros. Qué amable habéis sido al venir a verme. —De pronto, el canciller descargó una mano sobre la mesa—. ¡Qué necio e irresponsable habéis sido al retrasar tanto un encargo del rey! ¿Quién os habéis creído que sois, maese Corbett?

El objeto de su enojo se limitó a mirarle en silencio.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —preguntó Burnell, dirigiéndose a Seagrave.

—En Cheapside —contestó Seagrave, muy pagado de sí mismo—. Creo que se dirigía a visitar a su amante de la taberna.

Burnell se volvió de nuevo hacia Corbett.

—¿De veras?

Corbett se tragó la rabia y se encogió de hombros.

—Seagrave jamás podría decir la verdad, mi señor —contestó—. ¡Aunque ello le sirviera para curarse de la sífilis que sin duda padece!

Burnell cortó el airado grito de protesta de Seagrave.

—Gracias, maese Seagrave —dijo el canciller en un susurro—. Habéis cumplido muy bien vuestra misión. Ahora ya podéis retiraros.

El indignado funcionario dio media vuelta, mirando enfurecido a Corbett, y abandonó la estancia, seguido de los guardias que a duras penas podían disimular la risa al ver la humillación del presuntuoso escribano.

En cuanto los demás se hubieron ido, Burnell le indicó a Corbett un sillón.

—Será mejor que os sentéis, Corbett —murmuró—. Supongo que debéis de estar muy agotado por el esfuerzo, aunque, a decir verdad, yo no he visto hasta ahora demasiados frutos.

Corbett permaneció en silencio, preparándose para la inminente tormenta, pero, en su lugar, Burnell se levantó de su asiento y se acercó a la puerta de la cámara para cerrarla. Después se volvió, se sentó en una esquina de la mesa y miró al escribano.

—Maese escribano —le dijo suavemente—, a lo mejor pensasteis que la tarea que os había encomendado no tenía demasiada importancia. Probablemente ya os habréis preguntado por qué razón me preocupo tanto por la muerte de un pobre desgraciado como Duket. —El canciller hizo una pausa y clavó la mirada en un punto situado por encima de la cabeza de Corbett antes de añadir—: Me preocupo porque el rey está preocupado. ¡No se trata de una pendencia cualquiera sino de una traición contra la Corona y la mismísima persona del rey! —El canciller jugueteó con el anillo de uno de sus rechonchos dedos y después miró con dureza a Corbett—. ¿Sabéis que la ley relativa a la traición alcanza también a aquellos que no hacen nada por impedir la comisión de una traición? Vos, maese escribano, entráis dentro de esta categoría y, ¿sabéis qué les ocurre a los traidores?

Corbett, que se había mostrado impasible ante otras muchas amenazas, se estremeció al escuchar las palabras del canciller. Eduardo I tenía previsto un nuevo castigo para los culpables de un delito de traición. El derrotado príncipe David de Gales había sido el primero en sufrirlo unos años atrás. El príncipe había sido capturado y conducido a Londres donde afirmó haber combatido contra un invasor extranjero, pero los jueces reales decretaron que Eduardo I era rey de Gales y, por consiguiente, David había sido culpable de rebelión contra su señor feudal. Como consecuencia de ello, fue sentenciado a ser arrastrado por los pies a través del barro y el cieno de las calles de Londres hasta el cadalso de los Olmos. Allí fue colgado del cuello y, cuando ya estaba medio muerto, le abrieron el cuerpo en canal y le arrancaron el corazón antes de decapitarlo y de descuartizarlo como advertencia para los que se atrevieran a conspirar contra la Corona.

Corbett, disimulando el pánico y el terror que se habían apoderado de él, contempló el mofletudo rostro del canciller.

—Yo no soy un traidor —replicó—. No podéis acusarme de un delito del que nada sé. —Rebuscó en su bolsa y sacó el mandato que le habían entregado—. Vuestro encargo dice que tengo que investigar el suicidio de un mercader en una iglesia de Londres. Nada dice de traición. Y, en el transcurso de mis investigaciones, no he descubierto la más mínima traza de deslealtad al rey, ¡y tanto menos de traición declarada!

El canciller sonrió al oír la fría e inteligente respuesta de Corbett, levantó la mole de su cuerpo y volvió a acomodarse en su sillón.

—Tenéis mucha razón, Hugo —dijo, utilizando por primera vez el nombre de pila de Corbett—. Fuisteis enviado a ciegas a esta misión y fuisteis elegido precisamente

por las cualidades que hasta ahora no habéis demostrado poseer. Mente perspicaz. Tenacidad en los propósitos. Lealtad al rey y corazón inmune a las seducciones. Yo esperaba, y el rey también lo esperaba, que llegarais a las mismas conclusiones a que nosotros hemos llegado, con la única diferencia de que vos descubriríais la traición y a las personas que la han cometido, junto con las pruebas que nos permitirían ahorcarlas. Todavía esperamos que lo consigáis, pero el tiempo apremia.

Corbett respiró hondo y se relajó un poco, consciente de que seguía siendo importante para aquel hombre implacable y para el amo todavía más implacable al que servía.

—¿Qué puedo deciros? ¿Qué deseáis saber? —preguntó—. Y, sobre todo, ¿qué tendría que saber yo? —De repente, se enfureció al pensar que le habían encomendado una misión cuya verdadera naturaleza le había sido ocultada—. Vos, mi señor, me habéis enviado para que investigara un suicidio, pero no me dijisteis que estaba buscando a unos traidores. ¿Qué podía hacer yo? ¿Dar tumbos en la oscuridad hasta que tropezara con algo? O peor todavía, ¿verme atrapado en algo de lo que yo no tenía conocimiento? ¿Quiénes son esos traidores? ¿Y en qué consiste su traición?

El canciller frunció los labios con expresión pensativa y, como buen abogado que era, midió cuidadosamente sus palabras como un usurero que contara sus monedas.

—No sabemos nada de los traidores ni de la traición que están tramando —contestó—. Lo único que sabemos es que los populares o radicales que apoyaban a Simón de Montfort han recuperado su fuerza y están preparando una nueva revolución en el país y en esta ciudad y su primer propósito es acabar con el rey por el medio que sea. —El canciller buscó en los bolsillos de sus amplios ropajes y sacó una bolsita de cuero como las que solían usar los escribanos de la Cancillería para guardar marbetes o trocitos de pergamino. Abrió la bolsita, la sacudió para sacar de ella un trocito de manuscrito y se lo entregó a Corbett—. Leedlo, maese escribano. Y estudiadlo bien. Lo recibimos de uno de nuestros espías cuyo cuerpo fue hallado más tarde flotando en el Támesis. Es lo único que nos envió antes de morir.

Corbett desdobló el sucio y grasiento trozo de pergamino. El mensaje era breve y concreto. «De Montfort no ha muerto. Fitz-Osbert no ha muerto. Ambos están en la ciudad y derribarán a nuestro rey y señor». Corbett le devolvió el mensaje al canciller.

—Todo el mundo sabe, por supuesto, quién era De Montfort —dijo el canciller, endureciendo el tono de su voz—, pero lo que más nos preocupa es que muchos consideren todavía a Simón de Montfort un salvador. De Montfort era un noble, pero atraía al pueblo llano, no a los mercaderes sino a los pequeños comerciantes y a los aprendices, diciendo cosas tales como: «Lo que concierne a todos tiene que ser discutido por todos» e insistiendo en convocar «Parlamentos», es decir, sesiones en las que la comunidad del reino pudiera debatir los asuntos. El rey, nuestro señor, asume estas ideas, pero no en la forma en que las planteaba De Montfort; él quería que los que cosían capuchas, los carpinteros y los zapateros remendones asumieran el

gobierno, no que simplemente participaran en él.

—Pero De Montfort murió, ¡convertido en papilla como una manzana podrida en Evesham! —exclamó Corbett—. ¡El rey lo destruyó junto con su familia y sus seguidores!

—No —dijo Burnell—. Muchos sobrevivieron, extendieron las teorías radicales y ahora lo siguen haciendo en Londres, aprovechando los sueños y las aspiraciones de los ciudadanos. —El canciller hizo una pausa y tomó un trozo de pergamino—. Eso se encontró ayer, fijado a la Cruz de San Pablo. ¡Escuchad! —Burnell se removió en su asiento y extendió un arrugado y grasiento trozo de pergamino—. «Sabed, ciudadanos de Londres, despreciados y maltratados por la infinita codicia de los señores y el rey, que estos os arrebatarían si pudieran la parte de la luz del día que os corresponde y os impondrían impuestos sobre el aire que respiráis. Esos hombres, el rey y su reina española a quien debemos rendir obligado homenaje, se alimentan de nuestra sustancia, no tienen más afán que el brillo del oro y las joyas, se construyen soberbios palacios y crean nuevos impuestos para oprimir esta ciudad. Los curas no son mejores, son pastores más interesados en trasquilar las ovejas de su rebaño que en cuidar de ellas. ¡Pero ya se acerca el Día de la Liberación y entonces los gusanos de la tierra devorarán cruelmente a los principescos leones, leopardos y lobos, pues el pueblo llano destruirá a todos los tiranos y traidores!».

—¿Quién lo ha escrito? —preguntó Corbett.

—No lo sabemos —contestó enfurecido el obispo—, ¡pero esto es una traición! ¡Algo está empezando a surgir de la oscuridad y de las lóbregas profundidades de esta ciudad!

—¿Es la referencia al Día de la Liberación?

—¡El Día de la Liberación! —exclamó Burnell, soltando un bufido—. ¿De qué?, me pregunto yo.

Corbett pensó en lo que había visto durante sus recorridos por los condados y sus paseos entre los montones de basura de Londres. El pueblo llano vivía en casas de una sola planta de estructura de madera, techados de paja y paredes de argamasa enlucida, agobiado por los impuestos de los alguaciles, los gobernadores y los funcionarios que requisaban sus bienes en nombre del rey y los obligaban a llevar una existencia miserable. Una vez había visto a unos campesinos haciendo cola ante el tribunal del condado en Kenilworth, de pie como gallos mojados bajo la lluvia, sucios, cansados y cabizbajos. Un escribano había comentado en broma que el alma de un campesino no podría ir ni al cielo ni al infierno, pues tanto los ángeles como los demonios se negarían a llevarla a causa de su hedor. Corbett recordó todas aquellas cosas, pero se abstuvo prudentemente de contestar al canciller y prefirió cambiar de tema.

—Conozco la historia de Fitz-Osbert —dijo—, un adorador del diablo que vivió hace cien años, pero ¿qué tiene él que ver con todo eso?

—¡Fitz-Osbert fue un adorador del diablo y un rebelde! —replicó Burnell,

tomando un pequeño crucifijo de madera labrada que tenía encima de su escritorio—. Los hay por millares en castillos, casas y chozas de todo el reino. —Añadió—. Hay monasterios, conventos y abadías a todo lo ancho y lo largo del país. Hay catedrales en todas las ciudades y una iglesia en todas las aldeas. Y, sin embargo, el cristianismo es algo muy superficial. Sigue existiendo la antigua religión; ¡en Gales hemos descubierto la adoración de las fuerzas de las tinieblas y el constante regreso a las antiguas costumbres! —Burnell asintió con la cabeza, contemplando las angostas ventanas de dos huecos de su estancia—. Hasta la abadía se construyó sobre un antiguo lugar de culto. Si examináis los archivos de sus juicios eclesiásticos, comprobaréis la cantidad de supersticiones que había: un hombre que enterró una Sagrada Forma en su jardín para que impidiera la presencia de los insectos; una mujer que hacía efigies de cera de su marido para causarle dolor o incontables referencias a personas que consultaban con brujas, magos, hechiceros y gente por el estilo. Fitz-Osbert vive en estas prácticas; era un rebelde porque la Iglesia lo condenó y la Iglesia está protegida por el Estado. Por consiguiente, cuando se ataca y destruye el Estado, la Iglesia se siente vulnerable. Lo que más me preocupa y desconcierta —terminó diciendo el obispo—, es el motivo por el cual el espía mencionó a De Montfort y Fitz-Osbert conjuntamente. ¿Qué es lo que sabía? ¡Ojalá nos hubiera podido decir algo más!

—¿Quién era? —preguntó Corbett, removiéndose con inquietud en su asiento—. ¿Algún pobre escribano que fue enviado a ciegas a cumplir una misión sin conocer los hechos ni el peligro que corría?

—No —contestó Burnell, sonriendo—. Un terrateniente llamado Roberto Savel. Los rebeldes, quienesquiera que sean, están introduciendo armas en la ciudad. En el castillo de Leeds en Kent robaron una carretada y las han robado también en otros castillos de los alrededores de Londres.

—¿Y Savel hubiera tenido que averiguar si esas armas habían sido llevadas a Londres? —preguntó Corbett.

—Exactamente —contestó Burnell—. Savel inició su investigación en Southwark, trabajando en una posada de aquel barrio infestado de letrinas, llamada El Sollastre. Estuvo allí diez días y no me envió más que este trozo de pergamino. Después lo encontraron flotando boca abajo entre las hierbas de la orilla del río en Southwark. Yo me enteré de su muerte porque envié a mis escribanos a examinar los rollos de pergamino del forense.

—¿No dejó nada? —preguntó Corbett.

—Simplemente esta nota.

—¿Tenía amigos o parientes?

—No tenía a nadie —contestó Burnell, esbozando una amarga sonrisa—. Elegimos a Savel porque, al igual que vos, estaba solo y sin familia y no tenía ningún amigo. Pensamos que le podríamos encomendar la búsqueda de los traidores. Lo asesinaron, como a Crepyn y a Duket. Creo que las tres muertes están relacionadas,

aunque no sé cómo. Sin embargo, si se resolviera el misterio de la muerte de Duket, podríamos descubrir a los enemigos del poder real que están deseando acabar con la autoridad del rey y convertir Londres en una comunidad independiente parecida a las que hay en muchas ciudades del norte de Italia. Lo pueden hacer por medio de una revolución o, más fácilmente, destruyendo al rey. Con ello conseguirían sus propósitos, pues Su Majestad la Reina aún no ha dado a su esposo un heredero varón.

Corbett estaba de acuerdo con Burnell. En doce años de reinado y varios más de matrimonio, el rey aún no había conseguido un heredero que le sucediera. Una y otra vez la reina Leonor había alumbrado hijos varones que morían a los pocos meses de nacer y cuyos tristes y pequeños cuerpos eran enterrados a toda prisa allí en Westminster. La reina estaba nuevamente preñada, pero ¿sería un varón y lograría sobrevivir? Si el rey muriera repentinamente sin heredero, estallarían una guerra civil. Cabía la posibilidad de que Londres se levantara contra el poder establecido e impusiera sus condiciones a quienquiera que necesitara ganarse su apoyo.

—Por consiguiente, después de la muerte de Savel —dijo el canciller, interrumpiendo bruscamente los pensamientos de Corbett—, decidimos encomendaros esta tarea a vos. Creemos que Crepyn era uno de los principales miembros de los populares y que formaba parte de un grupo secreto que sigue las enseñanzas de Fitz-Osbert. Sabemos también que Duket estaba relacionado de alguna confusa manera con los elementos revolucionarios de la ciudad. Esperamos, o más bien esperábamos, que, encomendándoos la misión a vos, tropezaríamos con la verdad y acabaríamos con cualquier traición que se estuviera tramando contra el rey. —Burnell agitó un dedo en dirección a Corbett—. Seguimos pensando que vos podéis conseguirlo y, en nombre de vuestra probada lealtad al rey, os ordenamos que prosigáis la tarea que os ha sido encomendada. ¿Queréis aceptar?

Corbett asintió con la cabeza.

—Acepto y pido disculpas por el tiempo que he perdido, aunque debo informaros de que he hecho algunos progresos. No me cabe la menor duda de que Duket no se suicidó sino que fue asesinado.

El canciller se frotó las manos y en su rostro se encendió un destello de satisfacción.

—Muy bien —murmuró—. ¡En tal caso, ya es hora de que atrapemos a sus asesinos!

## CAPÍTULO IX

Corbett se alegró de dejar a su espalda el palacio y verse libre de las imposiciones, advertencias y veladas amenazas de Burnell. Había estado investigando un suicidio que, en realidad, era un asesinato, el cual, a su vez, enmascaraba una traición, unos actos de brujería y una peligrosa rebelión. Mientras se encaminaba hacia el río, repasó mentalmente todo lo que había averiguado. Burnell había llegado a la conclusión de que Duket había sido asesinado por un traidor grupo secreto. Si se descubriera la razón, el medio utilizado y la identidad de los autores del asesinato, Burnell pensaba que también podrían descubrir el nido de los traidores.

Levantó los ojos al encapotado cielo y pensó que ojalá pudiera estar en otro sitio; por una parte, deseaba resolver el misterio, pero, por otra, ¿a qué precio?, se preguntaba. ¿Una garganta cortada en mitad de la noche, una muerte violenta y un solitario entierro? ¿Perdido en la oscuridad sin que a nadie le importara? Pensó en Alicia, pero consiguió apartarla de su mente no sin esfuerzo. Burnell se lo había dicho con toda claridad, tenía que actuar con rapidez para confirmar o refutar sus conjeturas a propósito de la muerte de Duket. ¿Por dónde debería empezar? Recordó a Savel y la taberna El Sollastre y pensó que quizás una visita a aquel lugar podría ayudarle a desvelar una parte del misterio.

Alquiló una barca en Westminster para trasladarse a Southwark. El barquero le miró con una picara sonrisa, pensando que iba allí a pasar un buen rato con la bebida y con el suave cuerpo de alguna prostituta. Él le devolvió la mirada con la cara muy seria y entonces el hombre empezó a remar en silencio. Corbett se encontró muy pronto en Southwark, un laberinto de estrechas y tortuosas calles y casas con miradores en el piso superior. Un cortejo fúnebre lo obligó a apartarse a un lado. El que portaba el crucifijo encabezaba la marcha, seguido por un grupo que entonaba oraciones y de un pregonero de la muerte que gritaba:

—¡Despertad, los que estáis dormidos y rezad a Dios que os perdone vuestras culpas! ¡Los muertos no pueden gritar; rezad por sus almas mientras doblan las campanas en estas calles!

Los afligidos deudos pasaron musitando unas oraciones casi ahogadas por los roncós ladridos de los perros callejeros.

Corbett dejó pasar el cortejo y miró a su alrededor. En Southwark quedaban todavía unas horas de luz diurna antes de que las sombrías figuras que solían frecuentar aquel lugar salieran de sus escondrijos para entregarse a sus secretas actividades e ilegales negocios. En las tiendas abiertas, los tahoneros, alfareros y peleteros atendían todavía a sus clientes. Las prostitutas ya estaban en la calle, pero, dada la temprana hora del día, procuraban comportarse con la mayor discreción posible, a pesar de sus caras pintadas, su cabello trenzado y sus vestidos escarlata. Corbett dobló la esquina de una calle en la que abundaban los escribientes,

iluminadores de pergaminos y vendedores de tinta. Le preguntó a uno de ellos por El Sollastre, pero las indicaciones eran tan complicadas que le soltó al hombre unas cuantas monedas y le pagó para que le dibujara un plano en un trozo de pergamino usado. De este modo, pudo llegar a un modesto edificio de dos plantas con el característico poste de las tabernas y un tosco rótulo por encima de la angosta entrada de madera en el que se proclamaba que aquello era El Sollastre. Empujó la puerta, pero estaba cerrada. Entonces siguió calle abajo y llegó a una placita donde la multitud se había congregado alrededor de dos carros cubiertos por unas tablas de madera. A su alrededor se había levantado una especie de plataformas cubiertas por unas gruesos lienzos adornados con motivos religiosos y profanos. Los bufones y los demonios se torcían y enroscaban alrededor de unas complicadas parras, unos conejos luchaban contra unos caballeros; textos sagrados se enredaban con unas criaturas fantásticas de alargadas cabezas; monjes con el trasero al aire se encaramaban a unas torres rematadas por unos dragones con las cabezas tonsuradas; curas con rostros de cabra perseguían a monjas con caras de simio y delicados cuerpos; ángeles y demonios luchaban por la posesión de unas pequeñas almas de color blanco.

Corbett se apoyó en el quicio de una puerta y observó a la muchedumbre que, apiñada alrededor del improvisado escenario, insultaba a un Herodes de negra barba y se burlaba del «asno» que transportaba a Jesús en su entrada en Jerusalén, pues el actor que se ocultaba en el interior de la piel no paraba de rebuznar y de levantar la cola, soltando enormes boñigas en el escenario. Después salieron unos demonios encabezados por un negro y gigantesco Satanás con una horrenda máscara, cuernos, rabo y un negro vestido de pelo de caballo. El personaje le hizo recordar a Corbett las palabras de Burnell sobre los seguidores del culto satánico de Fitz-Osbert. Se preguntó si los asesinos de Duket habrían utilizado malas artes para entrar y salir de la iglesia de Santa María.

Apartó rápidamente aquellas conjeturas de su mente, recordando las palabras de uno de sus maestros de filosofía: «No hay nada nuevo bajo el sol, todo tiene una causa, tanto lo bueno como lo malo, y esas causas están, o estarán, al alcance de la comprensión humana». No, pensó, Duket había sido asesinado por medio de la astucia humana. Pero, si hubiera algún grupo secreto que siguiera las creencias de Simón de Montfort o Fitz-Osbert, él lo encontraría. Pero ¿y si no lo hubiera? ¿Y si Burnell estuviera equivocado? ¿Y si Crepyn hubiera sido el jefe y la muerte de Duket no hubiera sido más que un acto de venganza y los asesinos consiguieran ocultarse en los siniestros charcos de intriga que rodeaba la ciudad por todas partes?

Corbett sacudió la cabeza y levantó la vista hacia los aleros de las casas. El cielo ya empezaba a oscurecerse y él no quería estar en Southwark cuando cayera la noche, por consiguiente, abandonó la placita y regresó al Sollastre. Ahora las puertas estaban abiertas, se habían encendido unas velas de junco y el espacioso local se estaba empezando a llenar de una variada mezcla de parroquianos, sentados alrededor de

unas sólidas mesas de madera. Había un sacamuelas con sus tenazas, su cubo y sus agujas, buscando clientes; un vendedor de pieles de ardilla con los pellejos secos colgados alrededor del cuello; un boticario con una calavera y una bolsa de hierbas; un falsificador con una «F» visiblemente marcada a fuego en su mejilla izquierda. Después llegaron unos estudiantes y unos escribanos del otro lado del río, burlándose sin disimulo de un buhonero de astuta mirada y finísimo olfato, el cual proclamaba los prodigios de una bandeja que llevaba sujeta alrededor de la cintura: un diente de Carlomagno, una pluma del ala del arcángel san Gabriel, un frasquito de leche de la Virgen María, un poco de paja del pesebre de Belén, unas púas de puerco espín y la muela de un gigante. Sonriendo ante el descaro de aquel hombre, Corbett se abrió paso entre la gente hacia el fondo de la sala, donde un pelirrojo de tez muy blanca, con colete de cuero y delantal, montaba guardia junto a los enormes toneles que utilizaban los mozos para llenar hasta el borde las sucias jarras de cerveza negra de Londres.

Corbett se presentó y el hombre le miró con sus claros ojos azules.

—Sí, maese escribano, decidme en qué os puedo servir.

—¿Roberto Savel trabajaba aquí? —le preguntó Corbett.

El hombre apartó la mirada antes de contestar.

—Sí, ¿por qué? ¿Tenéis acaso algo que ver con él?

—Sí —mintió Corbett—, soy pariente suyo. Quiero saber cómo y por qué murió.

El hombre asintió con la cabeza y le indicó una mesita de un rincón.

—¿Queréis que os sirva? Pues entonces sentaos, bebed y pagad.

Corbett se encogió de hombros, se acercó a la mesa y se sentó. Poco después, el dueño regresó con un plato de carne de buey, espolvoreada con pimienta, ajo, puerros y cebolla. En la otra mano sostenía una buena jarra de cerveza.

—Comed —le ordenó— y yo hablaré.

Corbett hizo lo que le mandaban. La cerveza era muy fuerte, pero la comida estaba caliente y muy bien condimentada. El posadero se sentó delante de él.

—En realidad, no sé muy bien quién era Roberto Savel —dijo—. Parecía muy bien educado. Conozco a la gente y la observo y me di cuenta de que todo era un disfraz, pero, como era un buen mozo de cuadra y sabía manejar los caballos, lo acepté.

—¿Qué hacía? Aparte de su trabajo, quiero decir —preguntó Corbett.

El hombre hizo una mueca.

—Lo mismo que vos, maese Corbett, hacía muchas preguntas e iba a muchos sitios donde a mí jamás se me hubiera ocurrido ir. —El posadero se inclinó hacia adelante y de su boca se escaparon unos fuertes efluvios de ajo y cebolla—. Soy un hombre honrado —añadió—. Apreciaba a Savel, pero todos sabemos lo que está ocurriendo en la ciudad. El malestar, las intrigas. Soy un posadero y la gente habla mucho cuando bebe. Yo escucho y mantengo la boca cerrada para no meterme en líos.

—¿Con quién se reunía Savel? —preguntó Corbett.

—Lo ignoro, solo sé que salía de noche y a veces hablaba de los populares, del difunto Simón de Montfort y del descontento que se respiraba en la ciudad. Savel hacía muchas preguntas a la gente que venía a esta casa, pero yo se lo prohibí. —El posadero se encogió de hombros con aire cansado—. Eso tenía que acabar mal más tarde o más temprano.

—¿O sea que, en realidad, no sabéis nada sobre él? —preguntó Corbett.

El posadero miró cautelosamente a su alrededor en la ruidosa y abarrotada sala.

—Sí —contestó en voz baja—, sé una cosa. Salía y hablaba con una vieja que vivía en una choza cerca de una antigua iglesia en desuso a dos pasos del río. Aquella bruja solía presumir de que hablaba con los demonios y decía la buenaventura con la ayuda de unos huesos mágicos.

—¿Está aquí ahora? —le interrumpió Corbett con impaciencia.

El posadero sacudió la cabeza.

—Lo dudo. La encontraron hace unos días dentro de un saco cosido, con los huesos mágicos metidos en la boca y la garganta cortada de oreja a oreja. Estaba atada como un cerdo por San Miguel.

—¿Y Savel no dejó nada?

—Una muda de ropa, nada más.

Corbett se inclinó sobre la mesa.

—¿Y a vos nunca os dijo nada? —preguntó en tono apremiante—. Algo os debió de decir.

El posadero se frotó los labios con los dedos y clavó los ojos en un punto situado por encima de la cabeza de Corbett.

—Solo un acertijo —contestó—. Una mañana regresó muy temprano, justo el día de su desaparición. Estaba muy nervioso y me contó un acertijo. ¿Cómo era? A ver si me acuerdo. —El hombre hizo una pausa y entornó los ojos—. Ah, sí —añadió—. ¿Cuándo es más fuerte un arco que no se puede doblar que uno que se puede doblar?

—¿Y cuál fue la respuesta? —preguntó Corbett.

—La respuesta de Savel —contestó el posadero— fue otro acertijo... «Cuando incluye todas las demás armas». —El posadero se levantó—. Eso es todo. Ahora tengo que irme, ¡y vos también!

Mientras el hombre se alejaba, Corbett permaneció sentado, pensando en lo que acababa de averiguar.

Primero, Savel debió de descubrir alguna verdad, probablemente a través de la vieja a la que habían asesinado. En segundo lugar, a juzgar por la breve nota que Burnell había recibido, aquella verdad debía de estar relacionada con una reunión secreta de brujas y rebeldes. Pero ¿qué significaría el acertijo? ¿Tendría la palabra «arco» algo que ver con el nombre de la iglesia de Santa María Le Bow?<sup>[1]</sup> En caso afirmativo, pensó Corbett, habría un levísimo nexo entre la reunión secreta y la muerte de Duket. Analizó el acertijo y llegó a la conclusión de que podía significar

cualquier cosa. Si fuera una referencia a Santa María Le Bow, no merecía la pena tratar de desentrañarlo en aquel momento. Su misión era encontrar a los asesinos, y descubrir de qué manera habían cometido el asesinato.

Corbett miró a su alrededor y observó que la taberna estaba abarrotada de gente. El buhonero, ya embriagado, iba de un lado para otro, ofreciendo un frasco que, según él, contenía lágrimas de la Virgen María. Corbett echó un vistazo a algunos de los parroquianos y comprendió que ya era hora de irse. Se sintió incómodo, como si presintiera que algún malvado lo estaba vigilando. Sin embargo, hubiera podido ser cualquiera de los que le miraban de arriba abajo y apartaban los ojos cuando estos se cruzaban con los suyos. De repente, tuvo miedo. Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca y experimentó el impulso de levantarse y salir corriendo de la taberna. La fuerte cerveza le había dado sueño, pero él no tenía más remedio que regresar a la orilla del río. Una prostituta con peluca rubia y holgado vestido escarlata se acercó y se apoyó contra su mesa. Tenía un rostro muy dulce y unos ojos de mil años de edad y le prometió delicias sin cuento a cambio de un trago y unas cuantas monedas. Corbett ya no pudo resistir. Se levantó, apartó a la mujer a un lado y, sin prestar la menor atención a sus procaces comentarios, se abrió paso entre la gente y alcanzó la puerta. ¿Habrían atrapado a Savel utilizando aquel método, propinándole primero un golpe en la cabeza y llevándose después a rastras? Abrió la puerta, salió al gélido silencio de la noche y a punto estuvo de echarse a gritar al ver acercarse un monstruo de pelo negro. Se pegó a la puerta y vio una figura con cara de Satanás.

Sacó la daga, pero, de repente, la máscara se levantó y, en su lugar, apareció el sonriente rostro de un alegre muchacho. Corbett lanzó un suspiro de alivio y se apartó a un lado para que el demonio de la farsa que antes había presenciado en la placita pudiera entrar en la taberna.

Recuperó la compostura, se alisó la capa y, estrechando la larga daga galesa contra su pecho, empezó a recorrer las tortuosas calles, rodeando la basura amontonada frente a cada puerta y el albañal que discurría por el centro de la calle. Había algunas sombras en varias puertas, pero, al ver la daga que sostenía en sus manos, le dejaron pasar sin molestarle. Dobló la esquina de la calle que conducía al río y, de repente, se detuvo en seco. Estaba seguro de haber oído unas pisadas a su espalda, algo que se movía sigilosamente sobre los adoquines. Se volvió, pero no vio nada. Reanudó su camino y el río apareció ante sus ojos.

Vio a los barqueros bajo la luz de una antorcha, oyó el murmullo de sus voces y siguió caminando. Oyó de nuevo a su espalda el mismo rumor de antes, muy parecido al de las pisadas de un niño, y supo con toda certeza que algo perverso lo estaba persiguiendo en la oscuridad. Respiró hondo, envainó la daga y pegó una súbita carrerilla con la capa volando a su espalda mientras el frío viento nocturno le azotaba el rostro. Llegó a la orilla y casi se arrojó al interior de una de las barcas. El sorprendido barquero saltó tras él. Corbett balbució las indicaciones sin apartar los ojos de la orilla. No vio nada, solo la triste y desolada negrura de Southwark,

inmediatamente engullida por la bruma en cuanto la barca empezó a deslizarse por las frías aguas del río.

## CAPÍTULO X

Ya era completamente de noche cuando Corbett regresó a la calle del Támesis donde se había condensado la niebla del río, difuminando todos los perfiles. Estaba tan agotado y abatido después de su reunión con Burnell y su visita a Southwark que no vio de dónde salieron los atacantes. Iban embozados y encapuchados y se acercaron a él, desplazándose de lado como danzarines. Comprendió instintivamente que no eran los «mozos rugientes», ni los alborotadores o criminales de las calles sino unos sicarios. Eran dos casi idénticos en medio de la brumosa oscuridad e iban armados con largas espadas y dagas cortas. Corbett se quitó la capa, se la colgó del brazo y se sacó del cinto la daga galesa. Recordó el consejo que le había dado un mercenario al comentarle la macabra danza a la que solían entregarse los malhechores de la calle y, sin apenas pensar, extendió el brazo y clavó la daga en el pecho del asesino que tenía más cerca.

El atacante se tambaleó y, lanzando una especie de suspiro, cayó de rodillas e inclinó el tronco hacia adelante, desplomándose con el rostro contra el suelo. Su compañero estaba tan aturdido que, cuando se recuperó de la sorpresa, Corbett ya se había apoderado de la espada del asesino caído y se disponía a atacarle. El sujeto era mucho más cobarde que su compinche, por lo que, cuando se abrió una ventana de arriba y una ronca voz preguntó qué ocurría, se volvió a toda prisa y se perdió entre la niebla mientras la ventana se cerraba de golpe.

Corbett esperó un momento antes de dar la vuelta con el pie al cadáver de su agresor. La daga le había causado una profunda herida en el pecho, agravada por la caída. Corbett retiró la daga, la limpió con la túnica del muerto y levantó la capucha que le cubría el rostro, dejando al descubierto sus ojos desmesuradamente abiertos, un cabello muy corto y unas mejillas picadas de viruela. Corbett jamás le había visto anteriormente, pero adivinó que era un antiguo soldado convertido en asesino a sueldo. Experimentó un acceso de náuseas al pensar en el terrible peligro que acababa de correr y, dejando el cadáver para los basureros, regresó muy abatido a su casa.

Sus violentos golpes despertaron al malhumorado casero, el cual se sorprendió muchísimo de que le pidiera una jarra de vino y una copa, pero se las sirvió sin tardanza. Corbett las tomó, le dio las gracias en voz baja y subió a su buhardilla. Allí se sentó en la cama y se llenó la copa hasta el borde, pero solo bebió cuando dejaron de temblarle las manos. Sabía que había corrido un grave peligro y que el ataque había sido premeditado, pero se preguntaba quién habría dispuesto de los medios necesarios para planearlo. Se sostuvo la barbilla con la mano mientras su cansado cerebro daba vueltas a la cuestión como un estúpido perro que se persiguiera el rabo. Burnell estaba equivocado.

Se sentía inseguro en las cenagosas y traicioneras charcas de la política de la ciudad. Aquello no era la Cancillería con sus blancas y limpias paredes, el olor de la cera, la tinta y los pergaminos y todas las cosas cuidadosamente ordenadas y

archivadas. Conocía aquel mundo y en él se encontraba completamente a sus anchas. Ahora ni siquiera estaba seguro con Alicia. Se sentía profundamente subyugado por ella, pero notaba algo extraño y amenazador, aunque no sabía lo que era. Necesitaba tener a alguien en quien confiar, alguien que le guiara con seguridad a través del laberinto de los barrios de mal vivir de la ciudad.

A la mañana siguiente, ya más descansado, volvió a estudiar el asunto, pero hasta primeras horas de la tarde no empezó a formarse en su mente una idea. Regresó una vez más a Westminster y solicitó urgente audiencia a Burnell. El canciller estaba a punto de emprender viaje para reunirse con el rey en su palacio de Woodstock, en las afueras de Oxford. El carruaje y los carros ya estaban preparados en el patio del palacio, pero, a pesar de ello, el canciller atendió la petición de Corbett y le concedió inmediatamente audiencia. Se requirió la presencia de un escribano, se redactó la necesaria carta, se vertió la cera caliente y el canciller pidió su sello para otorgar validez al documento y acallar cualquier pregunta que este pudiera suscitar. Corbett inclinó respetuosamente la cabeza, dio las gracias en un susurro y, tomando un caballo de las cuadras de palacio, cabalgó hacia el norte por la calle de la Armada en dirección a la cárcel de Newgate.

La prisión constaba, en realidad, de varios edificios, unas pequeñas torres a lo largo de las viejas murallas de la ciudad, limitadas por el maloliente foso. El mando nominal lo ejercía una especie de alcaide y unos cuantos funcionarios no mucho mejores y, a veces, mucho peores que los prisioneros que allí se albergaban. En teoría, la ciudad tenía que entregar dinero y limosnas para la manutención de los presos, pero, en la práctica, solo una parte muy exigua del dinero se destinaba a aquel uso. Aunque bien era cierto que la mayoría de ellos no permanecía allí el tiempo suficiente como para experimentar los efectos de la generosidad de la gente. La justicia era muy rápida y la frase «jugado el miércoles y ahorcado el jueves» estaba a la orden del día. Los presos se dividían en deudores, extranjeros y criminales. Estos últimos eran los que vivían en peores condiciones, apretujados dos o tres en una celda o en las numerosas zanjas excavadas en la tierra. Cada semana las zanjas se vaciaban, se sacaba a los presos, se los colocaba aherrojados en unos carros y se los conducía a los Olmos o a Smithfield para ser ahorcados.

Los funcionarios de la prisión estaban ocupados precisamente en semejante tarea cuando llegó Corbett. Los carros ya estaban casi llenos y los sudorosos carceleros vestidos de negro ya estaban impacientes por emprender la marcha. Los presos jóvenes y viejos, sucios y atemorizados, parecían unos pobres bueyes aturdidos, pero, al mismo tiempo, deseaban acabar cuanto antes con aquella pesadilla. Corbett exhibió inmediatamente el mandato de Burnell, interrumpió la tarea de los hombres y empezó a pasear entre los presos como un vivo entre los muertos. Se compadecía tanto de ellos que utilizó su influencia para conseguir que los más jóvenes fueran devueltos a sus celdas e informó bruscamente a los carceleros de que el propio canciller se encargaría de revisar sus casos. Después prosiguió su inspección hasta que encontró a

la persona que estaba buscando, un joven de unos dieciséis o diecisiete veranos, alborotado cabello negro, sucio rostro y ropa todavía más sucia y unos claros ojos azules que miraban a su alrededor con divertida e irónica expresión de desafío.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Corbett.

—Ranulfo. ¿Y vos? —se apresuró a contestar el mozo con marcado acento londinense.

—¡Soy Hugo Corbett, escribano del Tribunal Real y puede que tenga un indulto para ti!

Los azules ojos se apartaron y el mozo se volvió para soltar un escupitajo.

Corbett se encogió de hombros.

—Allá tú. ¡Que te ahorquen si ese es tu deseo!

—¡Esperad!

Corbett se volvió.

—Perdonadme —dijo el joven con rostro tremendamente asustado—. ¿Qué queréis de mí?

—Necesito tu ayuda —contestó Corbett—. Necesito que me acompañes por las cloacas de esta ciudad, y no me refiero a las que discurren bajo nuestros pies —Corbett miró a su alrededor— sino a aquellas que nos rodean por todas partes.

—Pues entonces —dijo Ranulfo sonriendo—, soy vuestro hombre.

—¡Muy bien! —Corbett se volvió hacia el carcelero que aguardaba muy nervioso a su espalda—. Aquí tenéis —le dijo, entregándole el documento dictado por Burnell—. Rellenad el espacio en blanco. Es un indulto de todos los delitos pasados y presentes de Ranulfo... —Corbett miró inquisitivamente al muchacho.

—Simplemente Ranulfo —dijo el chico.

—Ranulfo de Newgate —terminó diciendo Corbett.

El carcelero asintió con la cabeza y dio unas órdenes que inmediatamente libraron al chico de sus cadenas y de la cuerda que le rodeaba el cuello.

Corbett apoyó las manos en el hombro del chico, lo rodeó con su brazo y lo sacó casi corriendo del patio de la prisión. Salió a la calle con él, bajaron por una callejuela, en la cual se amontonaban los despojos de animales y se aspiraba el nauseabundo olor del cercano matadero y, empujando a Ranulfo contra un muro manchado de orines, sacó la daga y la acercó tanto al cuello del chico que le hizo una minúscula herida de la que inmediatamente brotó una gota de sangre. Corbett observó cómo la amarga arrogancia del joven se transformaba en temor y entonces le preguntó en voz baja y pausada:

—Maese Ranulfo, acabo de salvarte de morir en la horca, ¿por qué delitos?

—Robo y allanamiento de morada —contestó el muchacho con un graznido—. Era la tercera vez.

—Pues tendrá que ser la última —dijo Corbett—. Quédate conmigo. Ayúdame y serás un hombre libre. Traicióname y yo mismo me encargaré de que mueras muy despacio. ¿Me has entendido?

El chico asintió, contemplando hipnotizado la larga hoja de acero de la daga, peligrosamente cerca de un cuello que acababa de salvarse de milagro. Corbett sonrió, soltó su presa y regresó a la calle principal, fielmente seguido por su nueva sombra.

Corbett se pasó el resto de la mañana y las primeras horas de la tarde encargándose de adecentar el aspecto de Ranulfo. Le llevó a la misma taberna donde previamente había dejado su caballo, le obligó a quitarse los sucios andrajos y a bañarse en una bañera, por cuya utilización le pagó un precio al desconcertado tabernero y después lo dejó allí envuelto en una manta, devorando la comida que le sirvieron mientras él iba a comprarle un poco de ropa, una sencilla túnica con una capucha verde, unos calzones, unas botas, un cinturón, una bolsa y una daga con su vaina de cuero.

Al regresar, Corbett descubrió que Ranulfo había desaparecido, pero enseguida lo encontró desnudo en una de las dependencias de la taberna, disfrutando del rollizo cuerpo de una de las mozas, cuyos gritos de placer fueron precisamente los que lo guiaron hasta allí. Estuvo tentado de poner bruscamente término a la fornicación de su subordinado, pero lo pensó mejor, lanzó un suspiro y se fue a esperarle a la taberna. Poco después, Ranulfo, envuelto en su capa, entró tímidamente y recibió una severa reprimenda de su amo, aunque se olvidó de ella en cuanto este le arrojó las nuevas prendas para que se las pusiera.

Una vez vestido Ranulfo, ambos salieron de la taberna y se dirigieron a Cheapside. Ya era tarde y la gente se empezaba a retirar a sus casas mientras un frío viento parecía arrastrar consigo los primeros signos de la primavera. Los campesinos con sus pardos blusones y sus zuecos de madera ya estaban regresando al campo, los mercaderes con sus acémilas y sus carros vacíos se disponían a abandonar la ciudad antes de que se iniciara el toque de queda y los buhoneros y aprendices aprovechaban para hacer las últimas transacciones de la jornada. Corbett se fue con Ranulfo a La Mitra, ordenándole al chico que no se alejara de allí mientras él buscaba a Alicia en medio de las sombras del anochecer.

—Se ha ido. Hoy la señora Alicia no está —dijo Pedro, el gigante, bloqueando repentinamente la puerta mientras en sus enrojecidos ojillos se encendía un malicioso fulgor.

—¿Vendrá más tarde? —inquirió ansiosamente Corbett, profundamente decepcionado por su ausencia y temeroso de que pudiera haberle ocurrido algo malo.

El hombre frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Se ha ido. Regresará mañana. Ahora ella no está y vos debéis iros si no queréis que avise a la guardia. El toque de queda está a punto de empezar.

Corbett, soltando maldiciones por lo bajo, dio media vuelta y se marchó. Fuera encontró a Ranulfo, esperándole a cierta distancia de la taberna.

—¿Por qué te has ido tan lejos? —le preguntó severamente Corbett.

Ranulfo se encogió de hombros.

—Puede que vos no le hayáis reconocido, maese escribano, pero este Pedro es un verdugo. Antes se dedicaba a ahorcar a la gente. Trabajaba como verdugo en los Olmos. —El joven miró extrañado a Corbett—. Vuestra amiga —añadió— tiene unas amistades muy raras.

Corbett no tuvo más remedio que reconocer que sí y las palabras de Ranulfo aumentaron sus temores y su inquietud por la seguridad de Alicia. Dio media vuelta y echó a andar por Cheapside, dando vueltas al asunto en su cabeza mientras Ranulfo corría a su espalda, tratando de darle alcance sin apenas poder seguir las grandes zancadas de las largas piernas de su nuevo amo y protector.

Como era de esperar, al llegar a la calle del Támesis, Corbett tuvo dificultades con la señora de la casa, la cual miró con recelo a Ranulfo mientras Corbett le explicaba que el chico era su sirviente. Ranulfo, con su perversa sonrisa, no contribuyó demasiado a mejorar la situación, pero, al final, Corbett y la dueña de la casa llegaron a un compromiso; a Ranulfo le sería asignada una buhardilla todavía más pequeña en la parte de atrás de la casa, pero, hasta que no la vaciaran, tendría que dormir en el suelo de la habitación de Corbett. Ranulfo aceptó de buen grado el arreglo, pero, al llegar al cuarto de Corbett, sacó un llavero que había robado furtivamente del ceñidor de la señora.

Corbett bajó para devolverlo dando una absurda excusa y, al regresar a la habitación, le echó a su cabizbajo ayudante un severo sermón sobre la honradez y los horrores de los Olmos. Después le explicó la tarea que le había sido encomendada y estudió detenidamente la reacción del muchacho. Sin embargo, aparte el hecho de recordar a Pedro el de La Mitra como antiguo verdugo, Ranulfo no sabía nada acerca del asesinato de Duket. Recordó el nombre de Crepyn y dijo que tenía fama de ser un hombre muy poderoso con un pie en el respetable mundo del Ayuntamiento y otro en el sucio arroyo de los barrios de mal vivir de Londres.

Corbett interrogó al chico acerca de su vida anterior y se sorprendió al descubrir en su forma de expresarse un fino barniz de educación. La explicación de Ranulfo fue muy breve. Sus padres eran un respetable matrimonio de Southwark que había muerto durante una de las muchas epidemias que solían asolar la ciudad. Entonces él había sido encomendado a los cuidados de una anciana tía que era el ama de llaves de un cura. Este le había dado un poco de instrucción antes de que él decidiera juntarse con unos jóvenes que lo llevaron por el camino de la perdición y del crimen, para el cual tantas oportunidades ofrecía la ciudad. El resto, terminó diciendo Ranulfo, Corbett ya lo sabía.

El escribano contempló el rostro recién lavado del muchacho, pensando que, a aquella hora, si la justicia se hubiera cumplido, ya hubiera estado colgando del cuello en los Olmos con la cara ennegrecida, la lengua fuera y el cuerpo roto. Corbett esbozó una sonrisa. Se alegraba de haber salvado a Ranulfo. Arrojándole una capa, le aconsejó que intentara dormir, pues el nuevo día iba a ser muy ajetreado.

## CAPÍTULO XI

A la mañana siguiente, Corbett despertó a Ranulfo sacudiéndolo por el hombro y lo mandó a la planta baja por el agua y el desayuno. Después se vistió, abrió los postigos de las ventanas y vio que, aunque los tejados y los aleros de las casas estaban cubiertos por una ligera lámina de plata, el sol había conseguido abrirse paso a través de la escarcha matinal. El día sería despejado. Hubiera deseado olvidarse del asunto que tenía entre manos e ir a visitar a Alicia, pero se acordó de Burnell, soltó una maldición por lo bajo y, abriendo el baúl, sacó la bandeja de escribir y una hoja de pergamino recién frotada y colocó cuidadosamente ambas cosas sobre la tapa del baúl. Ranulfo regresó esbozando una picara sonrisa y Corbett adivinó que había discutido con la señora de la casa cuyos arrogantes modales parecían despertar los peores instintos del chico.

Corbett se aseó y ordenó a Ranulfo que hiciera lo mismo antes de tomar su desayuno de cerveza suave y pan de centeno que el chico le había subido desde la planta baja. Mientras comían, Corbett le expuso a Ranulfo los encargos que tendría que cumplir: ir a comprar suministros, recoger el caballo que Corbett había dejado en la cuadra de Cheapside, devolverlo a Westminster y llevar a cabo una misión secreta que hizo palidecer de temor al chico.

—¿Qué os proponéis hacer? —gritó Ranulfo—. ¿Enviarme de nuevo a Newgate y a la horca?

Corbett lo tranquilizó diciendo que todo iría bien y que él lo protegería de cualquier consecuencia.

—Aunque bien sé yo —añadió con ironía— que tú te conoces lo bastante el oficio como para no dejarte atrapar.

El muchacho miró tristemente a Corbett, musitó una palabrota y estaba todavía murmurando por lo bajo cuando Corbett abrió la puerta y lo empujó hacia la escalera y la calle.

Después Corbett se sentó en la cama con la bandeja de escribir sobre las rodillas y reflexionó un buen rato antes de empezar a redactar su informe.

La muerte de Lorenzo Duket. Fecha de la muerte, el 13 o el 14 de enero de 1284. Lugar: Santa María Le Bow, Cheapside. Lorenzo Duket era un orfebre que vivía en las inmediaciones de Walbrook. Su negocio era moderadamente próspero y él era un respetado ciudadano perteneciente al Gremio de los Orfebres. No estaba casado y su única familia era su hermana. No existe ningún indicio que lo relacione con alguna de las asociaciones secretas de la ciudad y es evidente que no pertenecía al grupo de los populares y tanto menos lo apoyaba. Su relación con Ralph Crepyn es muy vaga. Este último era un hombre que se había elevado desde la oscuridad al rango de regidor de la ciudad. Era un conocido prestamista y había adquirido casi toda su fortuna en el

mercado del dinero. Simpatizaba con el difunto traidor Simón de Montfort, estaba asociado con el grupo secreto de los populares y tenía vínculos todavía más nebulosos con el ambiente de la mala vida de la ciudad. Parece ser que, hacia el mediodía del 13 de enero, Crepyn se reunió con Duket en Cheapside y que ambos se intercambiaron duras palabras y golpes. Duket, cosa extraña en un hombre tan apacible, desenvainó su daga y, por suerte o por desgracia, hirió mortalmente a Crepyn, hundiendo profundamente la daga en la garganta del prestamista. Retiró la daga y, antes de que alguien pudiera pedir socorro, huyó corriendo por Cheapside, entró en el cementerio de Santa María Le Bow y consiguió apoyar la mano en el pórtico de la puerta de la iglesia, poniéndose de este modo bajo su protección. El párroco de la mencionada iglesia, Rogelio Bellet, se la concedió y le acompañó al presbiterio y a la Sagrada Cátedra. El sacerdote, de conformidad con lo dispuesto por la ley, le proporcionó una vela, un pedernal, una jarra de vino y una hogaza de pan de un penique. El mencionado sacerdote, siguiendo la costumbre, cerró la iglesia por fuera y le pidió a Duket que la cerrara por dentro.

No se envió ninguna guardia a la iglesia, pues los encargados del orden en la ciudad no tuvieron tiempo de hacerlo, dada la proximidad de la iglesia de Santa María Le Bow a la escena del homicidio. No obstante, el distrito colocó una guardia en el exterior, no tanto para evitar que alguien entrara cuanto para impedir que Duket pudiera escapar durante la noche. Los miembros de la mencionada guardia informaron más tarde de que nadie se había acercado al pórtico y de que ellos no habían oído ningún ruido en el cementerio durante la noche. La vigilancia duró hasta la hora prima en que el párroco se dirigió a la iglesia y abrió la cerradura, pero no pudo abrir la puerta ni despertar a Duket, a pesar de los gritos y de los golpes que dio contra la puerta. Entonces, él y los miembros de la guardia, utilizaron un tronco que había allí cerca para forzar la puerta. Dentro, la escena era la siguiente: No se observaba la menor señal de violencia ni de alteración en la entrada ni en la nave de la iglesia. En el presbiterio, en cambio, la Sagrada Cátedra había sido empujada hacia la derecha bajo una gran ventana. En aquel lugar, hay dos ventanas iguales, una a la derecha y otra a la izquierda, y a su lado se proyectan hacia afuera sendas barras de hierro con un gancho en su extremo para colgar guirnaldas o lámparas. Aquella mañana, de la barra de la derecha colgaba el cadáver de Lorenzo Duket.

Se pensó en un primer tiempo que Duket había regresado a la entrada de la iglesia, había tomado una cuerda usada del campanario y se había ahorcado, colgándose de la barra de hierro. Se avisó al forense con el Jurado del Barrio para que examinara el cadáver. Interrogaron a los miembros de la guardia que se había colocado en el exterior de la iglesia y aceptaron su declaración, según la cual nadie había entrado ni salido de la iglesia durante la noche y ellos no habían visto ni oído nada sospechoso. El forense les hizo jurar que habían cumplido fielmente con su deber y yo creo que dijeron la verdad. El forense y los miembros del Jurado del Barrio interrogaron también al párroco de la iglesia, el cual afirma no saber nada

sobre la muerte de Duket. El forense lo ha aceptado, pero yo abrigo serias dudas acerca de ese hombre. No puedo demostrar nada, pero siento una profunda desazón. Duket murió estrangulado, pues se observa un profundo surco morado alrededor de su cuello causado por la cuerda y una magulladura debajo de la oreja izquierda causada por el nudo del lazo. En su cuerpo no había más señales que unas magulladuras en los brazos y un hilo de lino prendido entre sus dientes. El forense fue testigo de ello cuando yo exhumé el cadáver en el foso de la ciudad. El forense y el jurado investigaron también la causa de la disputa entre Duket y Crepyn en Cheapside. Creen que fue a propósito de Juana Duket, la hermana de Lorenzo, la cual se dijo que había sido seducida por Crepyn. He interrogado a la citada Juana y creo que la disputa no tuvo nada que ver con ella. El forense llegó a la conclusión de que Duket había sido culpable del asesinato de Ralph Crepyn y que huyó a Santa María Le Bow donde finalmente se suicidó.

¿Acepto yo este veredicto? Si Duket hubiera sobrevivido, hubiera podido hacer dos cosas. Primera, declarar en una sala de justicia, por sí mismo o a través de un abogado, que su ataque contra Crepyn había sido en defensa propia. Si semejante declaración se hubiera aceptado, Duket hubiera sido indultado. Segunda, si Duket no hubiera declarado ante los tribunales o si lo hubiera hecho y su alegación hubiera sido rechazada, hubiera tenido que abjurar del reino, para lo cual hubiera sido preciso que saliera al camino real y, portando una pequeña cruz, echara a andar hasta llegar al puerto más cercano. En este caso el Steelyard o cualquier otro muelle del Támesis, para zarpar rumbo al extranjero. Teniendo en cuenta la riqueza de Duket, tal cosa no hubiera sido demasiado difícil y la misma riqueza le hubiera asegurado un cómodo exilio hasta el momento en que pudiera regresar. Por consiguiente, ¿por qué se suicidó?

Primero, ¿para huir de la cuerda del verdugo? Sin embargo, él se había refugiado en la iglesia y tenía otras posibilidades más agradables, tal como ya he señalado más arriba. Segundo, ¿para evitar ser declarado culpable de la muerte de Ralph Crepyn y correr el riesgo de que todas sus propiedades le fueran confiscadas y pasaran al rey? Sin embargo, primero le hubieran tenido que condenar y, segundo, su único pariente era una hermana con quien apenas se relacionaba. Tercero, ¿perdió la razón y no pudo soportar el remordimiento de lo que había hecho? ¿O acaso temió que los compañeros de Crepyn se vengaran de él? Esta podría ser la explicación más aceptable si yo pudiera demostrar que Crepyn estaba relacionado estrechamente con otras personas, pues parece ser que era un hombre muy solitario, sin familia, amigos ni estrechos colaboradores.

A pesar de todo, yo sigo creyendo que Lorenzo Duket fue asesinado la noche del 13 de enero de 1284 por una persona o unas personas desconocidas. Primero, no puedo aceptar que un hombre que se refugió en una iglesia (y que, por consiguiente, deseaba proteger su vida) decidiera más tarde acabar de una forma tan macabra. Segundo, y más importante, Duket no pudo subirse a la cátedra y atar la cuerda

alrededor de la barra de hierro. He medido el cadáver y he descubierto que era demasiado bajo. No podía alcanzar la barra para atar la cuerda. En resumen, creo que Duket fue asesinado, pero quedan todavía muchas preguntas sin respuesta.

Otrosí: ¿Por qué razón?

Otrosí: ¿Por parte de quién?

Otrosí: ¿Cómo consiguieron entrar en la iglesia y salir de ella sin utilizar la puerta? El sacerdote los hubiera podido dejar entrar, pero hubiera necesitado la colaboración de Duket desde dentro. Además, hubieran tenido que sobornar a la guardia, distraerla o imponerse a ella por la fuerza y no existe la menor prueba en este sentido.

Otrosí: El único otro medio por el que una persona hubiera podido entrar en la iglesia es una puerta lateral que lleva muchos años cerrada, pero no hay la menor prueba de que se abriera. Otro medio hubieran podido ser las ventanas, pero casi todas ellas son demasiado pequeñas. Las más grandes estaban firmemente cerradas y solo se podían abrir desde dentro. Ninguna de las ventanas mostraba la menor señal de haber sido forzada. No existe la menor prueba de que alguien entrara en secreto en la iglesia.

Otrosí: Si una persona o personas desconocidas hubieran entrado en la iglesia, sus movimientos hubieran llamado la atención de la guardia. Duket hubiera opuesto resistencia y hubiera pedido socorro y no se hubiera enfrentado a la muerte tan sumisamente como un cordero llevado al matadero.

Otrosí: ¿qué eran los hilos de seda negra todavía enredados en el lazo y el trozo de lino apresado entre los dientes de Duket y quién fue el causante de las magulladuras que Duket presentaba en los brazos?

Corbett terminó su informe y lo volvió a leer, estudiando cuidadosamente las conclusiones. La clara imagen que había construido semanas atrás seguía siendo la misma: Duket había sido asesinado, pero él apenas había hecho progresos y no sabía ni cómo ni por quién ni por qué motivo. Estaba examinando el manuscrito cuando le sobresaltó un fuerte ruido en la escalera del exterior. Se abrió la puerta de par en par y Ranulfo irrumpió en la estancia sin resuello.

—No me extraña —comentó irónicamente Corbett— que tuvieras tan poco éxito allanando moradas. ¡Eres tan delicado como un caballo de guerra cargando contra el enemigo!

Con el rostro arrebolado y casi sin respiración, Ranulfo se disculpó y, dejando los suministros que había comprado a los pies de la cama de Corbett, se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la pared para descansar.

Corbett le estudió un momento en silencio.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó al final.

Ranulfo asintió con la cabeza.

—Pues sí, he entrado tanto en la casa de Duket como en la de Crepyn. Ambas

están vacías y despojadas de todo, ¡si no por los albaceas, por los ladrones que siempre vigilan esos edificios para echarles después un vistazo! En la casa de Duket no había absolutamente nada y en la de Crepyn solo he encontrado esto.

Ranulfo sacó de su bolsa un manchado y arrugado trozo de pergamino y se lo entregó a Corbett, el cual lo estudió con sumo cuidado. El dibujo estaba muy claro, un tosco y sencillo pentágono bajo un arco y una fecha como las que se solían poner al final de una carta, «30 de abril de 1283». Casi un año atrás. Corbett arrojó el trozo de pergamino a su espalda.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—¿Que si eso es todo decís? —exclamó Ranulfo, mirándole enfurecido—. Me juego el cuello entrando en las casas, ¿y para qué? ¡Un sucio trozo de pergamino que vos habéis desechado inmediatamente!

—No, hombre, si yo te lo agradezco —dijo Corbett sonriendo—. Toma —añadió, entregándole unas cuantas monedas—, quiero que te compres algo para comer y que, al mismo tiempo, averigües una cosa —levantó una mano para acallar las esperadas protestas de Ranulfo—. Se trata de algo no tan peligroso como lo otro, pero mucho más importante. ¿Tú dices que conoces la mala vida? —Vio la mirada de extrañeza de Ranulfo—. Me refiero a los criminales de esta ciudad —explicó.

Ranulfo asintió con la cabeza, mirando con recelo al extraño escribano.

—Muy bien —añadió Corbett—, pues, en tal caso, me gustaría que averiguaras dos cosas. Primero, hace unas cuantas noches, dos asesinos a sueldo intentaron matarme a dos pasos de esta casa. No eran unos «mozos rugientes» ni unos bravucones de la calle sino, tal como ya he dicho, unos sicarios especialmente contratados. Me gustaría que averiguaras quién les contrató y por qué. Segundo, mi joven amigo, si yo me sintiera atraído —Corbett miró con el rostro muy serio a Ranulfo—, si yo me sintiera atraído, repito, cosa que no es así, por los hombres y los mozos, ¿a qué lugar de la ciudad tendría que ir?

Corbett observó con sereno regocijo la atemorizada expresión del rostro de Ranulfo.

—No te preocupes —le dijo suavemente—, no tengo tales inclinaciones y, aunque las tuviera, ¡tú no tendrías ningún motivo para preocuparte!

—Yo no estoy preocupado —replicó Ranulfo casi a gritos—, es que tengo miedo. ¿Qué será de mí si me pillan en semejante lugar? ¡Si la Iglesia no me quema, puede que lo hagan mis amigos y yo no quiero convertirme en el hazmerreír de todas las callejuelas de la ciudad! —añadió, mirando enfurecido a Corbett, el cual le dirigió una comprensiva sonrisa.

—Confío en ti, Ranulfo —le dijo, mirando hacia la puerta—. ¡Y ahora será mejor que te vayas!

El joven hizo una mueca, se levantó del suelo y se encaminó hacia la puerta.

—Por cierto, Ranulfo —le preguntó Corbett—, ¿cómo lo hiciste para entrar en las casas? ¿Ibas descalzo?

El antiguo allanador de moradas le miró con una sonrisa.

—Sois un poco lerdo en algunas cosas —contestó—. Utilizamos trapos atados alrededor de las botas para amortiguar el sonido. ¡Lo sabe todo el mundo!

—Menos yo —dijo Corbett, sonriendo—. Bueno, ¡ahora será mejor que te vayas!

Ranulfo bajó cuidadosamente los peldaños de la escalera, soltando maldiciones mientras pensaba en las extrañas costumbres de maese Corbett. A su espalda oyó las suaves y tristes notas de una flauta que hablaba de sueños irremisiblemente perdidos o destrozados.

## CAPÍTULO XII

Ranulfo no regresó aquel día ni a la mañana siguiente cuando Corbett, lavado, rasurado y vestido con sus mejores galas, se fue a ver a Alicia a La Mitra. Temió no encontrarla, pero allí estaba ella, fresca como una mañana de mayo, con un vestido azul oscuro, una cadena de cobre ciñéndole el fino talle y un sencillo collar de oro alrededor de la garganta. Su cabello era tan suave como la seda y estaba delicadamente perfumado cuando le arrojó los brazos al cuello y comprimió el sinuoso cuerpo contra el suyo. Corbett se alegró de no ver por allí la amenazadora presencia de Pedro y hubiera querido subir con ella al piso de arriba, pero Alicia protestó recatadamente, señalando que estaba muy ocupada y no era el momento más adecuado. Él aceptó sus excusas y se sentó en la cocina donde ella le sirvió vino y dulces y no paró de hablar, mientras rechazaba sus ávidas manos y sus preguntas y le hacía preguntas acerca de la marcha de sus investigaciones. Al ver que él hacía una mueca y hundía el rostro en la copa de vino, se echó a reír.

—¡Me han dicho que tienes un guardaespaldas —dijo Alicia, haciendo un mohín—. ¿Tengo que estar celosa?

Corbett la miró, soltando una carcajada.

—No creo, es un simple muchacho —contestó—. Un mensajero y recadero.

Alicia sonrió y cambió de tema. Corbett la estudió mientras iba de un lado para otro de la cocina e intuyó en ella, a pesar de su aparente felicidad y su forzada alegría, una fuerte tensión. Estaba también turbado y perplejo por algo que ella había dicho u omitido, pero no lograba recordar qué era. Al final, decidió marcharse. Estaba claro que Alicia no tenía tiempo para él y que su presencia la molestaba. Se levantó, la abrazó apasionadamente y abandonó la taberna, saliendo a la soleada calle de Cheapside.

Inquieto y presa de una honda inquietud, bajó por Cheapside hasta llegar a la casa de su banquero, el orfebre, en el llamado Gallinero. La tienda estaba abierta al público y en el tenderete del exterior se exhibía un variado surtido de objetos. Los aprendices iban de un lado para otro, acompañando a los mejores clientes al interior de la tienda para mostrarles las piezas más valiosas mientras los demás vigilaban a los más modestos. El orfebre estaba dentro, pero salió cuando Corbett le transmitió un mensaje a través de uno de los aprendices. Parecía preocupado y se mostraba un tanto evasivo.

—¿Queréis verme, maese Corbett? —preguntó.

—Sí y además necesito cierta información, maese orfebre.

Guisars miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie hubiera escuchado las palabras de Corbett y le hizo señas de que entrara en la tienda.

—¿De qué se trata? —preguntó en voz baja—. ¿Qué es lo que deseáis?

Corbett clavó la mirada en los atemorizados ojos del orfebre.

—Duket. Crepyn.

Guisars apartó los ojos.

—Crepyn era un conocido miembro del grupo de los populares —contestó muy despacio—. Era el custodio de las arcas del grupo y a menudo nos pedía dinero. Dinero a cambio de la protección de nuestras casas. Algunos pagaban, pero muchos no. Es posible que Duket se negara a pagar.

—Pero fue a Crepyn a quien asesinaron —señaló Corbett.

—¿De veras, maese escribano? —replicó con aspereza el orfebre—. Crepyn se merecía lo que le pasó, pero ¿suicidarse Duket? —Guisars sacudió la cabeza—. ¡Jamás! —afirmó rotundamente.

—¿Hay algo más? —pregunto Corbett muy despacio.

El orfebre volvió a sacudir la cabeza y le suplicó con los ojos que se fuera.

Ya era tarde cuando Corbett regresó a su casa y encontró a un sucio y agotado Ranulfo, durmiendo en el suelo envuelto en su capa. Corbett le dejó dormir un poco más mientras él se tendía en su cama, recordando el encantador cuerpo de Alicia y el largo cabello negro que se derramaba a su alrededor como un velo. No sabía cómo acallar la inquietud de su corazón.

Ranulfo bostezó, se despertó, y empezó a rascarse, mirando a Corbett con sus hinchados y soñolientos ojos.

—Maese escribano —dijo el chico, bostezando y desperezándose para sacudirse la modorra de encima—. Maese Corbett —añadió en tono apremiante—. Debéis tener mucho cuidado. ¡No salgáis solo por las calles tal como habéis hecho hoy!

—¡Dime por qué, Ranulfo! ¡Dímelo ahora mismo!

—¿Habéis sabido algo del Pentágono? —preguntó Ranulfo.

—No, nada, solo el dibujo del pergamino que tú encontraste hace un día en casa de Crepyn. ¿Por qué?

—Es poco lo que sé —contestó Ranulfo—, pero hay aquí en Londres una sociedad secreta que hace negra... mmm... negra.

—¿Magia negra?

—Sí, eso es. Hay muchos aquí en Londres. Por regla general, suelen ser unos cuantos chiflados, pero eso es distinto. Es una sociedad muy secreta y poderosa. ¡Los manda uno al que llaman «el Encapuchado»! —dijo Ranulfo, mirando tristemente a Corbett—. Sea como fuere, los que la otra noche os atacaron, los asesinos que estuvieron a punto de acabar con vuestra vida, fueron contratados por ellos. Tuvisteis mucha suerte. El hecho de que no solo os librárais del peligro sino de que, encima, matarais a uno de ellos, ha despertado un gran revuelo en eso que vos llamáis la frat... no sé qué criminal...

—¡La fraternidad! —le interrumpió Corbett con impaciencia.

—Eso, la fr... la fraternidad. Bueno pues, el caso es que pueden volver a intentarlo.

Ranulfo miró inquisitivamente a su amo como si esperara ver en su rostro una expresión de temor e incluso de terror y, al ver que no era así, se asombró en su fuero

interno de su entereza. Ranulfo no tenía la menor duda acerca de lo que él hubiera hecho de haberse encontrado en la situación de Corbett: un rápido viaje a los muelles para comprar un pasaje todavía más rápido al extranjero.

Sin embargo, la ecuanimidad de Corbett era solo superficial. Tenía más miedo del que jamás hubiera tenido en medio del ardor de las batallas de Gales. Los asesinos le estaban pisando los talones, allí mismo en Londres y podían abatirse sobre él en cualquier momento y él lo sabía. Miró a Ranulfo.

—¿Y los otros asuntos? —le preguntó.

—Mucho mejor —contestó Ranulfo—. Hay varios lugares, generalmente fuera de las murallas de la ciudad. Encontré unos cuantos, pero uno, en particular, al que solía acudir Duket. Está claro que le gustaban los mozos y su preferido trabaja allí. ¿Queréis que vayamos esta noche?

Corbett sacudió la cabeza.

—No, vuelve a dormir —le ordenó en tono cansado.

Después apagó la vela y se envolvió en su camisa como un chiquillo asustado, meditando acerca de las angustiosas pesadillas que lo rodeaban.

A la mañana siguiente, exhausto a causa del agitado sueño de aquella noche, Corbett le dio a Ranulfo un mensaje para que se lo comunicara de palabra a Burnell y se lo hizo repetir varias veces hasta que se lo aprendió de memoria. Después bajó a la calle. Ranulfo salió primero y, cuando él estaba a punto de salir, el chico lo empujó bruscamente hacia adentro, dejándole tendido en el suelo del zaguán mientras la puerta se cerraba de golpe. Corbett oyó toda una serie de sordos ruidos contra la puerta, desenvainó la daga y esperó. Después oyó gritar a Ranulfo, la puerta se abrió de nuevo y Ranulfo volvió a entrar en la casa.

—Pero, en nombre de Dios, muchacho, ¿qué es lo que ocurre? —le preguntó Corbett a gritos.

Ranulfo se encogió de hombros, abrió la puerta y le señaló unas temibles flechas de ballesta profundamente clavadas en la madera.

—Los vi allí arriba en el tejado de una casa en el punto en que se inclina para juntarse con el edificio de al lado —contestó Ranulfo—. No sé por qué miré. Oí un ruido y levanté la vista. Tenían el sol de espalda y apenas les podía ver, pero vi las ballestas y entonces os empujé hacia adentro y me tiré al suelo. —El joven se miró la túnica manchada de barro—. ¡No entiendo vuestra manía con la limpieza!

Corbett sonrió ante el patético intento del chico de tranquilizarle con sus bromas. De pronto, se sintió profundamente cansado de su tarea y suspiró de alivio, pensando en la muerte de la que solo por un pelo se acababa de librar. Se sentó con la espalda encorvada en un peldaño, sosteniéndose la cabeza con las manos mientras Ranulfo le miraba sin saber qué hacen Corbett tampoco lo sabía. Tendría que abandonar la calle del Támesis para salvar el pellejo. ¡Ellos, los del Pentágono o comoquiera que se llamaran, lo querían muerto! Sabían dónde estaba y dos veces lo habían atacado. Pensó en la posibilidad de pedirle cobijo a Alicia, pero su casa estaba demasiado

cerca y hubiera podido poner en peligro su vida. Burnell lo estaba obligando a correr aquel riesgo y él tendría que ayudarlo. Miró a Ranulfo y le vio todavía esperando.

—Sube arriba —le dijo—. Encontrarás unas alforjas detrás del arca. Introduce en ellas el contenido del arca y cualquier otra cosa que a tu juicio podamos necesitar. Yo arreglaré las cuentas con la dueña de la casa.

Mientras Ranulfo subía corriendo a la buhardilla, Corbett fue a ver a la dueña, le explicó que estaría ausente y le pagó el alquiler. No le dijo adonde iban él y Ranulfo, pero le rogó que guardara cualquier mensaje que enviaran a la casa. La mujer le miró con inquietud, pero, al ver la expresión de su rostro, se abstuvo de hacerle preguntas, se encogió de hombros y aceptó su explicación. Corbett se fue, sonriendo para sus adentros al pensar en la cara que pondría la señora cuando encontrara dos flechas de ballesta clavadas en su puerta. Pisó la calle muy nervioso, pero vio que estaba desierta; lo mismo que los tejados de las casas circundantes que habían proporcionado a sus asesinos una ruta de huida perfecta. Ranulfo le estaba esperando con las abultadas alforjas. Corbett le hizo repetir el mensaje que le había dado anteriormente y añadió unas cuantas palabras más que Ranulfo, con los ojos cerrados y el rostro contraído en una mueca de concentración, repitió fielmente a su entera satisfacción.

Al final de la calle del Támesis ambos se separaron, Ranulfo para dirigirse al río y a Westminster y Corbett para ir a Cheapside y Santa María Le Bow. A pesar de su cansancio, Corbett decidió ir a pie para que el fresco aire de la mañana lo despejara. Se encontraba mejor y se sentía más seguro de sí mismo y estaba furioso contra los asesinos secretos que seguían sus pasos por las calles. Ahora procuraba acercarse a los grupos de gente, sabiendo que era más vulnerable cuando estaba aislado en algún lugar solitario. Quería regresar a Santa María Le Bow, pues era allí donde habían comenzado todos los males. Los que habían intentado matarle querían impedir que siguiera investigando la muerte de Duket. Por consiguiente, para evitar que lo mataran a él, tenía que resolver los misterios de la muerte de aquel hombre. Además, por una extraña razón, presentía que estaría más seguro en la iglesia o cerca de ella. Sus atacantes habían asesinado a Duket, pero se guardarían mucho de cometer un crimen parecido en el mismo lugar, pues semejante acto haría que todo el poder de la Corona y la Iglesia se abatiera sobre ellos.

La idea lo consoló mientras empujaba la verja del cementerio cuajado de malas hierbas y se dirigía al pórtico principal del templo. Al encontrarlo cerrado, se dirigió a la casa del clérigo y aporreó la puerta. Le abrió el párroco y, al ver la expresión de asombro de su enjuto rostro, comprendió que aquel hombre deseaba su muerte. La furia le subió por la garganta como si fuera bilis y tuvo que hacer un esfuerzo para no hablarle a gritos.

—Padre —le dijo—, necesito las llaves de la iglesia.

El cura, aturdido y preocupado, contestó que abriría enseguida, pero Corbett alargó la mano y chasqueó los dedos, dándole a entender que le tendría que entregar

las llaves a él. Bellet las sacó nerviosamente del cordel que colgaba de su cinto, Corbett las tomó y, dando media vuelta, se encaminó hacia la iglesia.

Una vez dentro, empezó a buscar la posible existencia de entradas, puertas o pasadizos secretos. Aunque se encontrara en la Casa de Dios, él no dejó nada por registrar. Probó a abrir una puerta lateral y se dio cuenta de que llevaba muchos años bloqueada. Examinó los muros y las ventanas e introdujo la hoja de la daga entre las baldosas de piedra arenisca del suelo. Al no encontrar nada, se dirigió al presbiterio, haciendo caso omiso de las protestas del cura que le había seguido, y empezó a mirar debajo y detrás del altar. Bajó a la oscura y húmeda cripta, examinó el pavimento, los muros y las gruesas columnas, pero no observó nada que le llamara la atención. Cansado, salió de la iglesia y recorrió su perímetro, buscando alguna señal de forzamiento de alguna entrada. No había ninguna. No se veía la menor alteración ni en los rosales silvestres, ni en las zarzas, ni en las malas hierbas, excepto bajo un ventanuco, donde Corbett descubrió unos jirones de tejido colgando de un espino. Los tomó y los frotó entre sus dedos. Podían proceder de cualquier sitio y, tal como señalaba en su informe, por aquella ventana solo hubiera podido pasar un muchacho y únicamente con el permiso de Duket. Corbett se guardó los fragmentos de tejido en la bolsa y regresó al pórtico principal de la iglesia donde le esperaba el párroco.

Bellet había recuperado la compostura y le estaba mirando con una relamida expresión ligeramente irónica. No se atrevió a decir «Ya os lo dije,» pero lo proclamaba claramente con su actitud y su porte. El escribano estaba a punto de marcharse cuando recordó algo que había visto al pasar por el cementerio de la iglesia.

—¿Y el cementerio? —preguntó—. Tiene muchos sepulcros nuevos a juzgar por los montículos de tierra recién removida.

—Un mal invierno provoca muchas muertes —contesto el cura, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué? ¿Acaso queréis examinarlas?

Corbett no contestó a la provocación, inclinó levemente la cabeza y abandonó la iglesia para salir a Cheapside.

Se reunió con Ranulfo en el lugar convenido, una taberna situada en la esquina entre las calles Walbrook y Candlewick. El antiguo allanador de moradas estaba ocupado comiéndose con los ojos a todas las mujeres que pasaban, por lo que, cuando llegó Corbett, este tuvo dificultades para conseguir que se concentrara y le facilitara toda la información que tuviera. Sorprendentemente, Burnell había recibido a Ranulfo de inmediato y le había dicho que volviera aquella tarde en compañía de su amo.

—¿Te dijo alguna otra cosa?

Ranulfo sacudió la cabeza y hundió el rostro en la jarra de cerveza.

—No —contesto—, me dijo tan solo que, cuando fuerais a verle, tendría algo para vos. Ah, también dijo que deberíais dejar la calle del Támesis e ir a vivir a la Torre.

Corbett soltó un gruñido en su fuero interno, comprendiendo, sin embargo, que el canciller tenía razón. No podía permanecer en un lugar de la ciudad en el que era tan vulnerable y en el que a veces intuía que lo seguían y vigilaban, pero, cuando miraba a su alrededor, no veía a nadie y entonces desechaba sus sospechas, considerándolas un producto de su mente febril.

Con aire cansado, le dijo a Ranulfo que se levantara, se cercioró de que llevara todavía las alforjas, salió con él de la taberna y, al pasar por la iglesia de San Esteban, bajó por Walbrook. Era el lugar donde los curtidores hacían su trabajo, utilizando toneles, tijeras, cuchillos e hilos. Las pieles de los animales se fijaban a unos armazones de madera en el exterior de las tiendas o al lado de los tenderetes mientras los curtidores rascaban con un cuchillo la grasa seca de la parte interior de las pieles antes de ponerlas en remojo en un tonel de agua. En otro lugar las pieles se curtían y se cosían formando unas piezas rectangulares de un tamaño determinado.

Corbett lo observó, tratando de distraerse y de calmar sus nervios a flor de piel. Hubiera querido rascar las mentiras y forjar la verdad a partir de los muchos engaños que había descubierto. ¿Obtendría finalmente un producto terminado o seguiría debatiéndose en un mar de dudas hasta que los asesinos acabaran con él o Burnell le despidiera ignominiosamente de su tarea? Si pudiera averiguar por qué razón Duket había apuñalado a Crepyn. Si pudiera descubrir cómo habían entrado los asesinos; tenían que haber sido más de uno, habían entrado en la iglesia y habían huido de ella. Pero había otra cosa. ¿Por qué se mostraba Bellet tan confiado? ¿Por qué tenía siempre la impresión de que el cura le estaba esperando y de que incluso había adivinado que estaba dando tumbos en la oscuridad, puesto allí como el bufón de una farsa para la pacífica diversión de los espectadores?

## CAPÍTULO XIII

Corbett aún estaba tratando de resolver el enigma, hablando casi en voz alta y discutiendo consigo mismo, cuando terminó el largo paseo y él y Ranulfo llegaron a la calle del Puente que bajaba hacia el río, la puerta fortificada y la mole del puente de Londres. Sin embargo, no se dirigieron al puente sino que giraron a una callejuela que conducía al río donde alquilaron una barca para dirigirse a Westminster. A Corbett no le hacía demasiada gracia aquella reunión con el canciller y hubiera preferido regresar a La Mitra y a los cálidos y consoladores abrazos de Alicia y terminar de una vez por todas con aquel desdichado asunto.

Bajó de la barca como un sonámbulo y siguió el conocido camino del palacio, envidiando a los escribanos que trabajaban tranquilamente en sus gabinetes o iban de un lado para otro, resolviendo importantes cuestiones. Llegó a la sala de Burnell y, respirando hondo, le pidió al escribano que había junto a la puerta que le anunciara. El hombre entró y volvió a salir en compañía del presuntuoso Huberto, el cual miró a Ranulfo casi con una burlona sonrisa de desprecio y arrojó a las manos de Corbett una bolsa de cuero de la Cancillería.

—El señor canciller ha tenido que ir a reunirse con el rey en Oxford —explicó—. Me ha pedido que os entregue esto y esta orden —añadió, alargando una orden sellada. Huberto miró enfurecido a Corbett—. Bueno —dijo bruscamente—, ¿no vais a abrir las cartas?

Corbett sonrió, comprendiendo que Huberto ignoraba el contenido del documento y seguramente ardía en deseos de conocerlo.

—No —contestó—, ¡el señor canciller me dio instrucciones precisas de no abrirlas en presencia de ningún escribano fisgón!

Dicho lo cual, dio media vuelta y salió del palacio, dejando a Huberto clavado en el suelo como si hubiera sufrido un ataque de apoplejía mientras Ranulfo trotaba a su espalda. Sin interrumpir el paso, Corbett abrió el documento y descubrió que era una simple autorización para residir en la Torre, con derecho a entrar y salir siempre que quisiera.

Ranulfo gruñía a su espalda, agobiado por el peso de las alforjas, cansado de todos aquellos paseos y sin saber dónde dormiría aquella noche. A pesar de las flechas de ballesta, hubiera preferido regresar a la calle del Támesis. Pensó en la señora de la casa y se estremeció de placer. Era arrogante y malhumorada, pero él había visto cómo le miraba y sabía que hubiera podido poseerla. Aunque fuera la esposa de un gran mercader, con sus opulentas caderas y sus medias sujetas con jarreteras, en un lecho de plumas él la hubiera hecho feliz. Sin embargo, no podría ser de momento, pensó mientras seguía a su inescrutable amo hasta una barca y este le ordenaba al barquero que los llevara al muelle de la Torre.

A pesar de su malhumor, Ranulfo decidió disfrutar del viaje, intercambiándose descarados insultos con el barquero mientras Corbett contemplaba el agua con aire

ensimismado y meditabundo. La barca se cruzó con el *Castillo de Banyards*, el *Steelyard* y otras embarcaciones grandes y pequeñas que navegaban por el río. Al final, aceleró al pasar bajo el puente de Londres, con sus nueve ojos protegidos por tajamares, unas estructuras de madera en forma de embarcación, los cuales impedían que los barcos se golpearan contra los duros arcos de piedra. Después pasaron por delante del muelle de Botolph, Billingsgate y el Wool Quarry hasta llegar a la imponente mole de piedra de la Torre.

El impresionante anillo de murallas, fortalezas y torres dominaba el extremo sudoriental de la capital y tanto Corbett como Ranulfo se quedaron boquiabiertos de asombro cuando cruzaron el foso, pasaron por sucesivas torres, muchas de ellas en fase de reconstrucción, y entraron en el recinto interior que rodeaba la cuadrada torre central del homenaje o Torre Blanca. Corbett y Ranulfo tenían que detenerse en cada puerta, pero la orden de Burnell les franqueaba inmediatamente el paso. Una vez allí, un corpulento oficial de la guarnición, originario del condado de York, les dijo que aguardaran mientras él iba en busca del condestable sir Eduardo Swynnerton. Tardó un rato y ambos aprovecharon para echar un vistazo a su alrededor en medio del intenso frío. La muralla que rodeaba la Torre Blanca no mostraba la menor actividad, pero Corbett observó que las obras se reanudarían en primavera. Había ladrillos amontonados alrededor de los enormes hornos en los que se cocían; arena y grava esparcidas por el suelo y sólidas vigas de madera de roble formando asimétricos montones. La Torre era en sí misma casi una pequeña ciudad alrededor de cuyas murallas se alineaban las cuadras de madera, un palomar, varias cocinas abiertas por un lado, graneros y gallineros. A un extremo había un pequeño huerto sin árboles y en otro, más cerca de la entrada principal, se levantaban las casas de madera y argamasa de los oficiales de la Torre. Mientras Corbett se dirigía al lugar donde Ranulfo estaba contemplando una abandonada catapulta, un alto y austero personaje de cabello plateado se acercó envuelto en una gruesa capa militar y se presentó como sir Eduardo Swynnerton, condestable de la Torre. Corbett se presentó a sí mismo y presentó a Ranulfo, le mostró la orden del canciller y le explicó brevemente por qué razón se encontraba allí. El condestable miró con dureza a Corbett y pareció que iba a protestar, pero después se rascó la canosa cabeza y llamó a un guardia para que acompañara a Corbett y a Ranulfo a una sencilla cámara de la Torre Blanca.

Una vez allí, Ranulfo, cansado de tanto andar, se acurrucó sobre su colchón de paja y se quedó dormido mientras Corbett encendía dos velas para leer el informe que Burnell le había dejado en la bolsa de cuero de la Cancillería. Estaba escrito de puño y letra del canciller.

Roberto Burnell, obispo de Bath y de Wells y canciller de Inglaterra, a nuestro fiel y bien amado escribano Hugo Corbett, saluciones. He leído vuestra carta y he tomado nota de su contenido. Creo que esta respuesta y la información que contiene os será útil.

Otrosí: el dibujo del Pentágono hallado en la casa de Ralph Crepyn (¡no os vamos a preguntar cómo lo conseguisteis!) no me es desconocido. El pentágono es un signo utilizado en la magia y las artes negras. El Mago o la Bruja lo suelen dibujar en el suelo o sobre la mesa como símbolo de protección cuando conjuran a Satanás o cualquier otro poder diabólico. Pero, por supuesto, una cosa es conjurar a las potencias del reino demoníaco y otra que estas se presenten realmente. Pese a ello, quienes practican las artes negras y la magia constituyen una amenaza para la Santa Madre Iglesia y, al hacerlo así, se convierten en una amenaza todavía mayor para la seguridad y estabilidad del trono. No cabe duda de que entre los miembros del Pentágono figuran muchos radicales que todavía defienden las ideas del difunto De Montfort.

Otrosí: El padre de Simón de Montfort era un cruzado y combatió por la Cruz en Palestina y otras tierras de Ultramar. De Montfort también encabezó cruzadas contra los albigenses en el sur de Francia, cuyas prácticas heréticas se consideraban secretas y estrechamente relacionadas con la nigromancia y la brujería. ¡Os lo digo simplemente para establecer una distinción entre la rebelión y aquellos que practican la magia negra bajo el nombre de «el Pentágono»! Aunque los De Montfort fueron unos valerosos cruzados, no cabe duda de que también pudieron contaminarse precisamente con las enfermedades que trataban de combatir.

Una de dichas enfermedades era el culto de los Asesinos, los cuales pertenecían a una secta secreta musulmana cuyo centro radica en la inexpugnable fortaleza de Alamut, en el valle de Kazvim de Persia. Están gobernados por su caudillo, el Misterioso y Siniestro Hombre de las Montañas, el cual domina sobre toda una cadena de plazas fuertes en toda Persia e incluso en Tierra Santa. Está al mando de un núcleo de fieles seguidores que asesinan a traición. Parece ser que la familia De Montfort entró en contacto con ese culto y cabe la posibilidad de que adoptara algunas de sus prácticas. El asesinato de un rey ungido por parte de los adeptos a la magia negra no es ninguna novedad en Inglaterra, tal como vos sabéis. Se dice que Guillermo Rufo murió a sus manos en el Bosque Nuevo; puede que Ricardo I fuera también su víctima y otros intentos frustrados se cometieron contra la persona del difunto Enrique III, el padre del rey actual.

Es indudable que los De Montfort utilizaron tales métodos. A la muerte de Simón de Montfort acaecida hace casi treinta años, su hijo Guido huyó al extranjero. Puede que no sea una coincidencia el hecho de que, durante la participación de nuestro rey actual en una cruzada en Palestina, un asesino tratara de matarle en su propia tienda mediante una daga envenenada. El rey pudo salvarse gracias a la rápida y solícita intervención de su esposa y de los médicos. En su camino hacia Palestina, Enrique de Alemania, primo de nuestro rey, visitó Palermo en Sicilia y asistió a misa en su iglesia catedral el 13 de marzo de 1271. Guido de Montfort, hijo de Simón, despreciando la santidad de la ocasión y el lugar, apuñaló de muerte a Enrique delante del altar mayor.

Otrosí: La fecha del 30 de abril de 1283 es significativa solo porque se trata de una de las grandes festividades de los seguidores del culto satánico y probablemente el día en que el Pentágono se reunió. El trozo de pergamino debía de pertenecer al documento en que se convocaba la reunión. El factor más importante es saber quién lo envió. ¿Quién es el que en esta ciudad personifica y representa las tradiciones de De Montfort y Fitz-Osbert?

Otrosí: Resumiendo toda esta enredada maraña, cabe señalar que los adeptos a las doctrinas de De Montfort y Fitz-Osbert siguen actuando en la ciudad y promoviendo la rebelión y las intrigas de asesinato contra el rey y los miembros de su consejo. Son fieles a los ideales de sus maestros y están dispuestos a extenderlos por medio de prácticas tales como el asesinato y la magia negra. Son los miembros del Pentágono y yo os exhorto a no desdeñarlos como unos locos inofensivos, pues suponen una grave amenaza y su traición es todavía peor que la de sus difuntos maestros.

Corbett estudió el manuscrito, lo arrojó al suelo y se arrebujó en su capa. No tenía ninguna razón para despreciar la advertencia de Burnell. Aquellos asesinos que había mencionado el canciller le estaban persiguiendo con la firme intención de matarle. Contempló los gruesos muros de granito de la cámara de la Torre y, a pesar del frío y la escualidez, se sintió lo bastante seguro y protegido como para sumirse en un profundo sueño sin sueños.

## CAPÍTULO XIV

Pocas horas después, un criado despertó a Corbett y Ranulfo para servirles carne estofada con verduras y dos jarras de una cerveza un tanto aguada. Ranulfo refunfuñó, pero se lo comió todo con tanta avidez como si fuera la última comida de su vida mientras contestaba a las preguntas de Corbett con la boca llena, quitándole a este las ganas de comer. En cuanto Ranulfo terminó, Corbett mandó llamar a Swynnerton y le pidió caballos y una escolta militar para trasladarse a la ciudad, no tanto porque temiera un ataque cuanto para que no les detuviera la guardia por quebrantar el toque de queda. Solo podían viajar de noche los que hubieran sido autorizados para ello, llevando una antorcha encendida, pero Corbett no deseaba en modo alguno proclamar su misión a los cuatro vientos.

Cuando todo estuvo listo, Corbett y Ranulfo, con la cabeza cubierta por la capucha de la capa y precedidos por un soldado, salieron por una poterna de la Torre y, teniendo a su izquierda la vieja muralla de la ciudad, se dirigieron al norte hacia la calle Aldgate. El viaje fue tranquilo, pero muy frío. Cuando llegaron a la taberna indicada por Ranulfo, el guardia de la Torre se alegró de poder dar media vuelta con su caballo y dejarles en la puerta del Mirlo, una espaciosa posada que ya parecía haber cerrado sus puertas.

Corbett y Ranulfo esperaron ocultos entre las sombras a cierta distancia de la taberna hasta que el soldado que les había acompañado dobló la esquina. Entonces Ranulfo acompañó a Corbett a una callejuela que discurría por la parte lateral de la taberna y llamó suavemente a una puerta. Lo repitió cuatro veces, siguiendo una pauta previamente acordada. Los pestillos del interior se descorrieron, la puerta se entreabrió, Ranulfo entregó las dos monedas de oro que Corbett le había dado y la puerta se abrió del todo.

Dentro estaba oscuro como la pez. Corbett solo podía distinguir vagamente la figura del portero y ya empezaba a preguntarse qué iba a hacer a continuación cuando vio un rayo de luz en el suelo y, poco a poco, se abrió una trampa y una voz les invitó a él y a Ranulfo a bajar por una escala de mano. Bajó primero Ranulfo y Corbett le siguió, asombrándose de lo que estaba viendo y escuchando. La taberna tenía un amplio sótano a salvo de las miradas indiscretas y del resto del mundo. La estancia estaba muy bien iluminada por unas antorchas colocadas en unos candelabros de pared de hierro y en las distintas mesas ardían velas de cera pura de abeja. A primera vista, parecía una taberna corriente, pero sin ventanas. El aire penetraba por unas pequeñas rejillas del techo y al fondo de la estancia había una especie de cañón de chimenea que debía de servir como ruta de huida en caso de que aparecieran de repente los representantes de la autoridad. Las paredes encaladas estaban cubiertas de frescos y semejante detalle constituía una primera indicación de que aquello era algo más que una taberna.

Los frescos mostraban escenas de hombres y muchachos desnudos, entregados a

la práctica de deportes tales como el lanzamiento de jabalina, la lucha o las carreras o bien recostados en unos lechos con coronas de arrayán en la cabeza y copas rebosantes de purpúreo vino en la mano. A pesar de la escasa iluminación, Corbett se maravilló ante el crudo realismo de las pinturas y miró con aire expectante a su alrededor. Había muy poca gente y, al igual que habían hecho él y Ranulfo, todo el mundo se cubría con capuchas y capas para ocultar su identidad. Los presentes conversaban en voz baja o hablaban en susurros con los muchachos que les servían vino o cerveza de unos grandes toneles alineados al fondo de la estancia. Los muchachos debían de haber sido escogidos por su buena presencia, lucían unos ajustados pantalones multicolores y unas cortas chaquetillas y se movían entre las mesas contoneando las caderas y agitando su rizado cabello como si fueran chicas.

Corbett notó que Ranulfo le tiraba de la manga y se dio cuenta de que se había quedado allí plantado como un pasmarote mientras otros invitados bajaban por la escala de mano y pasaban por su lado. Siguió a Ranulfo hasta un pequeño hueco abierto en la pared y le pidió vino a un chico que miró sonriendo a Ranulfo y le lanzó insinuantes miradas antes de retirarse. Corbett no podía creer lo que estaba viendo. Había oído hablar de aquellos locales, pero jamás había visto ninguno. A primera vista, era una taberna clandestina como cualquier otra, pero, en realidad, se trataba de un burdel masculino en el que todos los clientes corrían grandes riesgos en caso de que los descubrieran, pues no solo se exponían a la humillación pública sino también a una lenta y dolorosa muerte. Por eso se reunían en secreto y procuraban comportarse con el mayor sigilo posible.

Ranulfo parecía más tranquilo, pues estaba acostumbrado a vivir fuera de la ley y a utilizar diariamente su ingenio contra el orden establecido de la sociedad. Cuando les sirvieron el vino, Ranulfo asió al criado de la manga y le susurró un nombre. El chico le miró enfurecido, hizo una mueca, tomó las monedas que Corbett había depositado sobre la mesa y se retiró. Poco después apareció otro chico y se sentó en un escabel delante de ellos. Era rubio como el maíz y tenía una cara muy femenina en forma de corazón, con largas pestañas, pálidas mejillas y unos pequeños labios muy rojos. A pesar de su aparente jovialidad, Corbett adivinó un profundo temor en los pintados ojos del chico y se compadeció de aquel devastado rostro de dieciséis o diecisiete veranos y de la infinita tristeza de su mirada.

—Soy Simón —dijo el chico, hablando en tono afectado—. Me han dicho que queréis hablar conmigo.

Corbett se inclinó hacia él.

—No —contestó en voz baja—, ¡pero Lorenzo Duket sí quería!

En los ojos del chico se dibujó un terror casi tangible. Hizo ademán de levantarse, pero Corbett lo sujetó fuertemente por el brazo y le explicó que era amigo de Duket y no quería causarle ningún daño.

—¿Qué le ocurrió a Duket? —le preguntó Corbett en un susurro—. ¿Por qué murió? Lo asesinaron, ¿no es cierto? Dímelo, te lo ruego. Yo te puedo proteger y

llevar a sus asesinos ante la justicia.

Simón miró a Corbett, mordiéndose el labio inferior y parpadeando para que no se le escaparan las lágrimas. Fue a decir algo, inclinó la cabeza e hizo un gesto afirmativo. Corbett esperó hasta que el chico le miró con el rostro surcado por las lágrimas.

—Lo asesinaron —dijo Simón.

—¿Quiénes? —preguntó Corbett.

—Los Oscuros, encapuchados y enmascarados, conducidos por un gigante y un enano —contestó Simón con un hilillo de voz—. Entraron en la iglesia. No hicieron ruido. Lo apresaron, acercaron la silla y lo ahorcaron. —El muchacho se enjugó las lágrimas del rostro con la manga de la chaqueta y miró furtivamente a su alrededor—. No sé de dónde venían ni adonde fueron —añadió—. Debían de venir del infierno. Ni una palabra. Ni un sonido. —Simón miró a Corbett con los ojos muy abiertos—. ¡Y Lorenzo no dijo ni una sola palabra! ¿Por qué? —preguntó entre lágrimas.

—¿Y tú cómo sabes todo esto? —le preguntó Corbett, procurando disimular su emoción.

—Yo estaba allí —contestó el muchacho—. Fui a la iglesia a primera hora de la tarde. Entré por una ventanita mientras el cura estaba en la puerta.

—¿Y la guardia? —preguntó Corbett.

—Aún no había llegado —contestó Simón—. Me acerqué a Lorenzo e intenté consolarle, pero él me dijo que me escondiera. Me oculté detrás de un banco del presbiterio, me quedé dormido y desperté cuando ya estaba oscuro. Vi una vela encendida y estaba a punto de levantarme cuando, de repente, aparecieron ellos. Entonces me escondí. Tenía miedo y permanecí escondido hasta la mañana del día siguiente, en que el cura y la guardia forzaron la puerta. En medio de la confusión, conseguí escapar.

Corbett recordó los jirones de tela prendidos en el rosal silvestre y asintió con la cabeza.

—Tienes que saber algo más —dijo—. ¿Quiénes eran el Gigante y el Enano?

El chico sacudió la cabeza.

—Debo irme —dijo en un ronco susurro.

—Mañana —le dijo Corbett en tono apremiante—. Reúnete mañana conmigo antes de la hora prima delante de la iglesia de Santa Catalina, junto a la Torre.

El chico asintió con la cabeza, se levantó con una sonrisa forzada y se alejó con andares melindrosos.

Corbett y Ranulfo permanecieron un rato sentados y después, echándose las capuchas sobre la frente, se levantaron, subieron por la escala de mano y, una vez arriba, la sombra del portero les abrió la puerta de la calle. Corbett se alegró de encontrarse de nuevo bajo las estrellas y aspiró una bocanada de aire fresco para purificarse de la malsana atmósfera del sótano. A continuación, tras haber comprobado que no los seguían, dieron la vuelta para regresar a la Torre. Ranulfo

casi no había podido oír la conversación que Corbett había mantenido con el chico y ahora no paraba de hacerle preguntas a su amo. Pronto se dio por vencido al ver que este solo contestaba con gruñidos y respuestas evasivas.

Corbett, a pesar de su interés por todo lo que el chico le había contado, se daba cuenta de que este se había limitado, en realidad, a adornar lo que él ya sospechaba desde el principio. Duket había sido asesinado por más de una persona. Pero ¿quiénes eran los demás? ¿Quiénes eran el Gigante y el Enano? ¿Quiénes eran aquellas figuras de negro que tan silenciosamente habían entrado en la iglesia? ¿Y cómo habían entrado? Aún estaba tratando de encontrar la solución cuando llegaron a la poterna de la Torre y un soñoliento guardia les franqueó la entrada. Al llegar a sus nuevos aposentos, Corbett le dijo a Ranulfo que se callara y dejara de incordiarle y, cubriéndose con su capa, se volvió de cara a la pared de granito y trató de dormir un poco y olvidarse del agotamiento y los terrores de la jornada, pensando en el suave cuerpo de seda de Alicia.

A la mañana siguiente, acudió a su cita, tras haberle dicho a Ranulfo que se quedara a descansar de los esfuerzos de la víspera. Salió por una poterna de la Torre y recorrió a pie la corta distancia que lo separaba de la iglesia de Santa Catalina. Por el camino, oyó las campanas de la iglesia tocando a prima.

Pensaba que el lugar estaría desierto y se sorprendió al ver un pequeño grupo de personas delante del pórtico. Apuró el paso, temiendo lo peor. La gente le abrió un camino y, al llegar al pórtico, a punto estuvo de tropezar con el cuerpo del joven con quien había hablado la víspera, vestido con las mismas prendas y con el rizado cabello rubio cuidadosamente peinado. La única diferencia era la enorme herida roja de su cuello y la sangre que le empapaba la túnica. Simón yacía en el suelo con las piernas y los brazos estirados y los ojos abiertos mirando al cielo.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Corbett a uno de los presentes, una mujer menuda y arrugada de cuya capucha se escapaban unos desgredados mechones de cabello gris.

—No lo sé —contestó la mujer—. Un grupo de personas pasamos por aquí de camino hacia el mercado de la ciudad y descubrimos este cuerpo. No había nadie. Alguien ha enviado un mensaje al forense y al pregonero de la muerte. —La mujer miró a Corbett con la curiosidad propia de las viejas—. ¿Por qué lo preguntáis? ¿Acaso lo conocéis?

—No —contestó Corbett, sacudiendo la cabeza—, pensé que sí de momento, pero me he equivocado.

Dio media vuelta y se alejó muy despacio, pensando que la víspera, al salir de la taberna del Mirlo, alguien le habría seguido. Alguien debió de verle hablando con el chico y decidió seguirle.

De repente, se sintió profundamente abatido y enojado. Allí estaba él, un escribano real encargado de resolver un asunto por cuenta del soberano, tropezando a cada momento con obstáculos y atacado por unos desconocidos en dos ocasiones. Y

ahora, quienquiera que fuera le había quitado la vida a aquel desventurado joven. Presa de una fuerte depresión, comprendió que estaba buscando a tientas en la oscuridad como un viajero extraviado y que cada vez se hundía más en el cieno. Alguien sabía algo. Alguien tendría que pagar la tremenda herida de la garganta del chico. Pero ¿quién? ¿Sería Ranulfo? ¿Podía fiarse de él? ¿Y si los asesinos de Duket lo hubieran sobornado? Rechazó inmediatamente aquella idea como descabellada e indigna de Ranulfo, el cual le había ayudado con toda fidelidad en los últimos días. Al fin y al cabo, pensó, era Ranulfo quien le había conducido a su cita con el chico y, por consiguiente, no hubiera tenido sentido que primero le concertara la cita con el chico y después tramara su asesinato. La única persona de quien Corbett sospechaba que pudiera ser culpable de algún crimen o de complicidad con un crimen era Rogelio Bellet, el párroco de Santa María, aquel siniestro cura que siempre insinuaba saber más de lo que decía. Corbett experimentó una oleada de cólera y frustración al pensar en la irónica sonrisa de Bellet y en sus sarcásticos comentarios. Finalmente, llegó a la conclusión de que ya estaba harto de tantas provocaciones. Burnell le había dado carta blanca en el asunto. Ya era hora de que la utilizara en su propio provecho.

## CAPÍTULO XV

**A**l regresar a la Torre, Corbett pidió ser recibido por el condestable sir Eduardo Swynnerton. El viejo soldado se reunió con él en sus aposentos del primer piso de la Torre Blanca, escuchó la petición de Corbett y sacudió tristemente la cabeza.

—Eso no puedo hacerlo, maese escribano —contestó—. ¡No puedo arrestar y mandar detener a un sacerdote y ni siquiera interrogarle sin motivo y sin un mandato del rey! ¿Os imagináis cuál sería la reacción de la Iglesia? ¿Un párroco de una iglesia de Londres sacado de su casa y encerrado en la Torre? ¡Podría ser excomulgado, perder el favor del rey y ser apartado de mi cargo! No —dijo—, eso no puedo hacerlo.

—Pero este hombre puede ser un traidor —replicó Corbett con vehemencia—. Podría ser el responsable de un asesinato y de una conspiración contra el rey. Podría ser culpable de prácticas de magia negra. ¿No creéis que cualquier tribunal eclesiástico o secular estaría de acuerdo?

—Es muy posible —contestó Swynnerton—. Pero vos decís «podría». No tenéis ninguna prueba. ¡No tenéis ningún mandato y ahí está la diferencia!

Corbett reprimió su furia. Sabía que su cólera provocaría el enojo de aquel viejo soldado no acostumbrado a recibir órdenes de un escribano.

—¿Qué ocurrirá —preguntó muy despacio— si tengo razón? ¿Si ese cura fuera culpable tanto a los ojos de la Iglesia como a los de la Corona? Supongamos que está implicado en una infamia y que esta última sale a la luz. ¿Cómo podremos —habló en plural para incluir también al condestable— justificar el hecho de no haber tomado medidas ahora?

Vio la duda reflejada en los ojos del anciano y se alegró de que su causa no estuviera totalmente perdida. El viejo soldado se volvió hacia una de las angostas ventanas que daban al patio interior y Corbett dejó que reflexionara un rato antes de reanudar el ataque.

—Debéis comprender, mi señor, que yo no os haría esta petición sin un buen motivo. Sospecho que ese hombre es cómplice de un asesinato y que está implicado en una conspiración que puede amenazar incluso la vida del rey. Vos no podéis permanecer al margen, lavaros las manos del asunto y decir que no tenéis nada que ver con eso. Además —añadió cautelosamente—, si estoy en lo cierto, el rey tendrá muy buenas y poderosas razones para estaros agradecido.

Swynnerton se apartó de la ventana y Corbett vio la duda y la incertidumbre claramente reflejadas en su semblante. El condestable se acarició la puntiaguda barba de chivo, tratando de encontrar algún medio de salir de la situación. Lanzó un suspiro, se dirigió a la puerta, llamó a uno de sus asistentes y le ordenó que fuera inmediatamente en busca del capitán de la guardia. Al poco rato, entró en la estancia un corpulento pelirrojo con las curtidas y bronceadas facciones propias de un veterano combatiente. Su porte y su apariencia, vestido con media armadura, eran los

de un hombre acostumbrado a recibir órdenes y a cumplirlas a rajatabla. Swynnerton se acercó a él y le dio una palmada en el hombro.

—Juan Neville, os presento a nuestro invitado, maese Hugo Corbett, escribano del Tribunal Real.

Corbett observó que los ojos de Neville le miraban de arriba abajo, valorándole en silencio.

—¿Habéis combatido alguna vez, maese escribano? —le preguntó el capitán en tono autoritario.

—Sí —contestó Corbett—, serví en los condados de Gales cuando el rey perseguía a los numerosos príncipes galeses por aquellos valles. Fue una experiencia que jamás olvidaré y que, si he de seros sincero, no me gustaría repetir.

Neville esbozó una sonrisa, mostrando una hilera de quebrados y amarillentos dientes.

—Ya lo suponía —dijo—. Me enorgullezco de saber distinguir entre los que han combatido y los que no y la verdad es que me parece un poco extraño ver a un hombre que yo considero un combatiente, vestido con las prendas propias de un escribano.

—Maese Corbett no ha venido aquí a combatir sino a pedirnos que lo hagamos nosotros —dijo Swynnerton, interrumpiendo al capitán—. ¡Haced cualquier cosa que él os diga!

Swynnerton abandonó la estancia y Corbett se dio cuenta de que el astuto condestable había sabido nadar y guardar la ropa. Si Bellet fuera detenido y más tarde resultara que era inocente, Swynnerton diría que él no había tenido la menor parte en ello. Si Bellet fuera arrestado y él tuviera razón, Swynnerton se subiría al carro de la gloria. Corbett, sonriendo al pensar en la habilidad del viejo soldado, tomó a Neville del brazo y le explicó lo que deseaba que hiciera.

Al terminar, le hubiera apetecido dejar la Torre e ir a ver a Alicia, pero, tal como le confesó a Ranulfo al regresar a sus aposentos, le daba miedo salir a las calles de Londres. Hubiera podido ser él en lugar del joven Simón quien cayera muerto con la garganta cortada de oreja a oreja delante de la iglesia de Santa Catalina. Ranulfo acogió la noticia de la muerte del joven con la misma indiferencia que Corbett había observado en él el día en que le había elegido entre la cuerda de condenados de Newgate. La muerte entraba dentro del orden natural de las cosas, era un riesgo cotidiano y un gaje del oficio, pero a él le parecía muy bien que Corbett no saliera de la Torre. Por otra parte, Corbett no podía salir hasta que Neville regresara con el cura y lo interrogara. Se estremeció al pensarlo. Bellet sería conducido a la mazmorra de la Torre Blanca y encomendado a los tiernos cuidados de unos torturadores capaces, con su exquisita delicadeza, de arrancar toda suerte de información de los más recalcitrantes prisioneros.

Corbett se pasó varias horas aguardando junto a la ventana hasta que Neville y una compañía de arqueros condujeron al sacerdote maniatado al patio interior. No

bajó a recibirlos, pero desde la ventana vio que el cura, a pesar de su cólera y sus protestas, estaba tremendamente asustado. Bellet y su escolta desaparecieron de su vista y empezaron a bajar los peldaños de piedra de la mazmorra. Corbett sabía que tendría que esperar. Le escribió una nota a Alicia y se la envió por medio de Ranulfo, rogándole a este que la tranquilizara, pero no le revelara su paradero. Sabía que, si ella conociera aquella información, también correría peligro. Después, se envolvió en su capa y se tendió en la cama, esperando el momento en que Neville lo llamara.

Ya había oscurecido desde hacía un buen rato cuando Neville lo sacudió bruscamente por el hombro, despertándolo de un inquieto sueño.

—Venid, maese escribano —le dijo el capitán en un susurro—, será mejor que os reunáis con nosotros.

Corbett se levantó, hizo sus necesidades en el *garde-robe* que había en un rincón de la estancia, se lavó la cara y las manos en un cuenco de agua fría y, secándose con su capa, siguió a Neville hasta la mazmorra. El capitán bajó con él los peldaños por los que unas horas antes había bajado el cura. Después Neville giró a la derecha, siguiendo el muro de la Torre hasta una puertecita que se abría en la base de una de las torretas. Nada más entrar, Corbett tuvo la sensación de encontrarse en la antesala del infierno. Era una húmeda y fría estancia de techo muy bajo. Las antorchas de los oxidados candelabros de pared parpadeaban y chisporroteaban y en el aire se aspiraba el olor de la húmeda tierra del suelo mezclado con los del humo, el carbón, la sangre, el sudor y el miedo. No había ningún mueble, solo unos braseros abiertos con dos o tres pequeños escabeles al lado. De la pared colgaban cadenas y esposas, pero sus ojos se sintieron inmediatamente atraídos por el macabro grupo del fondo.

Al acercarse, vio a tres hombres desnudos de cintura para arriba con dos negros lienzos anudados alrededor de la frente para evitar que el sudor les resbalara hacia los ojos. Les brillaban los cuerpos a causa del sudor y constantemente se volvían hacia los braseros para retirar unas largas barras de hierro con un extremo protegido por unos trapos para no quemarse las manos. Observó que uno de ellos sacaba una barra de hierro al rojo vivo y la acercaba a algo que a él le pareció una sombra hasta que oyó un grito desgarrador y vio que la sombra experimentaba una sacudida. Después vio al sacerdote colgando por las muñecas de unas cadenas y vestido solo con un taparrabos. Tenía todo el cuerpo cubierto de unas largas heridas abiertas causadas por la aplicación de las barras de hierro. Corbett disimuló la angustia que experimentaba, sabiendo que no era un momento adecuado para la compasión. Cabía la posibilidad de que aquel hombre fuera el culpable de las muertes de Duket y del joven Simón y de las dos agresiones que él había sufrido. Lo único que Corbett temía en su fuero interno era que el cura fuera efectivamente inocente.

—¿Ha contestado a las preguntas que yo os he pedido que le hicierais? —preguntó con la voz muy ronca.

—No —contestó Neville, sacudiendo la cabeza—. Dice que no tiene nada que ver con la muerte de Duket.

A Corbett le dio un vuelco el corazón y se le secó la boca de miedo.

—¿Ha dicho algo?

—Lo suficiente —contestó Neville con una sonrisa—. Llama constantemente al señor Satanás implorando su auxilio, ¡y esa no es la oración que cabría esperar de un cura!

Corbett rodeó los braseros y pasó por delante de los torturadores, los cuales le miraron expectantes como si aguardaran nuevas órdenes para aplicar las barras candentes.

Observó que la víctima ya había llegado al límite de sus fuerzas. Su rostro estaba exangüe, sus ojos miraban con expresión enloquecida y su huesudo y patético cuerpo se encogía por momentos.

—¿Y bien, mi señor cura? —le dijo Corbett en un susurro—. ¡Volvemos a vernos en unas circunstancias inesperadas! —Acercándose hasta casi rozarle el cabello empapado de sudor para que solo él le pudiera oír, le preguntó en un susurro—: ¿Asesinasteis vos a Lorenzo Duket?

Bellet se volvió lentamente a mirarle, entornando los ojos como si tratara de salir del círculo de dolor que lo envolvía.

—¡Esa es vuestra obra, escribano! —dijo, maldiciéndole—. ¡Hijo de ramera! No sois más que un pobre palurdo. No sabéis con quién estáis hablando. Vos y los vuestros muy pronto seréis barridos —añadió Bellet, tratando de levantar el cuerpo para aliviar el dolor del pecho y las piernas.

—Yo puedo detener vuestro tormento —dijo Corbett—. Lo puedo hacer en cuanto digáis la verdad. ¿Qué es el Pentágono? ¿Quién ordenó la muerte de Duket? ¿Quién mató al joven Simón? ¿Quién ordenó que me atacaran?

El cura apartó los ojos y Corbett comprendió que se burlaba en secreto de él. Dominado por la cólera, asió la barbilla del cura y lo obligó a girar la cara para poder mirarle a los ojos.

—Decídmelo —lo apremió—. ¡Decídmelo ahora mismo!

La única respuesta fue una sarta de insultos y un escupitajo.

De repente, el cuerpo del sacerdote experimentó una sacudida, se tensó como el de un hombre que acabara de sufrir un ataque y se volvió a aflojar mientras la cabeza le caía sobre el pecho.

Neville se acercó y apartó a Corbett a un lado para examinar el pecho y el cuello del cura.

—Este hombre ha muerto —dijo—. Todo ha terminado. —Miró a Corbett—. ¿Qué vamos a hacer con el cuerpo? —le preguntó.

—Envolvedlo en un sudario —contestó Corbett, encogiéndose de hombros— y enterradlo entre los pobres.

Después abandonó la mazmorra, dejando a su espalda las siniestras figuras de los torturadores, iluminadas por la trémula luz de los braseros encendidos. No sentía el menor remordimiento por lo que le había ocurrido a Bellet. Sabía que el hombre era

culpable y perverso, que había tenido parte en el asesinato de Duket y que, por confesión propia, estaba profundamente implicado en siniestras y traicioneras actividades contra el rey.

Al otro lado del negro y brumoso río, las encapuchadas figuras del Pentágono se habían congregado una vez más alrededor de su jefe, el Encapuchado. Todos estaban aparentemente tranquilos, pero se sentían dominados por una especie de expectante temor.

—¿O sea que un miembro de nuestro grupo ha sido eliminado? —preguntó uno.

El que se sentaba a la derecha del Encapuchado, asintió con la cabeza.

—Tenemos entendido que se lo han llevado —dijo—. ¡Seguramente ha muerto y le podemos dar las gracias a Corbett! Nuestro espía en la Cancillería informa también de que Corbett ha averiguado muchas otras cosas sobre nosotros.

—Pues entonces, ¿por qué no acabamos con él? —preguntó temerosamente otro—. ¿Por qué no acabamos con él? —repitió—. Cuando se reúna con su querida en La Mitra, donde yo le he visto muchas veces... —su voz se perdió mientras un frío silencio caía sobre el grupo.

—¡Allí no podemos matarlo y tú sabes muy bien que no hubieras tenido que decirlo! —replicó muy despacio el que se sentaba al lado del jefe—. Conoces el pacto. Ninguno de nosotros tiene que decir jamás qué es, si hombre o mujer, qué hace o qué parte de la ciudad suele frecuentar. No obstante —los ojos brillaron detrás de la máscara mientras contemplaban a los presentes—, ejecutaremos a Corbett y nos vengaremos de la muerte de nuestro compañero, pero lo más importante es seguir con nuestro Gran Designio. ¡Cada uno de nosotros tiene que preparar los grupos, reunir armas y esperar la señal del comienzo de la rebelión!

—¿Y Corbett? —preguntó el que tanto había insistido en que lo mataran.

—Le asignaremos la tarea a alguien —contestó firmemente la voz—. ¡Ya puedes dar a Corbett por muerto!

## CAPÍTULO XVI

Al día siguiente, Corbett se fue a Santa María Le Bow, dejándole recado a Ranulfo de que se reuniera con él allí. La iglesia y la casa estaban desiertas. Neville le había entregado las llaves de Bellet, pero, curiosamente, la puerta estaba abierta, por lo que le bastó con empujarla para entrar. La estancia principal ofrecía el mismo aspecto que la noche en que él había visitado al cura varias semanas atrás. El brasero de carbón estaba lleno de ceniza apagada; sobre la única arca que había en la estancia se podía ver una copa medio vacía de vino y unos trozos de queso rancio mordisqueados por las ratas. Corbett lo derribó todo al suelo y abrió la pesada tapa de madera. Aspiró un olor a moho mezclado con sudor cuando empezó a sacar ropa: una sucia túnica, unos calzones, un par de botas de cuero. Y nada más. Corbett miró a su alrededor, pensando que tenía que haber algo más. De pronto, se dio cuenta de que faltaba algo.

Estaba en la casa de un cura y, sin embargo, no se veía por ninguna parte ni una cruz ni un crucifijo. Examinó los zarzos que protegían las paredes y la mesa cubierta de migajas de pan, pero no encontró ningún signo de adoración religiosa. Golpeó con la bota los sucios juncos del suelo y se dirigió a una pequeña estancia del fondo que se utilizaba como cocina y despensa. Estaba muy sucia y en ella había una vieja mesa, un escabel, un estante con varias tazas rotas y desportilladas y unos platos de madera.

«Ese hombre debía de vivir como un animal», pensó Corbett. Regresó a la estancia principal y levantó la vista hacia el altillo que había al fondo de la misma y que debía de utilizarse como dormitorio. Una antipara de lustrosa madera lo protegía de las miradas curiosas y solo se podía acceder a él por medio de una peligrosa escala de mano apoyada contra la pared. Corbett apoyó la escala en el borde de madera que discurría por la base del altillo y empezó a subir con cuidado. Esperaba ver la misma suciedad y el mismo desorden de abajo, pero allí la realidad era muy distinta; El dormitorio era pequeño y tenía una ventanita en lo alto de la pared, a través de la cual penetraba una luz más que suficiente. El suelo estaba pulido con cera de abeja y unos gruesos cortinajes de terciopelo cubrían las paredes encaladas en las que aparecían representadas unas lascivas escenas de amor. Una cama muy grande con una colcha de seda verde mar ocupaba buena parte de la estancia. Corbett entró y se sentó sobre el mullido colchón de plumas y los travesaños de la cama. A un lado de la cama había un escabel de madera con una vela de cera pura de abeja en un candelero de plata mientras que al otro había una pequeña arca de madera ricamente labrada. Corbett se inclinó sobre la cama para abrirla.

Quizá fue el sonido o quizás una leve sombra, pero, de repente, Corbett rodó a la derecha y evitó el perverso filo de una espada que cayó ruidosamente desde el lugar donde el brazo que la empuñaba estaba aguardando al acecho. Corbett vio una alta figura vestida completamente de negro. Unos ardientes ojos le miraron a través de las

aberturas de la negra capucha mientras el asesino secreto volvía a blandir la espada para descargar un segundo golpe. Corbett no perdió el tiempo sino que se agachó bajo el brazo levantado con el que su atacante sostenía la espada y tanto él como su enemigo cayeron contra el suelo de madera del altillo. A tan corta distancia, el asesino no podía utilizar la espada, pero sí golpear brutalmente la espalda de Corbett con la empuñadura. En medio del intenso dolor, lo único que podía hacer Corbett era asir fuertemente por la cintura a su atacante y empujarlo contra el suelo. Estaba esperando que llegara Ranulfo y oyera el estrépito cuando, de pronto, la madera crujió y tanto él como su atacante rodaron hasta el borde y cayeron ruidosamente al piso de abajo.

Corbett tuvo suerte de caer sobre el cuerpo de su agresor, el cual no fue tan afortunado. Bajo la máscara negra se estaba formando un gran charco de sangre. Tras aplicarse un poco de masaje a los brazos y las muñecas y enderezar la espalda para aliviar el dolor, Corbett se inclinó hacia adelante y levantó la máscara que cubría el rostro de su atacante justo en el momento en que Ranulfo irrumpía con retraso en la estancia, gritando a pleno pulmón.

—¡Llegas demasiado tarde! —le dijo severamente Corbett—. ¿Acaso no oíste el ruido?

Ranulfo se rascó la barbilla.

—Entré en la iglesia y solo oí el ruido de la lucha cuando venía hacia acá. —El chico señaló al asesino que yacía boca arriba con un brazo y una pierna extrañamente torcidos—. ¿Quién es? —preguntó.

Corbett le quitó la capucha al muerto y contempló el terso y pálido rostro de un joven y unos inmóviles ojos bajo una mata de cabello negro. Un hilillo de sangre manaba de su boca y se juntaba con el charco de sangre provocado por el hundimiento del cráneo.

—No lo sé —contestó Corbett en voz baja—, pero me estaba esperando. Le han enviado. Sabían que yo iba a venir aquí. —Corbett estudió con inquietud el rostro de Ranulfo—. ¿Quiénes son? —le preguntó—. ¿Y qué quieren de mí, por el amor de Dios? —Se levantó y se sacudió el polvo de la ropa, procurando no pensar en el dolor de la espalda y los brazos—. Ven —dijo, señalando la escala de mano tirada en el suelo—. Sujétala mientras yo termino el registro, Ranulfo.

El joven sujetó la escala y Corbett volvió a subir al dormitorio del difunto sacerdote para examinar el contenido del arca de madera labrada. Estaba llena de ropa: callones, chaquetas, túnicas y camisas de la mejor calidad: tafetán, terciopelo y seda: chales de lana pura, vellones, cinturones incrustados de piedras preciosas, suaves botas de cuero y guantes de terciopelo. Por lo visto, el sacerdote llevaba una doble vida de pública pobreza y riqueza privada. No había documentos ni trozos de pergamino y el único libro era un ejemplar de la Biblia encuadernado en cuero y provisto de cierre de oro. Las páginas estaban bellamente escritas y adornadas con complejos dibujos que constituían un festín de colores para la vista. Corbett admiró la

habilidad del calígrafo que tan cuidadosamente había escrito las palabras, pintándolas de escarlata, dorado, verde y otros muchos colores. Pasó las páginas sin encontrar nada insólito en ellas, aunque le extrañaba que un hombre como Bellet tuviera una Biblia y, por si fuera poco, tan valiosa. Siguió hojeando el libro, pero no vio nada. Llegó al final del libro donde el autor del manuscrito solía dejar unas páginas en blanco para que el futuro propietario escribiera sus propias reflexiones o meditaciones.

Bellet había escrito cosas, pero no aforismos espirituales ni axiomas morales. Había varias páginas escritas en apretado francés normando o latinajo, en las cuales se refutaba la existencia de Jesucristo, junto con encantamientos y hechizos y dibujos de un hombre con cabeza de macho cabrío sentado en un altar que chorreaba sangre bajo el cual figuraba una cruz invertida. En otro dibujo se mostraba una iglesia llena de gentes con cara de oveja, mirando hacia una figura vestida con los ropajes propios de un sacerdote, pero con la temible cabeza y las babosas fauces de un lobo.

El último dibujo, que, a juicio de Corbett, era completamente distinto, mostraba una torre cuadrada en cuyo remate había un arquero con el arco en la mano y una flecha en el aire, dirigiéndose hacia una calle por la que avanzaba un hombre a caballo con una corona en la cabeza. El dibujo era muy tosco, casi infantil, pero poseía una fuerza y un realismo impresionantes. Debajo figuraban las palabras, *HAC DIE LIBERTAS NOSTRA DE ARCIBUS VENIAT*. Corbett las tradujo en voz alta:

—Ese día, la libertad nos vendrá por los arcos.

Estudió el dibujo y las palabras. Recordó el acertijo del difunto Savel a propósito de un arco que no se podía doblar y era más peligroso que el que se sí se podía, pues incluía todas las armas.

Recordó la imagen de las tumbas recientes del contiguo cementerio y, casi gritando, volvió a bajar por la escala y arrojó la Biblia a las manos del sorprendido Ranulfo.

—Rápido —le dijo en tono apremiante—. ¡Llévasela al canciller! Dile que examine los dibujos del final, sobre todo, el último. ¡Dile que impida la llegada del rey por Woodstock y que mande examinar todas las tumbas recientes del cementerio de Santa María Le Bow!

Corbett le hizo repetir el mensaje a Ranulfo hasta que este se lo aprendió de memoria, y entonces lo despidió.

Poco a poco, Corbett se fue calmando y, tras haber echado un buen vistazo a toda la casa, se dirigió a la iglesia, cruzando el embarrado patio. El pórtico principal estaba abierto. Empujó cautelosamente la hoja de madera y entró. Respiró hondo y prestó atención por si oyera algún sonido extraño o amenazador mientras aspiraba el aire, tratando de olfatear la existencia de algún peligro. Le pareció que no había ninguno, pero, trastornado todavía por el ataque que acababa de sufrir, subió por la nave del templo y se sentó en la Sagrada Cátedra. Desde allí, contempló las sombras de la entrada, percatándose de que debía de ser la misma hora del día en que Duket se

había refugiado en la iglesia. Se preguntó una vez más cómo habrían podido entrar los asesinos en la iglesia, matar a Duket y escapar sin que nadie les viera.

Mientras contemplaba la nave, se le ocurrió de repente la solución del misterio. Era algo tan sencillo y evidente que rompió a reír y el eco se propagó por toda la iglesia. Su misma simplicidad demostraba la astucia y la brillantez de la idea. Recordó la voz de su antiguo «Dominus», el padre Benedicto, diciéndole que todos los enigmas tenían solución. «Es solo cuestión de perspectiva, mi querido muchacho —solía decirle con su voz de trueno—. Solo cuestión de perspectiva». Pues bien, en aquel momento ya había descubierto la perspectiva adecuada y ahora solo sería cuestión de descubrir quiénes eran los verdaderos asesinos, las borrosas figuras que se ocultaban detrás del Pentágono.

Corbett se levantó, bajó al pórtico de la iglesia y salió a la radiante luz de principios de primavera. Casi sin darse cuenta, se fue a ver a Alicia. La taberna estaba desierta cuando él cruzó la sala principal y abrió la puerta de la cocina. Alicia se encontraba de espaldas a él, explicándole algo al corpulento Pedro cuya mole se elevaba por encima de ella como una torre. Corbett la llamó por su nombre y entonces Alicia se volvió con el rostro muy pálido, aunque enseguida lanzó una exclamación de alegría y se levantó para arrojarle los brazos al cuello y darle un beso. Después le abrió el pesado broche de la capa, le dijo que se sentara y envió a Pedro por comida y bebida.

—¿Te alegras de verme? —le preguntó secamente Corbett.

Alicia volvió a besarle apasionadamente en los labios.

—¡Pues claro! —contestó, haciendo un mohín—. ¿Dónde te habías metido? ¿Qué estabas haciendo?

Corbett le explicó que estaba trabajando en un asunto por cuenta del rey, en el que tropezaba con muchos obstáculos y apenas había hecho progresos. No le comentó los ataques que había sufrido y no le dijo que se había trasladado a vivir a la Torre. No quería alarmarla, pues, cuantas menos personas supieran lo que estaba ocurriendo, mejor. Además, en el ambiente de La Mitra y en el comportamiento del malhumorado gigante Pedro había algo que no le gustaba y le producía una extraña sensación de inquietud que no podía expresar con palabras. Le preguntó a Alicia qué había hecho en los últimos días:

—Casi nada —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Regento la taberna o, por lo menos, trato de hacerlo. El rey no tardará en regresar a la ciudad y tenemos que prepararnos para los festejos. En el canal hay piratas que atacan nuestros barcos. — Le miró con una sonrisa—. No he hecho nada especial, ¡a diferencia de vosotros los escribanos con vuestras importantes misiones secretas!

Ambos pasaron un buen rato, hablando de cuestiones intrascendentes. Corbett hubiera deseado estrechar a Alicia en sus brazos y acompañarla al piso de arriba, pero sabía que ella se hubiera negado y, además, la presencia del adusto Pedro enfriaba su ardor. En su lugar, le hizo prometer que lo esperaría a la noche siguiente, se despidió

afectuosamente y salió de la taberna, colgándose la gruesa capa del brazo, pues ya empezaba a hacer calor y, en caso de que lo atacaran, tendría más libertad de movimiento para defenderse y la podría utilizar como escudo.

Al regresar a la Torre, encontró a Ranulfo esperándole tendido en su estrecho catre.

—Sí —contestó el chico con aire cansado cuando Corbett le preguntó—, he ido a Westminster y he hablado con Burnell, a pesar de que el muy presumido de Huberto trató de impedírmelo —añadió con amargura—. Entonces me quedé fuera y empecé a pronunciar a gritos vuestro nombre y el del rey. Dio resultado. Burnell me mandó llamar. Examinó la Biblia y los dibujos que vos me ordenasteis enseñarle, especialmente el último. —Ranulfo hizo una pausa para sorberse los mocos y secarse la nariz con la manga de la chaqueta antes de añadir—: El canciller echó un vistazo al último dibujo, se levantó de un salto, llamó a los escribanos y los mensajeros y ordenó que se prepararan en las cuadras los caballos más veloces. Me miró con tal furia que pensé que me iba mandar ahorcar, pero después me despidió con un breve mensaje para vos. «Decidle a Corbett que quiero nombres». Eso es todo —terminó diciendo Ranulfo.

Corbett asintió con la cabeza, se quitó las botas y se tendió en su catre para que su dolorido cuerpo pudiera descansar un poco. ¡Nombres! El canciller quería nombres. Él sabía por que razón Duket había sido asesinado y cómo, pero ¿por quiénes? Aparte el del cura apóstata, que ya estaba muerto, no tenía ningún otro nombre.

Se estremeció y se arrebujo en su capa y entonces el broche de metal le golpeó la boca y él se incorporó para colocársela mejor. Contempló detenidamente el broche, arrancó los hilos que habían quedado prendidos en él y los depositó en la palma de su mano. Tan pequeños, finos e insignificantes. Y, sin embargo, sentía la espada que le estaba traspasando el alma y casi podía percibir el áspero sabor del metal en su garganta. Una serie de imágenes cruzaron por su mente, disipando las dudas e inquietudes que se habían enconado en ella en medio de un dolor tan intenso como el que uno siente cuando revienta un grano o un bubón. Le dolía el pecho como si una fuerza bruta le estuviera machacando el corazón mientras la sangre pulsaba y rugía en sus oídos como las olas rompiendo en la playa. Permaneció tendido en su catre con los puños fuertemente apretados, tratando de ordenar el caos que se arremolinaba en su interior. Ranulfo se le acercó, inquieto y preocupado, y le preguntó qué le ocurría y si quería que le sirviera un poco de vino. Corbett lo rechazó con una sarta de improperios y entonces Ranulfo, al ver la palidez de su rostro y la desesperación de sus ojos, abandonó la estancia como un perro apaleado. Neville se presentó una hora más tarde, pero Corbett se limitó a mirarle en silencio y le indicó por señas que se retirara. Aquella noche Ranulfo no durmió allí, pues prefería la relativa tranquilidad y seguridad del cuarto de la guardia a la compañía de un amo que, al parecer, había perdido la razón.

A la mañana siguiente, sin embargo, Ranulfo encontró a Corbett ya levantado,

aseado y vestido, sentado en su catre con la bandeja de escribir sobre las rodillas, rascando con la pluma un largo trozo de pergamino. El escribano estaba todavía muy pálido y ojeroso. El joven le empezó a hacer solícitas preguntas, pero se calló al ver la fría mirada de sus ojos. Sabía que algo terrible había ocurrido, pero no acertaba a imaginar qué pudiera ser. Su amo era tan hermético en todas sus cosas que no era fácil establecer si estaba triste o alegre. Ranulfo permaneció nerviosamente de pie hasta que Corbett terminó de escribir y le ordenó que se dirigiera de inmediato a los archivos de la Cancillería en Westminster y le entregara la carta a Nigel Couville, señalando que el asunto era de tal importancia que debería esperar la respuesta y llevársela de inmediato. Ranulfo salió a toda prisa y dejó a su amo solo con sus pensamientos y con otro pergamino que acababa de empezar a escribir.

El joven tomó una barca desde la Torre a Westminster y, tras preguntar por allí, consiguió ser recibido por el anciano archivero. Una vez leída la nota de Corbett, Couville le escuchó con atención. Ranulfo comprendió que el anciano estaba preocupado por Corbett y que el hecho de que él le hubiera descrito el extraño comportamiento de su amo no había contribuido precisamente a calmar sus inquietudes.

—Le ocurre lo mismo que cuando murieron su mujer y su hijo —murmuró Couville—. En fin —añadió rápidamente—. Puede que esta información le sirva de algo.

Ranulfo tuvo que permanecer varios días con Couville mientras el anciano rebuscaba en sus archivos y enviaba a sus escribanos a distintos lugares de la ciudad para que hicieran investigaciones o buscaran datos. Al final, Couville le entregó un pequeño rollo y le ordenó que se lo llevara a Corbett en la Torre. Ranulfo cumplió enseguida el encargo, alegrándose de poder abandonar finalmente la opresiva estancia donde trabajaba Couville y el minúsculo cuarto que este le había asignado.

El joven encontró a su amo muy pálido y abatido en el parapeto que se elevaba por encima del foso de la Torre, apoyado contra las almenas con la mirada perdida en las oscuras aguas de abajo. Sin apenas responder a su saludo, Corbett le arrebató el documento de Couville y lo leyó con avidez, soltando murmullos y gruñidos como si ya esperara lo que iba a encontrar en él. Después le dijo a Ranulfo que se fuera a descansar y a comer antes de encomendarle otra carta para su amante la señora Alicia de Bowe en la taberna de La Mitra. Después le ordenó que, en cuanto hubiera entregado el mensaje, buscara algo con que entretenerse en la ciudad y procurara no meterse en ningún lío. Ranulfo se dirigió inmediatamente a las cocinas de la Torre. Corbett esperó hasta que sus pisadas se desvanecieron en la distancia y entonces se cubrió el rostro con las manos y lloró amargamente con una mezcla de furia, pesadumbre y profunda sensación de pérdida.

## CAPÍTULO XVII

Tres días más tarde, Corbett les pidió a los cocineros de la Torre que pusieran unos cuantos pastelillos y dulces y un poco de vino en su alforja y, tras intercambiar unas palabras con Swynnerton y Neville, salió por la poterna de la Torre para acudir a su encuentro con Alicia. La había citado en los campos que se extendían más allá del ángulo nordeste de la Torre entre los blanqueados esqueletos de las murallas romanas, reliquias de una antigua gloria pasada. Alicia ya estaba allí junto a los restos de la muralla, envuelta en una capa forrada de piel sobre un vestido de tafetán verde, con el largo cabello derramándose sobre sus hombros y una cinta roja adornada con estrellas doradas alrededor de la frente. Corbett admiró en su fuero interno su belleza, la besó en la sien y sintió que sus brazos le rodeaban el cuerpo mientras contemplaba las ruinas que los rodeaban y ella apoyaba la cabeza contra su pecho. Después le comentó en tono burlón su puntualidad y ella se rio alegremente, pero le miró con recelo, como si supiera que ocurría algo. Corbett extendió sobre la hierba la manta más limpia que había podido encontrar y ambos se sentaron con la espalda apoyada contra la muralla en ruinas, disfrutando del calor del sol primaveral.

Comieron y bebieron, se rieron y conversaron animadamente hasta que, al final, como si fuera una cómica de una misteriosa farsa, Alicia se volvió a mirarle y le preguntó cómo iba su investigación. Corbett tomó un sorbo de vino y apoyó una mano en su regazo.

—Duket fue asesinado —le dijo. Al ver que ella no reaccionaba, buscó en su bolsa y sacó unos largos hilos de seda—. Lo había olvidado —añadió sonriendo—, cuando me desabrochaste la capa, estos hilos quedaron prendidos en el corchete. Creo que pertenecen a tus guantes. Siento que se te estropearan —concluyó diciendo mientras depositaba los hilos en la palma de su enguantada mano.

Alicia los examinó y miró a Corbett antes de estallar en una sonora carcajada.

—Supongo que no me habrás hecho venir aquí para disculparte por haberme estropeado un guante, ¿verdad? —dijo, inclinándose hacia adelante para besarle la mejilla con unos labios más suaves que la seda o la gasa.

Corbett asió con fuerza la copa y contempló sus risueños ojos.

—No —contestó en voz baja—. No te he traído aquí para hablar de unos guantes de seda. —Estiró las piernas y lanzó un suspiro, tratando de serenarse—. Duket —añadió— era un orfebre homosexual, pero también un honrado londinense y un fiel súbdito de la Corona. Sin embargo, sus secretos anhelos y sus oscuras fantasías lo condujeron hasta Crepyn, un prestamista que admiraba en secreto al difunto De Montfort y era uno de los que dirigían el ilegal grupo de los populares en esta ciudad. Además, Crepyn era un brujo que practicaba la magia negra y puede que perteneciera a una sociedad llamada el Pentágono o que incluso la dirigiera. Dicha sociedad lleva mucho tiempo actuando en este país y tengo entendido que hay otras muy similares en Oriente.

Corbett observó que Alicia se tensaba a su lado como si aquella revelación la hubiera trastornado profundamente.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó ella.

—No es que lo sepa —contestó Corbett, haciendo una mueca—. Es solo una conjetura muy razonada, una deducción lógica, tal como hubiera dicho mi viejo maestro de filosofía. Sea como fuere —prosiguió diciendo—, otra deducción lógica es la de que Crepyn descubrió el turbio secreto de Duket. Es posible que lo sedujera, tal como antes había seducido a su hermana. Atrajo a Duket a su red, complaciendo todas sus necesidades. Le interesaba Duket por su oro, tal como le interesaban otros orfebres de la ciudad. Con el oro, él y su grupo pretendían encabezar una revuelta en esta ciudad. Su grupo era tan contrario a Eduardo como lo era a sus antepasados, a alguno de los cuales, como Guillermo Rufo, lo destruyeron de la misma forma como pensaban destruir a nuestro actual soberano, con la flecha de un arco asesino el 31 de marzo cuando hiciera su entrada en la ciudad desde Woodstock, atravesando Newgate y bajando por Cheapside.

—¡No! ¡Oh, no! —exclamó Alicia, mirándole aterrada mientras su rostro palidecía como la cera—. ¡Crepyn! —exclamó—. ¡Un asesino y regicida!

Corbett le cubrió suavemente los labios con sus dedos antes de acariciarle la mejilla.

—Sí —prosiguió diciendo—, Crepyn era un asesino y la flecha se hubiera tenido que disparar desde la torre de Santa María Le Bow, la misma iglesia en la cual nuestro pobre orfebre fue ahorcado. En cambio —Corbett hizo una pausa para volver a llenarse la copa—, Duket, a pesar de que interpretó el papel que le habían asignado, no era un asesino. Debió de averiguar, adivinar o deducir lo que Crepyn y los suyos pretendían hacer, por más que ignorara los detalles. Y ahí fue donde las cosas se torcieron para ambos. El día del asesinato, Duket y Crepyn se reunieron en Cheapside. Creo que Duket debió de asustarse. Probablemente Crepyn trató de hacerle entrar en razón y entonces Duket desenvainó la daga y le traspasó el corazón. Una vez cometida la acción, le entró miedo. Sabía que corría peligro y buscó refugio.

—¿En Santa María? —preguntó Alicia, interrumpiéndole.

—Sí —contestó Corbett, asintiendo con la cabeza—, nada menos que en Santa María. ¿Cómo iba él a saber, no perteneciendo al cerrado círculo de Crepyn, que Santa María Le Bow era uno de los lugares de reunión del Pentágono y que su párroco Rogelio Bellet era un destacado miembro de su secreta jerarquía? Como es natural, Bellet le ofreció inmediatamente cobijo, pero enseguida se puso en contacto con los demás miembros de la sociedad. Llegaron a la conclusión de que Duket tenía que morir, pues no podían correr el riesgo de que lo sometieran a juicio y él lo revelara todo a cambio del indulto real o fuera puesto en libertad por haber actuado en legítima defensa. —Corbett hizo una pausa y arrancó un mechón de corta hierba primaveral mientras miraba de soslayo el rostro de Alicia, pero esta permanecía rígidamente sentada con la espalda contra la ruinosa muralla, contemplando los

campos—. La sociedad se puso en estado de alerta y ahora llegamos a los dos elementos variables de nuestra existencia, el tiempo y la voluntad humana. Varias personas convergieron en Santa María. La primera fue un joven llamado Simón que de día trabajaba como aprendiz, según me dijo Ranulfo, pero de noche era un mozo y chico de placer en una especie de taberna secreta para homosexuales. Seguramente amaba a Duket y, cuando se enteró del asesinato de Crepyn y de la huida de Duket a Santa María, salió corriendo. No pudo entrar por el pórtico, pues seguramente debía de haber varias personas congregadas en aquel lugar, pero, siendo de complexión delgada, consiguió introducirse a través de una de las ventanas. —Corbett hizo una pausa—. Solo podemos hacer conjeturas acerca de lo que ocurrió a continuación, pues Simón también ha muerto asesinado, pero yo supongo que él y Duket debieron de esconderse entre las sombras del presbiterio. Allí el chico se quedó dormido mientras Duket regresaba a la seguridad de la Sagrada Catedral. Entonces llegaron los tres miembros de la guardia. Bellet cerró la puerta por fuera mientras Duket la cerraba por dentro según la costumbre. Antes de abandonar la iglesia, el cura ofreció al hombre al que había dado cobijo la comida habitual consistente en una hogaza de pan y una jarra de vino y Duket hubiera tenido que permanecer sano y salvo allí dentro hasta la mañana siguiente. ¡Pero sabemos que no fue así porque lo asesinaron!

—¿Por qué tenían que asesinarlo? —preguntó Alicia, interrumpiéndole con mal disimulada inquietud.

—Está muy claro. ¿Por qué hubiera tenido Duket que suicidarse si había acudido a la iglesia en busca de protección? ¿Por qué no se cortó las venas? Tenía una daga y había lugares más apropiados para ahorcarse que aquella barra de hierro. De hecho, la barra de hierro me hizo comprender que lo habían asesinado.

Alicia se inclinó hacia adelante, con las manos entrelazadas sobre las rodillas.

—¿Por qué la barra de hierro?

—Estaba demasiado alta —contestó Corbett—. O Duket era demasiado bajo. Mira, yo medí el cadáver y no era posible que hubiera alcanzado la barra. Además, la Catedral estaba demasiado limpia, casi reluciente, como si la persona que se hubiera subido a ella hubiera tenido especial cuidado en limpiarla. A menos que se envolvieran las botas con unos trapos.

—¿Unos trapos? —preguntó Alicia, mirándole con una expresión que casi lo indujo a echarse hacia atrás.

La jovialidad había desaparecido de sus ojos y ahora brillaba en ellos una profunda maldad.

—Sí, unos trapos —contestó Corbett, apartando la mirada y buscando con su mano la daga bajo la capa—. Los asesinos llevaban las botas envueltas en unos trapos para amortiguar el sonido.

—Pero ¿cómo entraron? Has dicho que la iglesia estaba cerrada por dentro —dijo Alicia.

—Lo estaba, en efecto, pero los asesinos no entraron entonces. Les habían

franqueado la entrada por la tarde, antes de la llegada de la guardia, probablemente mientras Duket se encontraba en otra parte de la iglesia. Entraron y se ocultaron entre las sombras de la entrada del templo. Duket no sospechó nada y, como es natural, a los miembros de la guardia no se les ocurrió mirar allí dentro. En cuanto oscureció, los asesinos entraron en acción, avanzaron silenciosamente por el pasillo de la nave, agarraron a Duket que estaba amodorrado por el vino mezclado con alguna sustancia que le había administrado Bellet y, utilizando la Sagrada Cátedra, lo ahorcaron antes de regresar a las sombras de la entrada. Probablemente amordazaron a Duket para que no gritara, de ahí los restos de tejido apresados entre sus dientes, y le ataron los brazos, lo cual explica las magulladuras que tenía justo por encima del codo. Los asesinos solo cometieron un error propiamente dicho. No sabían que el chico estaba allí y sospecho que llegaron cuando el muchacho ya se había introducido a través de la ventana y se encontraba con Duket en un rincón del presbiterio que ellos no podían ver desde el lugar donde estaban. Aun así, actuaron con cautela, pero, al ver que yo me reunía con Simón, dedujeron que este debía de saber algo y lo mataron. —Corbett hizo una pausa y miró a Alicia, pero esta seguía tan rígidamente sentada como si tuviera los pensamientos en otra parte—. Sea como fuere —añadió—, a la mañana siguiente la guardia forzó la puerta bajo la supervisión de un cura muy locuaz, el cual se encargó de que la atención de los tres hombres se concentrara en el cuerpo del pobre Duket mientras los asesinos huían a las desiertas calles de Cheapside.

Alicia se volvió hacia Corbett, sujetándole un brazo con ambas manos mientras una fina película de sudor le empapaba la frente y su rostro adquiría una blancura semejante a la del alabastro.

—Pero ¿quiénes eran los asesinos? —preguntó.

Corbett le apartó un rizo de cabello que se había escapado de la cinta que le ceñía la frente y deslizó los dedos por su mejilla.

—Antes de morir, el joven Simón declaró haber visto dos figuras. Un gigante y un enano. Porque los asesinos ignoraban que él estaba allí, ¿comprendes? —Corbett miró a Alicia a los ojos—. El gigante era Pedro, Alicia, y tú lo sabes muy bien. Él colocó la cuerda alrededor de la barra y ató el lazo bajo la oreja izquierda de Duket, haciendo honor a su oficio de verdugo. Duket no pudo hacerlo. Un orfebre en trance de suicidarse jamás lo hubiera hecho. ¡Tú sabes que Pedro estaba allí, Alicia, porque tú lo acompañabas! Tú, menuda, embozada y encapuchada, fuiste el «enano» que vio Simón —añadió, rozando la mano de Alicia y percibiendo la frialdad de su piel—. Tú estuviste al lado de Pedro. Lo pensé la última vez que te vi en La Mitra. Me pareció un poco raro que llamaras a Ranulfo mi guardaespaldas, cuando yo jamás te lo había presentado como tal. Este abandonó inmediatamente La Mitra en cuanto vio a Pedro. Por consiguiente, ¿cómo te enteraste, Alicia?

—Eso son conjeturas tuyas, maese escribano —contestó Alicia en un susurro—. No tienes ninguna prueba de que yo estuviera allí.

—Vaya si la tengo —dijo Corbett—. ¡O más bien la tienes tú en este momento!

Alicia se volvió a mirarle con los ojos dilatados por la rabia y el furor y la piel del rostro tensada como un velo de gasa sobre sus pómulos. Parecía haber envejecido de golpe y sus labios se habían curvado en una mueca, pero Corbett la miró sin inmutarse.

—Te la acabo de dar —le dijo—. ¡Los hilos de seda negra!

—¡Pero si quedaron prendidos en el broche de tu capa! —gritó Alicia.

—No. —Corbett buscó en su bolsa y sacó otros hilos de seda negra—. Estos son los que se quedaron prendidos en el broche. Los que tienes tú se encontraron en la cuerda que rodeaba el cuello de Duket.

Alicia se arrodilló en el suelo con la falda ahuecada a su alrededor como una campana. Solo su menudo y pálido rostro traicionaba la mezcla de rabia y terror que sentía. Levantó los brazos y se quitó lentamente los guantes como si pelara una manzana. Los dejó en el suelo y extendió las manos con las palmas dirigidas hacia arriba.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó.

Corbett contempló en las palmas de sus manos unas pequeñas cruces invertidas de color morado y aspecto muy reciente.

—Sí —contestó Corbett—, son las marcas de Fitz-Osbert. Sospeché que las tenías, pero Couville... —la miró fijamente a los ojos—. Tú no le conoces, pero él llevó a cabo una investigación y encontró cartas, gráficos y mandatos judiciales. Con todo lo que descubrió, redactó un informe. ¿Quieres leerlo?

Alicia sacudió la cabeza.

—¿Por qué? —replicó Alicia—. Conozco su contenido mejor que tú. Me casé con Tomás de Bowe, vinatero de Cheapside, pero nací en Southwark. Me apellidaba Dachert, pero yo siempre me hacía llamar Alicia Fitz-Osbert, el apellido de mi madre. Ella tenía las mismas marcas que yo y me habló de nuestra familia, de las persecuciones, de nuestro gran antepasado Guillermo Fitz-Osbert y de otros personajes de la casa de Plantagenet. Los Fitz-Osbert, tíos y primos míos, eran ardientes secuaces de Simón de Montfort y lucharon con él hasta el final, muriendo con él en la matanza de Evesham. —Alicia recorrió con un dedo la marca de su mano derecha—. ¡Desde un principio yo fui iniciada en estos misterios y conozco y amo con todo mi corazón al señor Lucifer! Utilicé mi riqueza para mezclar el odio de los Fitz-Osbert hacia los Plantagenet con el de los seguidores de Simón de Montfort y otros miembros del grupo de los populares. Yo construí el Pentágono, una sociedad cuyos miembros trabajaban para el mismo fin, aunque solo yo conocía la identidad de cada uno de ellos. Yo soy «el Encapuchado», solo tú y otra persona lo sabéis, todos los demás creían que era un hombre. Yo conspiré contra el Plantagenet, destruí a su espía, fomenté el descontento entre la población y fui responsable de la muerte de Duket. Todo por un sueño y una realidad que tú jamás podrás comprender.

—¡Tonterías! —gritó Corbett, levantándose—. Encantamientos, hechizos, danzas dentro de círculos, ritos paganos y ahora incluso traición. ¿Merece la pena colgar de

unas cadenas sobre una hoguera en Smithfield? —preguntó, mirando enfurecido a Alicia—. ¡Ese es el castigo que se reserva a los brujos y los traidores! —añadió, casi escupiéndole las palabras a la cara.

Alicia se alisó los pliegues de la falda con unas manos semejantes a unos blancos pajarillos revoloteando sobre un verde prado. Después miró a Corbett y este observó que parecía más tranquila y que su rostro había recuperado el color, aunque sus ojos habían perdido el brillo de la alegría.

—No sé si a ti te importa tu religión —contestó—, pero a mí sí me importa lá mía. Es más antigua que el cristianismo y ya se practicaba en estas tierras mucho antes de la llegada de los romanos, pero la Iglesia la obligó a actuar en secreto.

—En tal caso, ¿cuál es el motivo de la traición? —preguntó Corbett.

—El rey Eduardo tiene que morir —contestó Alicia, encogiéndose de hombros—. Ha aplastado a los galeses y ha causado mucho daño a la antigua religión y a sus santuarios y sepulcros, tal como hizo en Palestina. ¡Es odiado por haber matado a Simón de Montfort y por haber perseguido el movimiento de los populares aquí en Londres! ¡Merece la muerte! Y hubiera muerto al entrar en la ciudad. Unos arqueros apostados en la torre de Santa María Le Bow, lo hubieran abatido. Entonces nosotros hubiéramos tomado las armas que tenemos almacenadas en los alrededores de la iglesia y nos hubiéramos levantado. Estuvimos a punto de conseguirlo de no haber sido por el estúpido asesinato que cometió Duket. No nos importaba demasiado la muerte de Crepyn, aunque fuera uno de los nuestros, pero Duket tenía que morir. Sospechábamos que había adivinado nuestros propósitos y que hubiera utilizado lo que sabía a cambio de un indulto por la muerte de Crepyn. Puede que eligiera deliberadamente Santa María Le Bow para llamar la atención de las autoridades. Bellet era miembro del Pentágono y en su cementerio almacenaba muchas armas. Savel, el espía real, lo descubrió y tuvo que morir. ¡Por consiguiente, no podíamos dejar vivo a Duket, pues nos amenazaba a todos!

—¿Y a mí? —preguntó Corbett.

Alicia apartó los ojos.

—La verdad es que no lo sé —dijo, hablando en voz tan baja que Corbett apenas la podía oír—. Como miembro del Pentágono y como Encapuchado, deseaba tu muerte, pero, como mujer, me angustiaba que se cumpliera la condena y me alegraba cada vez que salías indemne. Fue el Pentágono, no yo, el que decretó tu muerte. Lo intentamos dos veces en la calle del Támesis, después te esperamos en el exterior de la iglesia de Santa Catalina, pero el chico llegó primero, murió y su cadáver atrajo a una multitud de mirones. Cuando Bellet fue detenido, sabíamos que tú acudirías a su casa. Pero saliste bien librado en todas las ocasiones. Llegamos a pensar que estabas protegido por algún hechizo y a desear que fueras uno de los nuestros.

—¡Mientes! —gritó Corbett—. ¡Alguien os facilitó información sobre mi paradero y lo que yo estaba haciendo! ¿Quién fue?

Alicia le indicó por señas que se acercara y, cuando él lo hizo, le murmuró unas

palabras al oído. Corbett la miró, esbozó una fría sonrisa y se apartó. Alicia se lo hubiera podido decir en voz alta, pero sabía que el hecho de sentir sus labios junto a su rostro y de aspirar el perfume de su cuerpo y su cabello aún le podía hacer caer en una trampa mortal.

Corbett sacudió la cabeza y restregó la hierba con la puntera de su bota.

—¿Lo demás es tal como yo lo he descrito? —preguntó.

—Sí —contestó Alicia, sonriendo levemente como una chiquilla que confesara su error tras haber sido sorprendida cometiendo una travesura.

—¿Y los demás? —añadió Corbett.

Alicia le miró con dureza.

—Tu rey tendrá que buscarlos, maese escribano —contestó.

—Será fácil. No andan muy lejos —murmuró Corbett—. De los que hay en La Mitra, uno se vendrá abajo.

—¿Y yo? Yo no temo la muerte —dijo Alicia en un susurro.

Corbett la miró y vio el terror reflejado en sus oscuros ojos azules. Sabía que estaba mintiendo y le pedía compasión. Se inclinó hacia ella y tomó su rostro entre sus manos.

—Puedo hacer muy poco por ti, Alicia —le dijo dulcemente—. No puedo conseguirte un indulto por lo que has hecho. No puedo evitarte el castigo, pues otros podrían escudarse en tu nombre para pedir clemencia. No puedes pasarte toda la vida escondida, pues, si lo intentaras, ellos te perseguirían. —Interrumpió sus palabras, le besó los párpados y saboreó sus lágrimas. Era una asesina, una bruja y una traidora, pero el amor que sentía por ella pasaba por alto todos aquellos nombres—. Mira, Alicia —se apresuró a añadir—, mañana escribiré el informe para Burnell y pasado mañana se lo enviaré. Ese día él descargará el golpe. La Mitra será rodeada. Hoy mismo tienes que huir, pero no debes decirle nada a nadie. Los demás están perdidos y ya los tienen vigilados —mintió—. ¿Me has entendido?

Alicia asintió con la cabeza y él la besó en la frente, aspirando la delicada fragancia de su cabello.

Después Corbett se levantó y se alejó a toda prisa. Creyó oírla pronunciar su nombre, pero no volvió la cabeza y prefirió pensar que había sido el grito de una gaviota, buscando alimento en la orilla del río.

## CAPÍTULO XVIII

Fiel a su palabra, Corbett se pasó todo el día siguiente redactando su informe para Burnell en la esperanza de que Alicia se salvara y no advirtiera a sus compañeros de asociación. Como Ranulfo aún no había regresado, le pidió a Swynnerton que enviara a uno de sus más sagaces escuderos a la ciudad para averiguar si había ocurrido algo extraño en La Mitra. El escudero regresó bastante bebido al anochecer, pero Corbett lo sumergió en una bañera de fría agua del foso y logró que se recuperara lo bastante como para informar de que no había observado nada especial en los alrededores de la taberna. A primera hora de la mañana siguiente, Corbett terminó su informe. Contenía todo lo que le había dicho a Alicia y otros datos y observaciones adicionales. Lo volvió a repasar todo detenidamente, lo secó con arena, lo selló con la indicación «solo para el canciller» y lo envió a la ciudad bajo una escolta armada desde la Torre. Una vez cumplida su misión, salió de la Torre y se dirigió al lugar donde se había reunido con Alicia por última vez. La hierba donde ambos se habían sentado aún conservaba la huella de sus botas y el silencio y la triste desolación de las ruinas contrastaba con la pasión y la furia que él había sentido en aquel lugar. Estaba a punto de dar media vuelta cuando vio sobre un resto de muralla un ramillete de flores primaverales atado con un pequeño guante de seda negro. Alicia lo había dejado allí, sabiendo que él regresaría. Corbett lo tomó, se guardó las flores bajo la chaqueta y se apoyó con aire abatido contra la muralla, maldiciendo su mala suerte y pensando que cualquier cosa hubiera sido preferible al hecho de tener que enfrentarse con aquel terrible vacío de su corazón.

Con la mirada perdida más allá de los campos, se dio cuenta de que aún le quedaba una tarea por cumplir. Regresó a toda prisa a la Torre y dejó unas rápidas instrucciones para Swynnerton y Ranulfo. Después le pidió prestado a un clérigo de la Torre una gruesa capa marrón con una cogulla para protegerse la cabeza y, cubriéndose el cabello y el rostro con ceniza, abandonó la Torre disfrazado de anciano monje y tomó una barca para dirigirse a Westminster. Llegó al lugar acostumbrado, pero, tras haber subido lentamente los peldaños de la orilla del río, no siguió el camino habitual del palacio sino que se dirigió al pórtico principal de la abadía. Avanzó lentamente por la nave central sin molestarse en admirar los muros de un blanco purísimo, la piedra labrada o la impresionante majestad de las columnas, sobre las cuales la bóveda del templo parecía flotar en el aire como por arte de magia.

A pesar de los débiles rayos del sol que se filtraban a través de las vidrieras multicolores, la abadía estaba muy oscura y Corbett se sentía protegido con su disfraz. Conocía la abadía y salió por una puerta lateral al desierto claustro donde un anciano monje permanecía sentado sobre el murete de piedra. El anciano le miró con sus llorosos ojos y levantó una esquelética mano a modo de saludo. Corbett le saludó a su vez con una inclinación de cabeza y siguió adelante, procurando arrastrar los pies y mantener la cabeza inclinada y las manos ocultas en el interior de las holgadas

mangas de la capa. Miró a su alrededor, pero todo estaba desierto, a excepción del anciano monje y de un cuervo que se posó en el jardincillo central, arrancando unas frágiles hojas de hierba con su amarillo pico. Corbett se dirigió al ángulo sudeste del claustro y se sentó en el murete con la cabeza inclinada como si estuviera rezando mientras sus manos buscaban desesperadamente en la sillería bajo su cuerpo. Al final, encontró un sillar desprendido que se podía deslizar hacia adentro y hacía afuera. Fingió que se le había caído algo al suelo y se agachó para recogerlo. Descubrió que el sillar estaba completamente libre de argamasa y que, cuando se retiraba, dejaba un pequeño hueco.

Deslizó la mano por el interior del hueco, pero no encontró nada, respiró muy despacio para disimular su emoción y a punto estuvo de lanzar un grito cuando alguien le dio unas leves palmadas en el hombro. Dio media vuelta, buscando la daga bajo la capa, pero solo era el anciano monje cuyos labios se entreabrieron en una desdentada sonrisa de la que se escapaba un hilillo de saliva mientras sus ojos le imploraban compañía. Corbett hizo un apresurado *benedicite* y entonces el anciano inclinó la cabeza y se alejó murmurando para sus adentros. Corbett le vio alejarse, se levantó y miró furtivamente a su alrededor. Seguía sin aparecer nadie. ¿Habría llegado demasiado tarde? Decidió esperar y, pasando las piernas por encima del murete, se dirigió hacia el otro extremo del claustro donde había unos arbustos rodeados de malas hierbas. Se abrió paso entre ellos sin prestar atención a las frías y húmedas hojas que le empapaban la ropa con sus gélidas gotitas. Allí, en la certeza de que nadie podría verle, inició su vigilancia.

El claustro seguía tan desierto como antes. Los monjes de la abadía debían de estar en el escritorio o bien ocupados en distintas tareas. El anciano monje regresó al claustro y pasaron otras personas, criados, auxiliares y otros hombres que trabajaban en la abadía, pero nadie se quedó. Hacía mucho frío y Corbett se preguntó cuánto rato podría esperar; las piernas y los pies se le estaban helando y el cuerpo se le estaba quedando como un témpano. Las campanas de la abadía ya estaban empezando a tocar para las oraciones vespertinas cuando, de repente, una figura con la cabeza cubierta por una cogulla entró en el claustro y se encaminó presurosa hacia el mismo lugar donde antes se había sentado él. Tras mirar a su alrededor, el desconocido se agachó para retirar el sillar y buscó en el hueco. La figura volvió a enderezarse y se alejó por el mismo camino. Hugo no le había podido ver la cara oculta en las profundidades de la cogulla, por cuyo motivo esperó hasta que abandonó el claustro y entonces la siguió.

Entró de nuevo en la oscura iglesia de la abadía y vio a la figura cruzando la nave del templo para dirigirse hacia una puertecita entreabierta del muro norte. Corbett se detuvo para recuperar el resuello antes de seguir al desconocido, cruzando la puertecita. Entonces se dio cuenta de que se encontraba en un campo que se extendía entre la abadía y el palacio, en el cual se amontonaban los andamios y los hornos de ladrillos dejados por los canteros que estaban dando los últimos toques al muro

exterior del lado norte de la abadía. Temió que su presa se le escapara en medio de las sombras del anochecer y apuró silenciosamente el paso. Alarmada por algún sonido, la figura se medio volvió justo en el momento en que Corbett apoyaba la mano en su hombro. El hombre se libró de la mano de Corbett y retrocedió.

—¿Qué ocurre?, ¿qué es lo que deseáis? —preguntó una voz ligeramente asustada.

Corbett se echó la cogulla hacia atrás para revelar su propia identidad.

—Vaya, pero si es maese Huberto Seagrave —dijo—, soy Hugo Corbett. Me ha parecido reconocer vuestra voz. —Corbett se acercó un poco más—. Sois maese Huberto de la Cancillería, ¿no es cierto?

Unas blancas y regordetas manos echaron la cogulla hacia atrás mientras Huberto miraba fríamente a Corbett, frunciendo severamente los labios.

—Maese Corbett —dijo Huberto en voz baja—. ¿Por qué estáis vagando por aquí en medio de la oscuridad? —preguntó, poniendo tímidamente los ojos en blanco cual si fuera una inocente doncella—. ¿Acaso me habíais confundido con otra persona?

—¿Qué estabais haciendo? —preguntó Corbett.

—Estaba rezando. ¿A vos qué os importa?

—Conque rezando, ¿eh? —dijo Corbett, sintiendo que la furia le pulsaba en las sienes—. Nada de oraciones, maese Huberto. Dudo que vos recéis alguna vez. Habéis venido para ver si vuestros amigos del Pentágono os habían dejado dinero o algún mensaje. ¡Sois un traidor, maese Huberto, y yo lo demostraré!

Huberto entornó los ojos y Corbett adivinó que, a pesar de su suave cara de cachorro y sus elegantes modales de escribano de la corte, era un hombre muy peligroso.

—No tenéis ninguna prueba, maese Corbett —dijo Huberto en tono burlón.

—Ni siquiera habéis preguntado qué es el Pentágono —le interrumpió Corbett mordazmente—. A lo mejor, sois uno de ellos.

—No —gritó Huberto—. Del Pentágono, no, Corbett, pero sí de los populares, los representantes del pueblo. Mi padre luchó y murió en Evesham, mis tíos y primos perdieron la vida en otras batallas y los que quedaron sirvieron para adornar los patíbulos de los alrededores de Londres. —Huberto hizo una pausa y miró enfurecido a Corbett, tratando de dominar su cólera mientras apoyaba la espalda contra un horno de ladrillos—. No tenéis ninguna prueba, maese Corbett —repitió.

Corbett sacudió la cabeza, sonriendo.

—Vaya si la tengo. Conozco al Encapuchado. Sé quién es. Ella misma me ha dicho que vos erais el espía del Pentágono en la Cancillería, ¡pero tenía que pillaros con las manos en la masa!

—¡Ella! —exclamó Hubert en un ronco susurro.

—Eso no tiene importancia —dijo Corbett—. Vos les hablasteis de mí. Les dijisteis cuándo iría a la iglesia de Santa María Le Bow. Les dijisteis a los asesinos dónde vivía y a qué hora regresaba. Y, por encima de todo, les hablasteis de mi vida

pasada, de mi esposa y mi hijito muertos, de mi afición a la flauta. Reunisteis información sobre mí, como una de esas ratas que corretean por la Cancillería buscando restos de cera para roer, en vuestro caso, información para vender a cambio de un precio. Lo puedo demostrar. A fin de cuentas, no hay muchos escribanos en la Cancillería. ¡Sospecho que los torturadores del rey empezarán por vos! —Corbett se inclinó hacia adelante y vio asomar el miedo en los ojos de Huberto—. El Pentágono está acabado —murmuró—. Y también los populares. Probablemente, mientras vos estabais aquí, comprobando si vuestros amos os habían dejado dinero a cambio de la información, el canciller ya ha dictado órdenes de detención de personas en toda la ciudad. ¡Puede que vos estéis entre ellas! Os han traicionado, Huberto, nada menos que el Encapuchado. Ella me dijo dónde y cuándo el espía del Pentágono en la Cancillería dejaba información. Os podría decir su nombre, pero, qué más da. ¡Me encargaré de que os maten!

Huberto se mordió los labios, mirando ansiosamente a su alrededor.

—Os puedo dar oro —dijo—. ¡Mirad!

Se abrió la capa y Corbett pensó que iba a sacar la bolsa, pero, en su lugar, vio un apagado brillo de acero y pegó un salto hacia atrás mientras Huberto desenvainaba la espada que ocultaba bajo los pliegues de la capa.

Corbett comprendió ahora que su adversario ya no era un suave y blandengue escribano, pues empuñaba la espada como un experto soldado o un luchador callejero y estaba avanzando hacia él sin que el arma le temblara en la mano. Corbett desenvainó de inmediato su larga daga galesa, retrocediendo con cuidado para afianzar sus pies en el suelo sin apartar los ojos del rostro de Huberto.

—Maese Corbett —dijo Huberto—, os voy a matar y después me esconderé.

Corbett iba a contestar, pero inmediatamente se dio cuenta de su error, pues Huberto se abalanzó de pronto sobre él, buscando su corazón con la punta de su espada. Corbett saltó hacia atrás, pero sus pies tropezaron con un trozo de madera, cayó de espaldas al suelo. Huberto se situó entre sus piernas y apoyó la punta de la espada en su garganta, empujando ligeramente hasta que Corbett sintió un alfilerazo de dolor y un ligero goteo de sangre.

—¿Y bien, Corbett?

Huberto ladeó la cabeza como si estuviera reflexionando acerca de lo que iba a hacer a continuación. Los dedos de Corbett buscaban en el suelo, pero no había nada. Tomó un puñado de algo que le pareció arena y, mientras Huberto retiraba la espada, se lo arrojó al rostro y rodó hacia un lado.

Huberto cayó de rodillas, lanzando gritos de dolor.

—¡Estoy ciego! ¡Estoy ciego! —chilló.

Corbett se olió la mano y se dio cuenta de que había arrojado cal directamente al rostro de su adversario. Tomó la espada caída de Huberto y, sin el menor asomo de remordimiento, trazó con ella una amplia curva en el aire y la hundió profundamente en su garganta. Una gran fuente de sangre brotó de la herida y, con un prolongado

suspiro, Huberto cayó de lado y se quedó inmóvil. Corbett no lamentó ni se arrepintió de lo que había hecho. Limpió la ensangrentada espada con la capa de su enemigo muerto y buscó cuidadosamente por el suelo. Al final, cerca del lugar donde había caído, encontró la calera y, arrastrando el cadáver de Huberto por los pies, lo acercó al borde y lo empujó hacia adentro. El cuerpo flotó brevemente en la superficie antes de hundirse poco a poco hasta desaparecer por completo.

## CAPÍTULO XIX

Corbett regresó a la Torre bien entrada la noche y encontró a sir Eduardo Swynnerton muy alterado y toda la Torre agitada por un torbellino de actividad, como si se esperara un ataque de un momento a otro. Sir Eduardo, en compañía de Neville, estaba ordenando que se sacaran unos caballos de las cuadras y se arreglaran unos aposentos. Ranulfo, apoyado contra un muro, lo observaba todo como una gárgola, con la boca abierta y el rostro torcido en una mueca de preocupación. Corbett le llamó y el joven se acercó sonriendo.

—Bueno, Ranulfo —dijo Corbett, alegrándose mucho más de lo que esperaba de ver de nuevo a su sirviente—, ¿lo has pasado bien en la ciudad?

—Sí —contestó Ranulfo—. Regresé a la calle del Támesis para comprobar qué tal estaba nuestra buhardilla.

—¿Y lo encontraste todo bien? —preguntó Corbett, interrumpiéndole.

—Tan seguro como en la Torre —contestó Ranulfo.

No se atrevió a contarle a su amo que había seducido a la señora Grant, una dama deliciosa de suaves y compactos muslos y pequeños pechos redondos. Parecía un puente levadizo, pensó Ranulfo, venga de dar gritos y de protestar, a pesar de que, en el fondo, se había alegrado de ceder a sus pretensiones.

Corbett le miró con cierto recelo. Comprendió que algo había ocurrido, pero decidió dejarlo para más tarde, pues acababa de ver a Swynnerton por el rabillo del ojo. Respirando afanosamente, el condestable se estaba acercando a grandes zancadas.

—Tenéis que haber sido vos, maese escribano —le ladró.

—¿Perdón?

—Tenéis que haber sido vos —repitió Swynnerton—. La ciudad está llena de soldados y no solo de ceporros del campo reclutados por los Comisarios de Leva, sino también de veteranos y mercenarios contratados por el rey, de esos que normalmente se mantienen a mucha distancia de la ciudad. —El anciano soldado hizo una pausa para respirar antes de añadir—: Los van a enviar aquí. Tengo entendido que el rey ha llamado al alcalde y a los regidores a Woodstock y ha cursado instrucciones a los gobernadores, ordenando una leva de hombres en los condados. Los puertos se van a cerrar y...

—¿Y vos creéis que todo eso es por mi causa? —preguntó Corbett, interrumpiéndole bruscamente.

Swynnerton se inclinó hacia él y Corbett aspiró el rancio olor de su aliento.

—Maese escribano, sé que es por vos. Sois un hombre muy peligroso, ¿verdad? ¡Tuvisteis razón en lo de aquel cura y sabe Dios qué otras cosas habréis descubierto ahora! ¡Respiraré tranquilo cuando os vayáis! —Swynnerton buscó bajo su capa y sacó una carta sellada—. Esto es para vos —dijo, depositando la misiva en la mano de Corbett antes de retirarse.

Corbett estudió el sello personal del canciller y abrió cuidadosamente la carta. Rebosaba de empalagosos halagos. Burnell daba las gracias a «su querido y fiel escribano por sus esfuerzos en descubrir la perversa conspiración que había crecido como una gangrena en la más bella ciudad del reino». Después añadía, bruscamente, que debería dirigirse de inmediato al palacio real de Woodstock, en las afueras de Oxford, para recibir la felicitación del agradecido monarca.

Corbett lanzó un suspiro, dobló la carta y se la guardó en la bolsa. En otra ocasión, se hubiera alegrado de recibir semejante orden, pues un encuentro personal con el rey significaba posibilidades de ascenso y favores en la ardua subida hasta puestos de mayor responsabilidad. Pese a todo, pensó Corbett, se alegraría de poder alejarse de Londres y de la Torre mientras durara la caza de los conspiradores. Se acordaba de Alicia y se preguntaba ansiosamente si habría conseguido escapar. Dio media vuelta para regresar a sus aposentos, temiendo que las inquietudes y preocupaciones que le corroían el alma lo hundieran en un abismo de negra depresión. Tenía que moverse y participar activamente en los acontecimientos, cualquier cosa antes que dejarse arrastrar por el torbellino del pesar y la desesperación.

En cuestión de unas horas Corbett lo dispuso todo, ordenándole a Ranulfo que mandara preparar dos caballos y una acémila, sobre la cual apilaron y ataron el equipaje. Ranulfo se alegró mucho de marcharse y abandonar Londres, un lugar en el que se corrían demasiados peligros y en el que, según la conclusión a la que él había llegado en su fuero interno, era más seguro ser un criminal o un delincuente de poca monta que un representante de la ley. Además, tal como orgullosamente le contaba a quienquiera que quisiera escucharle, aquella iba a ser la primera vez que saliera de la ciudad. Por su parte, Swynnerton se congratulaba enormemente de la partida de Corbett, el cual había alterado gravemente la armonía de la vida y la rutina de la Torre, por cuyo motivo gustosamente le facilitó al enigmático escribano los documentos necesarios para abandonar la ciudad y viajar a Oxford.

Poco antes del anochecer, Corbett y Ranulfo se despidieron de la guarnición, cruzaron la poterna con sus caballos y emprendieron viaje al norte. Corbett sabía que tendrían que alojarse en una posada, pero estaba firmemente decidido a alejarse cuanto antes de la ciudad. Al principio, Ranulfo se mostraba muy eufórico y locuaz, pero las secas respuestas y las cautelosas miradas de su amo, combinadas con la emoción del viaje, lo indujeron a guardar silencio y a deleitarse con el paisaje mientras trataba de dominar a la acémila que parecía sentir por él una especial aversión. Desde que salieran de la Torre, situada al otro lado de las murallas de la ciudad, ya no tenían que temer el acoso de los representantes del orden, aunque los caminos de entrada y salida de Londres estaban muy bien patrullados y de vez en cuando se cruzaban con un grupo de soldados bajo el mando de un oficial.

Eran los aguerridos soldados que el rey estaba enviando a la ciudad, tal como le había dicho Swynnerton. Corbett había servido con ellos en Gales y en la frontera

galesa. Solían tener unas rudas facciones curtidas por la intemperie y llevaban el cabello muy corto para que les resultara más fácil ponerse los yelmos y los gorros. Estaban en un puente que Corbett tenía que cruzar e inmediatamente los rodearon tanto a él como a Ranulfo. El oficial examinó las cartas y los mandatos de Swynnerton mientras los hombres inspeccionaban los caballos y palpaban los bultos atados a la acémila cuyo mal carácter les obligó a hacerlo con el mayor de los cuidados.

Tras hacerles algunas preguntas, les permitieron cruzar el puente y proseguir su viaje en medio de una creciente oscuridad hasta que Corbett decidió detenerse en una taberna del bordé del camino cuya cerveza amarga, comida caliente y acogedora luz fueron un alivio a pesar de los sucios juncos del suelo, las mesas manchadas de cerveza y el molesto olor de las velas de sebo y grasa animal. Una vez más se tropezaron con un grupo de soldados que también se alojaban allí. Tuvieron que dar las mismas respuestas a las mismas preguntas antes de poder sentarse a tomar unos humeantes cuencos de sopa y descansar en unas improvisadas camas sobre el suelo infestado de pulgas.

El viaje duró cuatro días. A veces se reunían con otros viajeros, mercaderes, buhoneros y mercachifles, algún abogado que iba a los tribunales de Oxford o grupos de deslenguados estudiantes que, vestidos con sus largos ropajes remendados, regresaban a sus estudios. Corbett y Ranulfo conversaban con ellos y todos les comentaban que el tráfico militar había aumentado considerablemente en los caminos de Londres.

Todo el mundo hacía conjeturas a propósito del motivo, aunque la mayoría se alegraba de su presencia, pues, a pesar de las órdenes del rey de cortar los setos y mantener los caminos siempre expeditos y bien patrullados, los ataques de los salteadores de caminos estaban a la orden del día.

Corbett hubiera deseado no hablar con nadie, pero a Ranulfo le encantaban aquellos encuentros, sobre todo, cuando se trataba de alguna de aquellas damas que viajaban en adornadas literas con las varas afianzadas en dos caballerías. Más de una vez Corbett tenía que intervenir para evitar que su criado Ranulfo molestara o provocara la cólera de los acompañantes varones de las señoras.

Cuando viajaban solos, resultaba muy agradable cruzar los bosques y sotos de robles, enebros, bojés y hayas. A veces, los árboles crecían tan juntos que las ramas formaban sobre sus cabezas un dosel tan tupido que incluso impedía el paso de los rayos del sol. Solo entonces Ranulfo se callaba, pues la oscuridad que reinaba entre los árboles se le antojaba más temible que la de las calles y callejones de Londres.

En cambio, Corbett se encontraba más a sus anchas, pues aquellos parajes le recordaban los grandes bosques del oeste de Sussex e incluso los más temibles de Shropshire y los que lindaban con la frontera galesa. También cruzaron o pasaron por delante de los claros y fértiles valles de los Cotswolds y de numerosas aldeas rodeadas de campos de labranza. Las casitas de los aldeanos, unas sencillas

estructuras alargadas con un henil arriba y un cobertizo o una cocina en la parte de atrás, se extendían a veces a los pies de la amurallada y cuadrada mansión del señor o el administrador.

Corbett no les prestaba la menor atención, pero Ranulfo contemplaba boquiabierto de asombro todos aquellos interminables espacios y viviendas, comparándolos con las callejuelas infestadas de ratas de la ciudad. En otro momento, Corbett hubiera reprendido a Ranulfo y lo hubiera instado a seguir adelante, pero el deleite que experimentaba el muchacho ante la contemplación de aquellos lugares le estaba empezando a distraer de sus cavilaciones y de la inquietud que sentía por Alicia.

Sabía que Ranulfo jamás había visto la campiña, por cuyo motivo empezó a mostrarle los prados comunitarios donde pastaba el ganado de la aldea y los cerdos que hozaban junto al lindero de un bosque o un soto. Una vez se detuvo para explicarle la arada de un campo por medio de unos bueyes que tiraban de un pesado arado guiado por un hombre que se encargaba de que la cuchilla de la reja trazara unos rectos surcos en la tierra. Detrás de él caminaba un hombre con una bolsa colgada alrededor del cuello desde la cual arrojaba las semillas en los surcos recién abiertos mientras unos jóvenes dispersaban a los voraces cuervos con los disparos de sus hondas. Corbett se daba cuenta de que Ranulfo no entendía muy bien las explicaciones que él le estaba dando, pero se conmovía ante la infantil curiosidad de su servidor.

Al final, cuando ya les faltaba muy poco para llegar a Oxford, la campiña se convirtió en un llano y se acercaron un poco más al río. Entonces Corbett tuvo que explicarle pacientemente a su criado que Londres no era la única ciudad del reino, cosa que Ranulfo comprendió nada más ver las puertas de la ciudad y entrar en ella, tras haber rodeado el amenazador castillo que la dominaba. Corbett llevaba años sin visitar Oxford, pero le pareció que apenas había cambiado. Abundaban como siempre los estudiantes, los eruditos y los doctos maestros de Teología, Filosofía, Lógica y Sagradas Escrituras.

Corbett decidió hospedarse en Palacio Nuevo y obtuvo, sin demasiada dificultad, una pequeña celda de paredes encaladas para sí mismo y para Ranulfo y permiso para estabular sus caballos en una cercana posada. Para asombro de su criado, Corbett ordenó inmediatamente en la lavandería de la Casa que le llenaran una bañera con agua caliente y, cuando la tuvo preparada, se desnudó y se sumergió en ella para quitarse de encima el polvo y la mugre de su estancia en la Torre y del viaje a Oxford. Después insistió en que el aterrorizado Ranulfo imitara su ejemplo. Cuando el muchacho terminó, el agua estaba tan negra como el carbón. Corbett ordenó que vaciaran la bañera y la volvieran a llenar y el desventurado Ranulfo tuvo que meterse de nuevo en ella para completar la tarea y lavar de paso algunas prendas que Corbett le arrojó antes de salir para visitar la biblioteca del palacio.

Al cabo de un rato, Ranulfo, ya limpio y aseado, se reunió con él y Corbett, para

compensar la visible humillación y la cólera de Ranulfo ante aquel obligado baño, le acompañó en un recorrido por la biblioteca, mostrándole los gabinetes de lectura y los centenares de preciosos libros que allí se conservaban, todos ellos encuadrados en suave pergamino y sujetos con una cadena y un candado. Corbett le explicó el valor de cada libro y los cuidados que les dispensaban en el palacio, evidenciada en la advertencia escrita en las tapas: «Toca, lector, con manos lavadas estas páginas inmaculadas».

Corbett salió con él de la capilla en la que estaba ubicada la biblioteca para dirigirse a la gran sala abovedada donde ambos disfrutaron de una frugal cena antes de regresar a su celda para descansar unas horas y prepararse para el viaje a Woodstock del día siguiente. Corbett adivinó por sus ronquidos que Ranulfo ya estaba durmiendo y le envidió su despreocupada actitud mientras él daba vueltas en su estrecho catre, pensando en Alicia y en las patrullas con que se habían cruzado en su viaje a Oxford y en toda la información que había reunido contra ella y su asociación. Aún no había conseguido resolver el dilema entre el amor que sentía por ella y su sentido del deber cuando se sumió en un agitado sueño sobre Alicia, Burnell, el despectivo Bellet, las hogueras de Smithfield y el patíbulo de los Olmos, cuya alta y negra silueta se recortaba siniestramente contra el cielo.

Poco después del amanecer, Ranulfo lo sacudió por el hombro y él se levantó, se lavó la cara con el agua fría de una jarra de latón colocada en un estante de madera por encima de una jofaina y se vistió apresuradamente con las mejores ropas que llevaba. Tras inspeccionar el aspecto de un Ranulfo muy pulido y aseado, manifestó su satisfacción con un gruñido y ambos bajaron a la cocina y despensa del palacio para tomar un desayuno consistente en cerveza ligera y unas rebanadas de pan de centeno.

El viaje a Woodstock transcurrió sin el menor incidente. Rodearon la aldea y siguieron un ancho camino que atravesaba unos jardines creados por la mano del hombre hasta llegar al palacio real de Woodstock. Era la primera vez que Corbett lo visitaba y le extrañó que solo fuera una mansión ligeramente más espaciosa que la mayoría, construida en lo alto de una pequeña colina. El edificio principal tenía una torreta que se recortaba contra el cielo y dominaba todos los demás edificios, dependencias y capillas que más tarde se le habían añadido. Las obras del edificio habían rebasado la antigua muralla, por lo que en aquellos momentos se estaba construyendo un nuevo lienzo de muralla almenada. Por todas partes reinaba un impresionante ajeteo: carros llenos a rebotar de productos del campo trataban de abrirse paso desde la puerta principal; cortesanos con ropajes de seda y capas ribeteadas de armiño paseaban tomados del brazo, contemplando con arrogancia todas las idas y venidas; funcionarios, escribanos y mensajeros de la corte corrían de un lado para otro muy pagados de su propia importancia, mientras por los jardines paseaban nobles servidores y caballeros y soldados de la casa real que montaban guardia de noche.

Maldiciendo y protestando, Corbett, seguido de Ranulfo, se abrió paso entre la gente hasta la puerta principal con la inestimable ayuda de la malhumorada acémila cuyos afilados dientes y temibles cascos resultaron ser extraordinariamente persuasivos. Al llegar a la impresionante puerta, observaron que unos soldados con las lanzas cruzadas impedían el paso mientras que más allá unos caballeros abanderados de la casa real permanecían de pie enfundados en media armadura, con las espadas desenvainadas. Corbett ya había visto a los arqueros reales en los parapetos de lo alto del edificio. El escribano tuvo que utilizar los mandatos combinados de Burnell y Swynnerton para poder entrar en el patio interior del palacio, donde se llevaron rápidamente los caballos y las armas que portaban él y Ranulfo antes de que uno de los caballeros accediera a regañadientes a enviar a un criado en busca del mayordomo de palacio. Este llegó finalmente casi sin resuello. Era un hombre calvo y bajito que vestía con exagerada elegancia y echaba el pecho hacia afuera como un presumido palomo. Dijo llamarse Walter Boudon y le brillaron los ojillos de emoción como si ya supiera quién era Corbett cuando este se presentó.

—¡Venid! —dijo Boudon, chasqueando los dedos.

—¿Adónde? —preguntó Corbett.

—¡A la presencia del rey! ¡A ver al rey! —contestó Boudon, mirándole con asombro—. Es por eso por lo que habéis venido, ¿no es cierto? —Unas arrugas de sorpresa se dibujaron en su redondo rostro mientras fruncía los labios con impaciencia—. Su Majestad os está esperando —tartamudeó—, debéis seguirme.

Dicho lo cual, dio media vuelta y echó a andar caminando como un pato, seguido de Corbett y Ranulfo.

Corbett se extrañó, pues conocía las costumbres de la corte y la casa real y pensaba que le tendrían varios días esperando.

Boudon los guio a través de un laberinto de pasillos y escaleras, una despensa, una cocina, una pequeña capilla y una escalinata que conducía a la vasta sala principal de la mansión, cuyo techo abovedado de madera se elevaba majestuosamente por encima de sus cabezas. La estancia era preciosa, con un suelo embaldosado rojo oscuro y una gran ventana trilobulada, a través de la cual el sol matutino iluminaba una gran mesa de roble colocada sobre un estrado. Ranulfo se quedó boquiabierto de asombro y hasta Corbett se sorprendió del lujo de la sala. Los muros estaban adornados con tapices de lana y terciopelo y el suelo aparecía cubierto por unas alfombras de bellísimos colores. En los rincones y hornacinas se veían unos armarios cuyas puertas lucían un rico trabajo de volutas en hierro forjado, mientras que en el muro izquierdo había una gran chimenea en la cual chisporroteaban unos troncos. Delante de ella, acomodados en grandes sillones de madera labrada, un hombre y una mujer permanecían inclinados sobre la mesa que los separaba, estudiando en silencio un tablero de ajedrez.

Boudon les dijo a Corbett y Ranulfo que esperaran un momento mientras él cruzaba lentamente la estancia y, con la cabeza inclinada, le musitaba

respetuosamente algo al hombre, volviendo ligeramente el obeso cuerpo para indicar a Corbett y Ranulfo. El hombre movió una pieza de ajedrez y, mirando directamente a Corbett, le dijo en voz alta:

—Acercaos, maese escribano. Hace frío y no quiero moverme de mi asiento. Boudon —añadió, dirigiéndose al bajito y obeso mayordomo—, traed un poco de vino caliente con azúcar y especias.

Corbett y Ranulfo se acercaron e hincaron una rodilla en tierra, aunque Ranulfo solo lo hizo obedeciendo al insistente requerimiento de Corbett, el cual había reconocido la áspera y autoritaria voz del rey, oída por última vez en un solitario valle nevado muchos años atrás. Corbett se presentó e hizo lo propio con Ranulfo.

—Sí, sí, maese escribano —dijo la voz con un cierto tono de impaciencia—, ya sabemos quién sois.

El rey dio unas palmadas e inmediatamente aparecieron unos criados con unos escabeles en los que Corbett y Ranulfo fueron invitados a sentarse. Corbett así lo hizo, sintiéndose un poco ridículo, pues el escabel era muy bajo y lo obligaba a levantar la vista hacia el rostro del rey, procurando esquivar al mismo tiempo el húmedo hocico y la babosa boca de un enorme y entrometido galgo que se alejó con aire desdeñoso en cuanto un regio pie lo apartó.

El rey iba sencillamente vestido con una especie de túnica azul que le llegaba hasta unas negras botas de cuero y una sobreveste con capucha, forrada y ribeteada de piel de armiño. Las únicas señales distintivas de la realeza eran una sencilla diadema de oro que le ceñía la frente y unas gruesas pulseras de oro alrededor de las muñecas. El rey estudió detenidamente a Corbett y este le devolvió la mirada, observando las hebras grises de su cabello pajizo y la corta barba que le enmarcaba los largos y finos labios.

Eduardo había envejecido mucho desde las campañas de Gales, pero sus ojos seguían siendo tan impresionantes como entonces y su carnosa y prominente nariz le confería casi el mismo aspecto que el de uno de sus altivos halcones. Eduardo estudió a Corbett en silencio y después esbozó una sonrisa y se inclinó hacia adelante para darle una palmada en el hombro.

—Os recuerdo muy bien de Gales, maese Corbett. Parece ser que volvemos a estar en deuda con vos por habernos salvado la vida. —El rey hizo una pausa para carraspear—. ¡Una memorable hazaña de deducción!

Eduardo volvió la cabeza mientras la dama que lo acompañaba hacía una pregunta con una sonora voz nasal que confería a su francés normando una curiosa entonación. El soberano contestó amablemente a su pregunta y Corbett se inclinó en gesto de respeto cuando este le presentó a su amada esposa, la reina Leonor de Castilla.

Leonor era una morena belleza española de piel aceitunada y delicadas facciones realizadas por la blanca toca de encaje que le cubría la cabeza y le enmarcaba el fino rostro. Un vestido azul con adornos de brocado de oro, cadena de plata alrededor de

la cintura y encajes de Brujas alrededor del cuello y los puños adornaba un cuerpo que llevaba cautivando al rey desde que este se comprometiera en matrimonio con ella más de treinta años atrás. Corbett sabía que, a pesar de la delicadeza que denotaba su rostro, Leonor estaba tan enamorada de su esposo que lo había acompañado en una cruzada e incluso en sus guerras de Gascuña y Gales. Le había dado varios vástagos al rey, pero, hasta la fecha, ningún varón había sobrevivido, pese a lo cual, su influencia sobre el soberano era absoluta. Hasta los costosos objetos de aquella estancia eran obra suya, pues Leonor tenía fama no solo de mujer virtuosa sino también de persona muy amante del lujo.

Cuando el rey terminó de hablar, Leonor se volvió con el rostro radiante de felicidad y alargó una fina mano adornada por varias sortijas para que Corbett se la besara. El escribano así lo hizo, pensando que cualquiera que salvara la vida del rey gozaría de la protección y la gratitud de Leonor. Aspiró el suave perfume de la reina e inmediatamente se acordó de Alicia y experimentó una momentánea punzada de cólera al pensar en el alto precio que le habían costado los dos regios personajes.

Levantó los asombrados ojos al oír que la reina estallaba en una cristalina carcajada y señalaba detrás de su espalda el lugar donde Ranulfo se encontraba sentado. Corbett se volvió y tuvo que reprimir la risa al ver el pálido rostro, la mirada de asombro y la boca abierta del trémulo y emocionado joven. Corbett le dio una tranquilizadora palmada en la rodilla mientras el rey se dirigía al muchacho, expresándose en un inglés que casi parecía una parodia del acento londinense. Ranulfo tartamudeó una breve respuesta y después enmudeció e inclinó la cabeza mientras el rey llamaba a Boudon y le pedía que escanciara el vino previamente servido por los criados. Solo entonces Corbett fue cuidadosamente interrogado acerca de todo lo que había descubierto en relación con la misteriosa muerte de Duket.

## CAPÍTULO XX

El rey escuchó atentamente las palabras de Corbett, interrumpiéndole de vez en cuando con alguna pregunta o haciéndole repetir alguna frase para aclarar un punto. La reina también intervino, haciendo preguntas o atinadas observaciones. Pasó el tiempo, se sirvió más vino, esta vez con unos empalagosos dulces que se pegaron a la boca de Corbett y le hicieron experimentar un leve mareo. Al final, el escribano terminó su relato, omitiendo las referencias a Alicia por medio de pequeñas mentiras destinadas a quitar importancia a su participación en la conspiración contra el rey. Pese a ello, no pudo averiguar si el rey estaba plenamente informado de todos los hechos. Tuvo la sensación de que sí y de que los perspicaces ojos del soberano habían adivinado que faltaba algo. Pero el rey parecía muy complacido. Cuando él terminó su relato, el monarca clavó los ojos en el fuego de la chimenea y alargó una mano sobre la mesa para acariciar a su esposa. Después se levantó y le miró desde lo alto de su gigantesca figura.

—Lo habéis hecho todo muy bien, maese escribano —le dijo—. Tan bien que jamás lo olvidaré. Aceptad esto —arrojó sobre las rodillas de Corbett dos pesadas bolsas— como simple muestra de nuestra gratitud. Habrá más —añadió en un susurro, mirando tanto a Corbett como a Ranulfo—. Pero eso será más tarde. —El rey le dio a Corbett una palmada en el hombro—. Procurad disfrutar de vuestra estancia aquí, maese escribano. Sois un fiel y leal servidor de la Corona y habéis elegido la mejor parte. Aunque ahora vos quizá penséis lo contrario.

Después, el soberano se retiró, seguido por el revuelo de sedas y el perfume de su esposa sin apenas dar tiempo a Corbett y a Ranulfo a levantarse.

Corbett permaneció sentado, meditando acerca de las palabras del rey. Después lanzó un suspiro, se volvió y miró con una sonrisa al todavía petrificado Ranulfo.

—Vamos, Ranulfo —le dijo jovialmente—, el rey nos ha dicho que procuremos pasarlo bien. Ya podemos empezar.

Corbett se quedó más de una semana en Woodstock, disfrutando y tomando parte en las celebraciones de la Pascua y el término de la Semana Santa. Poco a poco, Ranulfo se tranquilizó y su cínico amo le vio galantear descaradamente a las damas de la corte. A Corbett no le hacía demasiada gracia la desmedida afición del muchacho a las mujeres, aunque la toleraba con benevolencia. Sin embargo, las refinadas damas no debían de pensar lo mismo, pues más de una acabó en su lecho, tratando de complacer a un muchacho que apenas unas semanas atrás hubiera tenido que colgar en la horca.

Los días pasaban mientras Corbett, arrastrado por el torbellino de la corte, se calmaba y olvidaba sus inquietudes a propósito de Alicia, a pesar de las siniestras noticias que se recibían de Londres. Se habían registrado numerosas casas tanto en la ciudad como en la campiña circundante, se seguían practicando detenciones y celebrando juicios sumarísimos y llevando a cabo ejecuciones en la horca o quemas

en la hoguera en Smithfield. El rey, a pesar de su aparente serenidad, estaba furioso por el hecho de que unos rebeldes seguidores del difunto, pero todavía odiado, Simón de Montfort lo hubieran obligado a mantenerse apartado de su ciudad.

Corbett hubiera deseado permanecer en Woodstock, cumpliendo las tareas que el rey quisiera encomendarle, pero Burnell intervino y acabó con su sueño. Aproximadamente diez días después de su llegada a Woodstock, Corbett recibió una carta del canciller y la abrió con trémulas manos tras haber reconocido la firme y audaz escritura de su superior.

Roberto Burnell, obispo de Bath y de Wells, canciller de Inglaterra, a nuestro amado escribano Hugo Corbett, salutations. La información que nos enviasteis ha resultado ser extremadamente útil en la captura y detención de los traidores de la ciudad. La taberna llamada La Mitra del callejón de San Marcos fue rodeada por los soldados que el rey había enviado a la ciudad. Todas las personas presentes en la taberna fueron detenidas y conducidas a la Torre para su interrogatorio. Sin embargo, no se descubrió ni rastro de la dueña, una tal Alicia de Bowe. Pese a ello, otros no tuvieron tanta suerte en su huida y, una vez encerrados en la Torre, fueron sometidos durante varios días a un interrogatorio a propósito del asesinato de Lorenzo Duket. Varios de ellos murieron como consecuencia de las torturas, pero el más fuerte de todos, un sujeto muy corpulento llamado Pedro, que era el protector de Alicia de Bowe y había sido verdugo, hizo finalmente una confesión completa. Al parecer, el grupo de revolucionarios o populares de la ciudad, seguidores del difunto Simón de Montfort, estaban infiltrados y controlados por una facción mucho más peligrosa, una asociación secreta que practicaba la magia negra y cuyo nombre era el Pentágono.

Dicho grupo rechazaba la Cruz de Cristo y consideraba al hereje Fitz-Osbert un santo cuyas teorías hubieran acabado con la autoridad del rey, de la Iglesia y de cualquier otro poder de este país. Practicaban ceremonias satánicas y ritos abominables en cementerios desiertos o, más habitualmente, en el presbiterio de una iglesia abandonada de Southwark. El jefe de este grupo, conocido como el Encapuchado, era, según la abyecta confesión de Pedro, la mujer llamada Alicia de Bowe, propietaria de La Mitra. Otros miembros del grupo eran acaudalados mercaderes e incluso funcionarios del gobierno de la ciudad. Uno de ellos, Ralph Crepyn, cumplía la tarea específica de recogida de fondos por cualquier medio que quisiera utilizar y había participado en la conspiración para asesinar al rey, urdida por el Pentágono y los populares cuando Su Majestad se trasladara a la ciudad desde Woodstock y bajara por Cheapside en su camino hacia Westminster.

Al asesinato del rey le hubiera tenido que seguir una revuelta. El dibujo que vos encontrasteis en la Biblia de Bellet indicaba que los asesinos se hubieran servido de la iglesia de Santa María Le Bow, el mismo lugar que utilizaban para almacenar las armas, lo cual explica el acertijo del desventurado Savel que vos me mencionasteis en vuestro informe. Hemos descubierto almacenes de armas ocultos en el cementerio de

la iglesia. La muerte de Crepyn y el posterior asesinato de Duket cambiaron toda la situación, pues vuestra intervención en el asunto alarmó hasta tal punto a los rebeldes que estos contrataron a unos sicarios para localizaros y mataros.

Parece ser, y yo no os culpo de ello, que Alicia de Bowe trató por otros medios de apartaros de vuestra misión. Afortunadamente, ninguna de las tácticas dio resultado. El criminal confeso Pedro ha revelado también que él ignoraba el paradero de Alicia de Bowe, la cual huyó misteriosamente la víspera de la detención de sus compañeros. No obstante, Pedro nos facilitó otros nombres y los funcionarios reales han practicado numerosas detenciones en toda la ciudad. Un grupo opuso resistencia y se hizo fuerte en una casa cerca de Walbrook. Los arqueros reales prendieron fuego a la casa y abatieron con sus flechas a cualquiera que intentara escapar. Londres se ha librado ahora de esas sabandijas y vuelve a ser leal al rey, nuestro señor. Por consiguiente, os ruego que regreséis aquí con la mayor rapidez posible. Dios os salve. Escrito en Westminster, junio de 1284.

Corbett lanzó un suspiro de alivio. Alicia había conseguido escapar. Estaba de acuerdo con Burnell, deseaba regresar e inmediatamente le ordenó al malhumorado Ranulfo que hiciera el equipaje. Después se despidió del rey y aquel mismo día emprendieron viaje hacia el sur. Mientras cabalgaba por la campiña estival, se le antojó un poco extraño no percibir a su alrededor el bullicio y ajetreo de la corte. Las inquietudes y temores habían vuelto a apoderarse de él y la angustia lo impulsaba a darse prisa, obligando con ello a Ranulfo a olvidar la vida de placeres de la corte.

Tardaron muy pocos días en llegar a las afueras de Londres. Corbett decidió dejar a Ranulfo con los caballos en una posada de la orilla del río y él tomó un esquife para trasladarse inmediatamente a Westminster. Llegó hacia el mediodía de la cuarta jornada de su salida de Woodstock y, mientras cruzaba la gran sala, volvió a experimentar la misma sensación de peligro y emoción que otras veces. Siempre ocurría lo mismo después de una crisis, pensó. Se tenían que cursar mandatos, redactar cartas, archivar juicios y sellar obligaciones y declaraciones. Todo ello suponía un incremento de trabajo para los escribanos, los cuales sufrían en parte los efectos del temor, la tensión y la emoción de los documentos que manejaban. Corbett procuró no responder a los saludos y los intentos de trabar conversación con él. Quería ver a Burnell de inmediato y no le interesaba entretenerse con charlas intrascendentes. Observó que algunos de los escribanos de mayor antigüedad le miraban de una forma un poco extraña e inmediatamente desviaban la vista cuando él les devolvía la mirada.

Burnell se encontraba en su gabinete y Corbett tuvo que esperar varias horas hasta que el canciller lo mandó llamar muy entrada la tarde. Encontró a Burnell casi sumergido en un mar de documentos enrollados, extendidos y amontonados sobre la mesa. El canciller levantó la vista cuando Corbett entró en la estancia y estudió minuciosamente al escribano con sus oscuros ojos antes de indicarle un escabel y

servirle una copa de fuerte vino tinto gascón. Corbett se sentó, tomó un sorbo de vino y esperó mientras Burnell contemplaba en silencio su propia copa.

—Maese Hugo —dijo Burnell, posando su copa—, habéis hecho un buen trabajo, realmente excelente. El nido de traidores ha sido atrapado, algunos han sido torturados y muchos otros han sido ahorcados. Unos pocos —añadió, esbozando una sonrisa— serán ahorcados por medio del dinero. Grandes ventajas. Préstamos que garanticen su buen comportamiento futuro. La parte que vos habéis tenido en ello jamás será olvidada. Por cierto —dijo el canciller con aire casi indiferente—, ¿sabéis vos por casualidad por dónde anda maese Huberto Seagrave?

—Seagrave —contestó Corbett sin andarse por las ramas— era un traidor y yo lo ejecuté. Facilitaba información al mayor postor. ¡Merecía la muerte!

El canciller iba a decir algo, pero lo pensó mejor y empezó a rebuscar entre los documentos de su escritorio.

—Había una mujer —dijo Burnell muy despacio—. Se llamaba Alicia de Bowe y su apellido de doncella era Fitz-Osbert. Una patrulla montada la detuvo en el camino de Dover y la devolvió a la ciudad.

—¿Y qué más? —preguntó Corbett con una lejana voz tan quebrada como el hielo que se rompe.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Burnell.

—¡La mujer! —contestó Corbett, casi gritando mientras el corazón le galopaba en el pecho como un caballo desbocado—. ¡La mujer! ¿Qué le ocurrió?

—No fue torturada —contestó Burnell, sin levantar la vista—. Lo confesó todo y nos maldijo. Fue conducida ante el Tribunal Real y acusada de traición, asesinato y brujería. ¡Alicia de Bowe fue declarada culpable y quemada en la hoguera en Smithfield por sus delitos!

La voz del canciller se perdió mientras Corbett palidecía intensamente. Sus pesadillas se habían convertido en realidad. Ya estaba preparado para la noticia y por eso no prestó la menor atención a los terribles latidos que percibía en sus oídos ni a los estridentes gritos que resonaban en su cabeza. Estaba aturdido. Las imágenes se arremolinaban en su cerebro como ruedas de fuego. Oyó el carraspeo y la voz del canciller.

—Lo lamento, Hugo. Lo lamento profundamente. Yo vi también su belleza. Dejé esto para vos. —Burnell arrojó un pequeño guante de seda negra sobre las rodillas de Corbett—. No dio ningún otro mensaje y no sufrió. —La voz de Burnell se quebró levemente—. Yo... yo rae encargué de que no sufriera. Se le dio a beber una copa de vino fuertemente aderezada con narcóticos antes de que se encendiera la hoguera en Smithfield.

Todavía anonadado, Corbett oyó la voz del canciller como desde muy lejos, pero no le importó. Le pareció que la estancia daba vueltas a su alrededor, se notaba la boca seca y se sentía débil y mareado. Se levantó, estrechando fuertemente en su mano el pequeño guante negro. Oyó que Burnell lo llamaba mientras abandonaba el

gabinete y apartó a un lado a unos desconcertados funcionarios que hubieran podido protestar, pero se tragaron las palabras al ver su atormentado rostro.

Corbett salió finalmente del palacio y echó a correr hacia el muelle del río donde se sentó casi sin resuello en los ruinosos peldaños. Trató de serenarse un poco y de acallar los violentos latidos de su corazón. Alicia se había ido, estaba muerta y el mundo se le antojaba vacío sin ella. Por encima de su cabeza, una gaviota chilló, recortándose contra un cielo gris acero. Aspiró el suave perfume de aquel guante que le hacía evocar la esencia de Alicia. Lo notó casi caliente contra la frialdad de hielo de su rostro. Lo sostuvo dulcemente en su mano y después lo dejó caer como una extraña flor negra en el agua, sobre cuya superficie flotó y se agitó brevemente hasta que la corriente lo arrastró consigo. Las aguas del río acariciaron el guante antes de empujarlo hacia la inmensidad del mar.

## NOTA DEL AUTOR

Es posible que al lector le interese conocer el siguiente fragmento de una crónica londinense de la época escrita en latín. Su traducción dice así:

Aquel año, Lorenzo Duket, un orfebre de Londres, hirió de muerte a Ralph Crepyn en Cheapside y huyó a la iglesia de Santa María Le Bow. Después, unos malvados pertenecientes al grupo del citado Ralph entraron en la iglesia de noche y mataron al citado Lorenzo, colgándolo de la barra de hierro de una ventana. Se llevó a cabo una autopsia y el veredicto fue que el citado Lorenzo había cometido un acto de suicidio. Por este motivo, el cuerpo fue arrastrado por los pies hasta el exterior de la ciudad y enterrado en un foso. Más tarde, gracias a la confesión de cierto joven que acompañaba a Lorenzo la noche de su muerte, pero que consiguió escapar, se descubrió la verdad. Como consecuencia de la confesión, una mujer llamada Alicia de Bowe, que había sido la autora del crimen, fue encarcelada junto con dieciséis hombres, muchos de los cuales fueron ahorcados mientras que ella murió en la hoguera. La citada iglesia fue puesta en interdicto por el arzobispo de Canterbury y las puertas y ventanas fueron cubiertas con espinos. Lorenzo Duket fue exhumado del lugar donde estaba enterrado y vuelto a enterrar en tierra sagrada.

Por consiguiente, Alicia de Bowe existió realmente. Ella fue la fundadora del grupo o la asociación que cometió sacrilegio y asesinato en Santa María Le Bow en 1284. La ciudad de Londres estaba sufriendo los efectos de los cambios políticos y es muy posible que los tumultos y los delitos tuvieran algo que ver con los turbios acontecimientos del momento. Simón de Montfort fue bárbaramente muerto en Evesham y sus seguidores cometieron más tarde numerosos asesinatos. La iglesia de Santa María Le Bow se convirtió en un centro de prácticas satánicas, pues Fitz-Osbert fue un personaje histórico que durante algún tiempo ejerció un considerable poder político en la capital.

# Notas

[1] Arco en inglés (N. de la T.) <<